

SUPER BIANCA

Bajo el fuego

Jamie Ann Denton

Bajo el fuego

¿Cómo iban a separar su vida profesional de la privada?

Jana Linney jamás había tenido una relación sexual satisfactoria y las aventuras de una sola noche no eran propias de ella. Por eso le resultaba tan extraño haberse acercado al guapísimo bombero Ben Perry en un bar, pero si alguien podía ayudarla, era él. A la mañana siguiente, Jana se dio cuenta de que una vez no era suficiente y sin embargo sabía que repetir aquello iba a ser muy difícil. Ben nunca tuvo la intención de compartir con Jana más de una noche, pero su entusiasta alumna no tardó en hacerle replantearse tal decisión.

CAPITULO 1

-¿Que nunca has tenido un qué?

Jana Linney se hundió en la silla. ¿A qué venía tanto asombro? ¡Ni que les hubiera dicho a sus dos mejores amigas que era virgen, por todos los cielos!

Miró hacia la parte de atrás del bar, rezando para que los despampanantes hombres que estaban sentados a la mesa del extremo del Ivory Turtle no hubieran oído el grito atónito de Chloe Montgomery.

-Creo que los del billar no te han oído - murmuró Jana.

Debería haberse limitado a pedir su copa de vino blanco habitual, pero el caso que le habían asignado antes de salir del despacho para el fin de semana la tenía más tensa que un arco. Y si una simple copa de vino le bastaba para provocarle una agradable sensación de mareo, un Orgasmo de Escándalo recargado de vodka era como meterse en vena un litro de suero de la verdad. Esa noche, cada vez que abría la boca soltaba lo primero que le venía... y algunas cosas muy personales.

-Olvídate de los del billar -dijo Lauren Hudson, actriz de doblaje, moviendo una mano perfectamente manicurada-. ¿Cómo te las has arreglado para no haber tenido nunca un orgasmo?

No sería por no haberlo intentado, se dijo Jana.

-Acabo de tomarme uno -dijo ésta riéndose de su propia broma-. Y de los escandalosos.

-Éstos no valen -Lauren golpeó el borde de la copa de Jana con una uña.

-¿No serás...? -Chloe dejó la pregunta en el aire. Sus ojos cobraron un tono azul lavanda. Claro que al día siguiente podían ser verdes, o marrones incluso, según su estado de ánimo y el color de lentillas que la abogada decidiera ponerse-. ¡Por Dios, Jana! Dime que no eres virgen, por favor.

Jana exhaló un suspiro exagerado y dio un trago largo a su copa. En realidad era como si lo fuese, dado su desconocimiento de la revolución sexual.

-He practicado el sexo --dijo a la defensiva.

-Esta claro que no buen sexo -contesto Lauren con una contundencia que solía divertir a Jana. Esa noche, en cambio, le empezaba a molestar tanta sinceridad. Sobre todo, porque sus dos mejores amigas la estaban acorralando con un tema muy íntimo y delicado.

Laurel y ella eran amigas desde la guardería y a Chloe no la habían conocido hasta el primer año en el instituto Beverly Hills. Desde

entonces, las tres habían formado un círculo cerrado en el que habían compartido ropa, secretos sobre chicos y algún que otro lío.

El sonido de una risa masculina hizo que Jana girara el cuello hacia el grupo de increíbles hombres sentado a la mesa del fondo del bar. Uno de ellos, el moreno de hombros anchos, se levantó. Incluso de lejos se notaba que tenía uno de esos cuerpos gloriosos que aparecían en los anuncios de televisión.

«Gírate, que te vea la cara», le ordenó mentalmente Jana.

El hombre miró hacia ella y sus ojos azules se encontraron con los de Jana un instante antes de decirle algo a sus amigos. Ella notó que el estómago le daba un vuelco y supo que no tenía que ver con el alcohol que había bebido con Chloe y Laurel durante la hora feliz del viernes por la noche. Todavía no se había repuesto cuando el hombre echó a andar en dirección a ella.

De fondo, remotamente, alcanzó a oír las pulseras de Laurel, pero Jana tenía los cinco sentidos puestos en Míster Morenazo, Alto y Deslumbrante, que seguía avanzando entre las mesas, cada vez más cerca. Llevaba una camisa que abrazaba su maravilloso torso, bajando hacia un abdomen sin duda liso y musculoso. Las mangas, subidas, dejaban al descubierto unos potentes antebrazos.

El hombre pasó de largo, regalándole un vistazo de su trasero, bellamente realzado por unos pantalones caqui. Jana dio un sorbo a su pajita. Era una retaguardia perfecta.

Debía de ser el alcohol, se dijo.. Estaba claro que tenía que haber bebido de más si estaba comiéndose con la mirada a un hombre. Pero tampoco le parecía lógico atribuir el aumento de sus pulsaciones a un Orgasmo de Escándalo. Contuvo una risilla. Al menos, no a un orgasmo servido en vaso por una camarera ajetreada.

-Llamando a Jana.

Una vez que Míster Perfecto hubo desaparecido, Jana se giró hacia Laurel:

-¿Qué decías?

-Te preguntaba que cómo es posible que nunca hayas tenido un orgasmo.

-¿Tan difícil de creer es? -Jana puso su vaso sobre la servilleta húmeda-. Seguro que alguna vez os habréis acostado con un hombre sin alcanzar el orgasmo.

Chloe soltó una de sus risas cínicas, resultado de una tendencia a sentirse atraída hacia hombres equivocados, que le habían pisoteado el corazón más de una vez.

-Si el tío es un capullo egoísta o un inútil en la cama, seguro que sí. Pero, venga, Jana. ¿Nunca?

-¿Y estando sola? -le preguntó entonces Laurel.

-¡Sola! -exclamó Jana más asombrada de lo que le habría gustado.

Chloe intercambió una mirada de incredulidad con Laurel antes de devolver la atención a Jana:

-¿Quieres decir que ni siquiera...? alejó la pregunta en el aire, como si no se atreviera a finalizarla.

Jana miró de una amiga a la otra sin saber qué decir. Pensó en hacer una señal a la camarera, pero decidió no hacerlo finalmente. A saber lo que saldría de su boca si se metía en el cuerpo otro Orgasmo de Escándalo.

-Necesitas un hombre -sentenció Chloe de pronto.

-Necesita un buen hombre -puntualizó Laurel con una risilla-. Un hombre realmente bueno.

Jana se puso tensa y se retiró un cabello que le caía sobre la mejilla.

-Un hombre es justo lo último que necesito -dijo mirando a sus amigas con firmeza, con la esperanza de que la dejaran tranquila.

No había renegado de los hombres exactamente, pero después de su última relación, no tenía prisa por volver a estar en el mercado de las citas. Aunque no esperaba que Laurel ni Chloe lo entendieran, Jana había decidido aprovechar aquella pequeña crisis emocional para concentrarse en su trabajo.

Decisión que había merecido la pena, pues por fin había conseguido que la ascendieran a inspectora de accidentes laborales. Su primer caso, con el que empezaría nada más terminar el fin de semana, sería examinado muy de cerca y, por desgracia, no podía haberse estrenado con un caso peor.

Sólo de pensarlo decidió pedir otra ronda a la camarera. Normalmente le gustaba investigar los accidentes laborales y recomendar cambios para evitar que los trabajadores sufrieran daño alguno. A veces requerían su opinión experta en algún juicio, pero disfrutaba más trabajando sobre el terreno. Con todo, en esa ocasión habría preferido prestar declaración en mil juicios antes que ser la encargada de inves tigar un caso con una víctima mortal, como el que le habían asignado esa tarde. No sólo tenía que afrontar la tristeza y el dolor por el fallecimiento de un bombero, sino que, además, como todos los inspectores de accidentes laborales sabían, los bomberos compartían un sentimiento de hermandad más fuerte que el acero. Y Trinity no sería una excepción. Conseguir

información no era sencillo ni en el mejor de los casos, de modo que, con una víctima mortal, le resultaría más sencillo escalar una montaña por una colina enfangada.

-No me refiero a un hombre para una relación -dijo Laurel, sacando a Jana de su ensimismamiento-. Me refiero a un hombre que te enseñe a disfrutar del sexo.

-Paso -contestó Jana. Ya se buscaría ella misma sus propias citas cuando estuviese preparada. Llevaba sometida a las citas a ciegas de Lauren desde el instituto y ya había tenido bastantes para el resto de su vida. Tratándose de hombres, la intuición de su amiga no podía decirse que funcionara-. Prefiero el celibato.

-¿Cómo vamos a ayudarla si no tiene un hombre con quien practicar? -insistió Chloe.

Como si hubiese estado esperándolo, Míster Maravilloso eligió ese momento para reaparecer en el campo de visión de Jana. Se paró en la máquina de discos y se agachó para leer los títulos de las canciones.

Su presencia atrajo la atención de Jana como si fuese un imán.

«Hola, encanto. ¿Te importaría ayudarme a solucionar un problemilla?».

-Encontrándole uno -contestó Laurel con decisión.

-¿Qué? -reaccionó Jana-. ¿Estás loca?

-No te pongas nerviosa, corazón. No te estamos diciendo que vayas a la caza de una relación, sólo que encuentres a un tío que sepa... cómo hacer feliz a una mujer.

-Estamos no -corrigió Chloe-. La idea ha sido tuya.

A Jana le daba igual de quién fuese la idea. Era una locura, en cualquier caso.

-¿Una aventura de una noche?

-Exacto -Lauren se encogió de hombros-. ¿Por qué no?

Se le ocurrían algunas razones: primero, no era su estilo; segundo, podría ser peligroso; tercero... Jana devolvió la mirada hacia el increíble espécimen de la máquina de discos.

-No sé.

No estaría considerando realmente el descabellado plan de Lauren, ¿no?

Por supuesto que no. A pesar de la vena testaruda que a veces las metía en líos, las mujeres de la familia Linney no tenían aventuras de una noche, así de sencillo. Habían sido educadas para comportarse como señoritas casi desde la cuna. Claro 'que así no era de extrañar que no hubiese tenido ni un orgasmo. Seguro que sus hermanas y ellas habían recibido mensajes subliminales mientras estaban en el útero de su madre.

Dejó que los ojos cayeran de nuevo sobre él, delante aún de la máquina de discos mientras elegía qué música poner. Algo debió de decidirlo, porque metió un billete en la ranura y seleccionó un tema.

Jana sonrió al reconocer

las primeras notas de una de sus canciones favoritas. La voz de Alan Jackson se propagó por los altavoces. ¿Cómo sería hacer el amor con un hombre que apreciaba la misma conmovedora música que ella? ¿Sería delicado?, ¿atento?, ¿antepondría las necesidades de ella a las suyas?

Jana agarró el Orgasmo de Escándalo sin dar tiempo a que la camarera lo dejara delante de ella y dio un trago largo. ¿En qué estaba pensando? No era que fuese raro que estuviese fantaseando con tener una aventura de una noche, sino que, de hecho, no recordaba haber fantaseado con un hombre jamás.

-¿Qué tienes que saber? -Chloe le dio un billete de veinte a la camarera y esperó a que ésta se marchara antes de continuar-. Encuentra a alguien que te resulte atractivo, capta su atención, coquetea con él y sedúcelo.

Jana volvió a fijarse en Míster Morenazo, Alto y Deslumbrante. ¿De qué serviría? Probablemente se debería a un problema físico de ella. A algún defecto que le impedía experimentar plenamente los placeres sexuales. Aunque quizá, como sus amigas sugerían, no se había acostado con los hombres adecuados.

Sí, seguro que era eso, pensó con sarcasmo mientras daba otro trago a su Orgasmo de Escándalo. Aunque no había tenido suerte con ellos, tampoco era de las mujeres que pensaban que todos los hombres eran unos canallas.

Y algunas relaciones sí que había tenido. ¿De veras importaba que pudiera contarlas con los dedos de una sola mano, empezando por la aventura de verano que había tenido con el chico malo del barrio antes de irse ella a la universidad? Lo mejor que podía decir de su primera experiencia sexual era que había terminado rápido. Y se había ahorrado la humillación de volver a ver a Brad Hilliard gracias a que Lauren, Chloe y ella se habían marchado a la Universidad de Arizona dos días después.

Hasta había tenido una relación seria en la universidad. Aunque, del uno al diez, no le habría puesto más de un dos a Everett Copeland por su capacidad para complacer a su novia, probablemente se habría casado con él si no lo hubieran trasladado a Florida en el último año de carrera.

A decir verdad, las relaciones se le daban de maravilla. Jamás había oído una sola queja sobre sus habilidades fuera de la alcoba. El problema empezaba siempre cuando su amante recurría a medidas drásticas para provocarle un orgasmo y terminaba culpándola por no conseguirlo.

No creía que fuese frígida, pues excitarse se excitaba. Pero a la hora de la verdad se quedaba fría. A fuerza de ver Cuando Harry encontró a Sally, había aprendido a fingir los orgasmos. El personaje de Meg Ryan no había mentido: los hombres no se daban cuenta de si

la mujer sobreactuaba para subirle la autoestima sexual. Al menos, sus últimos dos novios no lo habían notado. Por otra parte, habían sido personas muy encerradas en sí mismas, de modo que tampoco contaban.

Sin dejar de mirar el apetitoso trasero de Míster Maravilloso, les preguntó a sus amigas:

-¿Cómo se sabe si un hombre va a ser... ya sabéis, generoso?

Lauren rió.

-Por el tamaño de las manos.

Jana apretó el vaso y miró las manos que reposaban sobre la máquina de discos. Eran grandes, delgadas y muy morenas.

-Creía que era por los pies -añadió Chloe.

Ya fuera propio de una señorita o no, Jana no pudo contener la curiosidad, reclinó la silla hacia atrás, dejándola sobre dos patas, y giró el cuello para mirarle los pies.

-¿Los pies? -exclamó Lauren.

Jana dio un respingo y estuvo a punto de caerse hacia atrás. Chloe la sujetó, evitándole un momento embarazoso. Nada como caer a los pies de un hombre, pensó.

-Ni hablar -prosiguió Lauren al tiempo que miraba hacia la máquina de discos. Luego se giró hacia Chloe y sonrió-. Te aseguro que es el tamaño de las manos. Desde la base de la palma hasta la punta del dedo corazón.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Jana se negó a mirar de nuevo hacia la máquina de discos, a pesar de morirse por fijarse en la longitud de las manos del hombre.

-Siempre pensé que dependía de cómo tratara a la mujer -murmuró Jana-. Ya sabéis, que sea amable, delicado, atento a las necesidades de una mujer en la cama.

-¿Quieres a un hombre de verdad o a Richard Simmons?

-Al menos, Richard Simmons atendería a tus sentimientos -replicó Jana antes de dar un último trago a su vaso.

-Olvídate de los sentimientos -dijo Chloe con aplomo-. En una aventura de una noche lo que importa es darle gusto al cuerpo.

Lauren apoyó los codos sobre la mesa y la barbilla sobre una de las palmas.

-Algunos hombres son mejores amantes que otros, nada más.

-Pero, ¿cómo lo sabes? -insistió Jana. Luego apuntó con la cabeza

hacia la máquina de discos-. El de ahí, por ejemplo. ¿Sería...?

-¿Bueno en la cama? -finalizó Chloe.

Jana asintió con la cabeza.

Lauren y Chloe miraron de reojo y después sonrieron a su amiga.

-¿Por qué no vas y lo compruebas?

Jana tosió. Por suerte, no había estado bebiendo en ese momento, pues, de lo contrario, habría duchado a sus amigas de vodka. -¿No lo dirás en serio?

-Sí -Lauren asintió con la cabeza-. ¿Por qué no te acercas y le preguntas?

Jana no sabía cómo podía estar planteándoselo siquiera, aunque sospechaba que guardaba relación con la cantidad de alcohol que había consumido.

-Podría hacerlo. Pero si estuviera interesada. Y no lo estoy.

-No lo estás en absoluto -se burló Chloe

Y tampoco has estado a punto de caerte de espaldas tratando de echarle un vistazo a su trasero.

-No le estaba mirando el trasero. Sólo quería ver el tamaño de sus pies.

-¿Lo ves? -dijo Lauren con demasiada alegría para la tranquilidad de espíritu de Jana-. Sabía que te interesaba.

-Está bien, reconozco que es atractivo - Jana alzó las manos en señal de rendición-. Pero eso no significa que quiera irme a la cama con él. Ni siquiera lo conozco.

-De eso se tratan las aventuras de una noche --dijo Chloe hablando despacio, como si Jana tuviese alguna discapacidad mental.

-Se supone que sólo es una cuestión de sexo -añadió Lauren.

-Sexo sin estrés -Chloe sonrió.

-Sexo liberador -agregó Lauren antes de reír.

El hombre seleccionó otra canción de la máquina de discos.

-Sexo fogoso -susurró Jana mientras imaginaba sus manos desnudándola, recorriendo su cuerpo. La falta de experiencia en fantasías eróticas le impidió llevar aquella hasta el final. Pero sí que quería hacerla realidad y sentirse estremecida por un vendaval de placer.

-Es una pena que no estés interesada - comentó Lauren-. Porque sí que parece de los buenos.

Jana frunció el ceño y miró a su amiga. Se giró demasiado rápido y el local se le balanceó un poco antes de volver a estabilizarse.

-¿Cómo que parece de los buenos?

-Tiene pinta -Lauren se encogió de hombros-. ¿Verdad que sí, Chloe?

Chloe alcanzó su copa y miró hacia el tipo.

-Sí -dijo casi ronroneando-. Definitivamente -añadió con un acento sureño que normalmente disimulaba.

Oye, oye, que yo lo he visto primero - advirtió Jana de buen humor.

-Entonces haz algo al respecto -contestó Chloe-. Por una vez en tu vida, suéltate la melena y disfruta.

-Yo disfruto -Jana trató de sonar convincente.

-Si lo hicieras, no estaríamos teniendo esta conversación -le recordó Lauren-. Ve por él, Jana.

Ésta volvió a mirarlo. Sí que se sentía tentada, pero...

-¿Qué le digo? Hola, guapo, ¿quieres ir a un sitio tranquilo y encender la calefacción?

Era evidente que había bebido demasiado. Si no, no estaría contemplando la posibilidad de abordar a un completo desconocido, por muy atractivo que le pareciera.

-Ya te lo he dicho Chloe soltó un suspiro de paciencia-. Capta su atención, coquetea y luego estate receptiva a lo que pase a continuación.

-Si está interesado, puede que él mismo dé el primer paso -añadió Lauren.

-Y si no lo hace, es cosa tuya.

Jana agarró su copa y le dio otro trago para reunir valor. La dejó de golpe, resuelta a hacer una salida grandiosa de la mesa.

Pero no se movió. Por más que quisiera, ligar con desconocidos en un bar no entraba en sus esquemas.

-No puedo.

-Apuesto a que, si quieres, sí te atreves - dijo Chloe esbozando una sonrisa astuta.

Jana gruñó. Odiaba ese juego. Con todas sus fuerzas. En nueve de cada diez veces que se dejaba provocar por algún desafío de Chloe o Lauren, acababa lamentando su testarudez. Pues lo que no podía era resistirse a un reto. Tenía una cicatriz de tres centímetros en el trasero en señal de ello de la vez que su hermana mayor, Caroline, la había desafiado a escaparse de casa para ir a una fiesta a la que les habían prohibido ir. Habían saltado una valla y Jana se había enganchado los pantalones con un alambre suelto que se le había clavado en el trasero.

-Doblo la apuesta -añadió Lauren.

-No me hagáis esto -dijo Jana.

Pero Chloe no le dejó escapatoria:

-La triplico.

-Está bien, vosotras ganáis -dijo Jana abruptamente-. Voy a hablar con él, pero eso es todo lo que voy a hacer.

Luego se ciñó el cinturón y se pasó las manos sobre la ajustada falda color verde oliva.

Lauren se levantó. Sus pulseras resonaron mientras desabrochaba los tres botones superiores de la blusa de Jana para ofrecer algo más que una insinuación de escote.

-Lista -proclamó con tal autoridad que Jana no se atrevió a abrocharse los botones.

-Adelante -ordenó Chloe.

Jana se dio la vuelta hacia la máquina de discos. Míster Maravilloso se giró al mismo tiempo. Sus ojos se encontraron y ambos se mantuvieron la mirada. De nuevo, el estómago le dio un vuelco. Las palmas empezaron a sudarle y el corazón se le aceleró.

Una ligerísima sonrisa curvó la comisura de su boca.

No necesitó más invitaciones.

CAPITULO 2

Si algo no le hacía falta a Ben Perry esa noche era la atención de una mujer. Por desgracia, el nivel de testosterona sostenía otra opinión desde que había visto a una rubia esbelta y despampanante con un cuerpo mil veces más tentador que el de cualquier supermodelo.

Sus ojos verdes, grandes y hechizantes, le mantenían la mirada con una decisión e intensidad que no sólo captaban su atención, sino que sacudían su libido con la fuerza de una descarga eléctrica. Sin darse tiempo a considerar las consecuencias, cometió el grave error de invitarla con una sonrisa.

Permaneció parado en medio del abarrotado bar como si estuviese plantado, incapaz de desviar la mirada mientras ella se acercaba. Una sonrisa coqueta curvó los labios de la mujer. Tenía la clase de boca creada para desencadenar fantasías eróticas masculinas.

De acuerdo, una mujer bella y embriagadora había despertado su interés. Mucho. Pero eso no significaba que tuviera que actuar llevado por el primer impulso. No había ido al Ivory Turtle en busca de alguien con quien pasar una noche divertida. De hecho, ni siquiera habría ido si Scorch y Brady no hubieran secuestrado su furgoneta. Aunque apreciaba de corazón el apoyo que le estaban mostrando tras la penosa semana que acababa de pasar, habría preferido pasar la noche tranquilamente, solo en su casa junto a la playa.

No era como ellos: él no necesitaba armar un poco de jaleo en un intento desesperado por reafirmar la vida frente a la tragedia de la muerte. Todos eran conscientes de los peligros de su trabajo, los aceptaban y vivían con ellos cada día. A pesar de las medidas de seguridad más estrictas, seguía habiendo accidentes. La faena era que ése le había ocurrido a uno de sus hombres.

La rubia se aproximó, ofreciéndole la oportunidad de una mejor inspección. Era alta, más esbelta de lo que le había parecido a primera vista. Tenía curvas suaves y contoneaba las caderas mientras avanzaba con decisión hacia él. Su atuendo era conservador para un viernes

por la noche, al menos en comparación con el noventa por ciento de las mujeres que llenaban el bar. Una blusa sin mangas dejaba ver los restos de un bronceado veraniego y la falda le caía hasta las pantorrillas, cubriéndole las piernas. Lo que no impidió que su testosterona creara una fantasía un poco atrevida. Llevaba unos zapatos marrones discretos, de tacón bajo, en contraste con los tacones de aguja que cruzaron por la imaginación de Ben.

La mujer se paró ante él y la sonrisa retrocedió ligeramente. A

pesar de ser alta, la coronilla apenas llegaba por encima de los hombros de Ben. Éste esperó, preguntándose la forma que ella elegiría para abordarlo. En realidad no tenía nada contra las mujeres que sabían lo que querían, pero él no estaba en el mercado. Ni por asomo.

-Espero que no sea demasiado típico - dijo ella con una voz sedosa y confiada que desmentía el ligero ceño de inseguridad que formaban sus cejas rubias-. Pero, ¿te puedo invitar a una copa?

Estuvo tentado de rechazar la oferta con diplomacia, hasta que la mujer lanzó una mirada nerviosa hacia atrás. Ben se fijó en las dos mujeres que había visto junto a ella en la mesa al ir al aseo de hombres. La rubia platino la animó levantando un pulgar mientras que la morena se limitó a cruzar los brazos y enarcar una ceja con aparente escepticismo.

No necesitaba ser un genio para entender lo que estaba pasando. Era evidente que sus amigas la habían presionado para que se acercara a él o que estaba tratando de ganar una apuesta. Dado que él mismo había participado en esa clase de juegos, no le costó reconocer la situación.

La mujer se giró para mirarlo de nuevo, más nerviosa de repente. Pasó las manos sobre la faltada y luego cerró en puño sus delicadas manos.

-Me harías un gran favor si aceptaras.

Ben había llegado a su límite de dos copas hacía una hora y, a decir verdad, estaba más que listo para irse a casa. Por el rabillo del ojo, vio a su hermano Drew, que estaba dándole un codazo en las costillas a Tom «Scorch» McDonough para que mirara hacia Ben. Scorch tuvo el descaro de soltar un silbido admirativo.

Genial, pensó Ben. No podía haber elegido un momento peor. No estando de humor para aguantar las bromas que le gastarían al volver a la mesa si rechazaba a la rubia, sopesó sus opciones. Su hermano pequeño, Drew, sería el más pesado. Desde que había sorprendido a todo el mundo embarcándose en una relación monógama, las alusiones a la penosa vida amorosa de Ben se habían triplicado, siendo, además, el doble de irritantes. Hasta su otro hermano, Cale, y su flamante cuñada habían empezado a gastarle bromas por su soltería, y eso que sólo hacía dos días que habían regresado de su luna de miel.

A pesar de no estar interesado, decidió que tomar una copa con una mujer bonita sería el menor de los males. Cualquier cosa antes que aguantar el suplicio al que lo someterían los chicos si dejaba que un bombón así se le escapara.

-¿Has ganado o perdido? -preguntó Ben por fin.

Ella ladeó la cabeza. Un mechón rubio le acarició la mejilla.

-¿Cómo dices?

-La apuesta con tus amigas -contestó él apuntando con la barbilla hacia Chloe y Lauren-. ¿Soy el premio o el reto?

Una sonrisa adorable iluminó la cara de la mujer, que soltó una risotada cálida e invitadora.

-En realidad no es una apuesta, pero si lo fuera, seguro que serías el premio.

-¿No es una apuesta? -preguntó intrigado Ben. Mala señal.

-¿Qué tal si te invito a esa copa y te lo cuento? -sugirió ella.

No tenía otra cosa que hacer aparte de irse a casa, donde se sentaría a darle vueltas a la cabeza al accidente una y otra vez, analizando cada uno de los movimientos que sus compañeros y él habían dado tras llegar al lugar del siniestro. No conseguiría cambiar nada. El desenlace seguiría siendo el mismo y él continuaría teniendo que aceptar que, probablemente, era el único responsable de la muerte de Ivan «Fitz» Fitzpatrick.

De repente, estar solo no le parecía un plan tan apetecible.

-De acuerdo -se oyó decir-. ¿Por qué no?

Los ojos de la mujer relucieron, al igual que su sonrisa.

-Jana -se presentó ésta al tiempo que le tendía una mano.

Ben la agarró y se quedó impresionado por la fuerza con la que ella la apretó.

-Ben -contestó. No le había dicho su apellido, advirtió. Lo que lo convenció de que la mujer no quería nada personal, sino sacar adelante la apuesta que hubiese ganado o perdido con sus amigas.

-Estamos de suerte -dijo ella al tiempo que retiraba la mano, apuntando hacia una mesa que quedaba libre.

Por suerte, pensó Ben, estarían suficientemente lejos de sus amigos como para que ella no oyera sus atrevidos comentarios ni advirtiese su alboroto. Aunque no podía culparlos. No era normal que una mujer bonita se atreviese a abordarlo.

Siempre había podido elegir, pero no había tenido suerte con ninguna relación duradera. Salía con una mujer si ésta lo interesaba lo bastante como para pedirle una cita, pero todas acababan dejándolo cuando comprendían que no buscaba un compromiso sentimental.

Tenía sus razones para ello y, en su opinión, razones válidas. Tras la muerte de su madre cuando él sólo tenía diez años, Ben había sido testigo del lento deterioro de su padre. Asumir el cuidado de sus hermanos pequeños y tratar de protegerlos del espíritu autodestructivo de su padre había sido muy duro. Y siendo un joven

adolescente, Ben se había dado cuenta de que había salido más a su madre, una mujer que no había permitido que nada se interpusiera en lo que de veras era importante para ella.

Las relaciones sexuales, en cambio, eran cuestión diferente y nunca le habían supuesto el menor problema. La única pega era que la mayoría de las mujeres quería lo que él no estaba dispuesto a ofrecerles: un compromiso. Su última novia lo había acusado de tener un corazón de hielo porque no le había permitido que le llenara la casa con las cosas de ella.

Llamó la atención de la camarera mientras Jana tomaba asiento. Una copa, se dijo, y luego le daría las gracias y se marcharía. Además, aunque su cuerpo empezaba a sentir un cosquilleo de excitación, el hecho de ella lo hubiera abordado no significaba necesariamente que quisiera más.

Una risotada masculina lo hizo girarse hacia la mesa donde Drew y sus amigos seguían divirtiéndose. Le daba igual ser el blanco de sus bromas. Necesitaban relajarse después del día que habían tenido y si les proporcionaba una excusa para pasar un buen rato, lo menos que podía hacer era dejar que se rieran a su costa.

Jana respiró profundamente en un vano intento por serenarse. La parte más difícil ya había pasado y no tenía nada de que preocuparse... esperaba.

Volvió a secarse el sudor de las manos con la falda. Lo único que tenía que hacer era aguantar el tiempo de tomarse una copa sin ponerse en ridículo. Tras un rato de conversación trivial e inofensiva, regresaría junto a Lauren y Chloe y les diría que Míster Maravilloso era demasiado aburrido u homosexual.

Entonces, ¿por qué seguía sintiendo el roce de la mano de Ben sobre la de ella?, ¿a qué se debía el calor que electrificaba su estómago?

-¿Y tus amigos? -preguntó Jana cuando él se hubo sentado enfrente.

-Ya son mayores -Ben sonrió y las comisuras de los ojos se le arrugaron un poco-. Seguro que se imaginan lo que pasa, ¿no crees?

Una nueva carcajada llegó hasta sus oídos. Jana no pudo evitar imaginar qué les resultaría tan gracioso, como tampoco pudo evitar ruborizarse.

-Sí, supongo que se lo imaginan.

Seguro que sí. Al menos, ella podía imaginar lo que estarían diciendo, lo cual la hizo sentirse sumamente incómoda. Apuesta o no, no podía seguir adelante con aquella locura.

Se movió un centímetro hacia un lado de la silla, lista para escapar

antes de terminar de abochornarse.

-Puede que esto no haya sido una buena idea -dijo tratando de no sonar asustada-. Lo siento.

-¡Espera! -dijo Ben al tiempo que reaccionaba agarrándole un brazo antes de que huyera-. No te vayas, tranquila. No sueles hacer este tipo de cosas, ¿verdad? -añadió con un tono delicado mientras le soltaba el brazo.

Jana quiso no prestar atención al hormigueo que sentía en la piel, pero no lo logró. ¿Hacía cuánto que no le ocurría algo así? Bastante, de eso estaba segura.

-¿Te refieres a abordar hombres en un bar? -contestó ella con una risa tensa-. ¿Tan evidente es? -añadió tras sentarse de nuevo.

-Un poco -Ben asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa que le alcanzó a los ojos, aunque no logró iluminar la sombra que de pronto advirtió en ellos Jana-. ¿Por qué lo has hecho entonces?

Una camarera se aproximó a tomarles nota. Jana optó por su habitual copa de vino blanco.

-Un reto -contestó cuando Ben hubo pedido su cerveza.

-¿Un reto? -repitió éste con una sonrisa más amplia. .

-Sí -reconoció Jana-. Me han provocado y no iba a dejar que se rieran de mí por no atreverme a abordarte.

-Una actitud muy madura por tu parte - ironizó Ben de buen humor.

-¿Qué pasa? -contestó ella sin ofenderse-. Ser adulta no significa que tenga que mostrarme madura todo el tiempo.

-Por supuesto. ¿Y cuántos años dices que tienes de adulta?

-Veintisiete -Jana deseó tener algún método tan espontáneo como el de él para averiguar su edad. No le echaba más de treinta y dos o treinta y tres.

Ben echó el cuerpo hacia adelante y apoyó los brazos sobre la mesa sin dejar de sonreír:

-Te entiendo perfectamente: un reto es un reto. No se puede dejar que tus amigos te tomen por cobarde.

-Exacto -dijo ella algo más relajada-. Chloe y Lauren me estaban presionando. No iba a echarme atrás.

-De ninguna manera. Tu reputación estaba en juego.

Jana sacó del bolso el monedero cuando la camarera llegó con la bebida.

-Me alivia que lo entiendas dijo mientras pagaba.

Ben esperó hasta que se quedaron solos y preguntó:

-¿Y cómo es que tus amigas han tenido que tomar una medida tan drástica como retarte?

Porque nada más verlo le había parecido increíblemente atractivo y, si sus amigas no la hubieran desafiado, no se habría decidido a acercarse a él. Porque toda vez que Lauren y Chloe se habían enterado de que no había tenido ni un orgasmo, no pararían hasta que tuviese una experiencia sexual plenamente satisfactoria. Porque ella misma quería ver el tamaño de las manos de Ben.

-Si te lo dijera, pondría en peligro mi misterio femenino.

-Arriésgate.

Esa simple palabra, combinada con la magnética mirada de interés de Ben, la aturdió hasta borrar cualquier vestigio de sentido común.

-Estábamos hablando de orgasmos.

-Interesante.

Lo dijo con un tono aterciopelado que la hizo pensar en los susurros que los amantes compartían después de medianoche. Amantes saciados.

Ojalá.

-Supongo que ahora tengo que explicar por qué estábamos hablando de orgasmos, ¿no? -contestó Jana. Definitivamente, no volvería a beber vodka, pensó mientras alcanzaba su copa de vino-. Porque nunca he tenido uno -reconoció y ni siquiera se puso colorada. No mucho.

Ben estuvo a punto de atragantarse. La miró con los ojos bien grandes, tratando de asimilar aquella confesión tan escandalosa.

-¿Eres virgen?

-No, por Dios -espetó ella-. Simplemente, nunca... ya sabes -finalizó encogiéndose de hombros.

Que Dios lo ayudara, porque seguía sin creerse lo que acababa de oír. De hecho, Ben no podía creerse que le hubiese contado algo tan íntimo. Tenía un millón de preguntas, pero sólo acertó a formular una:

-¿Por qué no?

-Si tuviera la respuesta -arrancó Jana tras exhalar un suspiro-, Chloe y Lauren no me habrían desafiado y probablemente no estaríamos aquí sentados.

-¿Puedo preguntar a qué te han retado exactamente? -Ben imaginó una miríada de posibilidades sensuales, todas las cuales acababan con Jana y él entre sábanas enredadas, con los cuerpos desnudos y sudorosos de agotamiento... agotamiento sexual.

-Eh ... no es a eso. Tu virtud está a salvo conmigo.

Ben sintió una punzada de decepción. Sobre todo, porque la fantasía de las sábanas enredadas no hacía sino aumentar de temperatura.

-Bueno, dime, ¿a qué te dedicas, Ben? - preguntó entonces Jana al

tiempo que doblaba en triángulo su servilleta.

-Prefiero hablar sobre orgasmos.

Jana alcanzó su copa de vino.

-Parece el tema estrella de esta noche - murmuró.

-Podría ser de cinco estrellas -contestó Ben. La única cosa más peligrosa que el deseo sexual era el ego y, en esos momentos, él tenía ambos por las nubes.

-¿Has leído algún libro interesante últimamente? -preguntó ella.

-Estás cambiando de conversación.

-Eso intento -Jana volvió a suspirar-. Todavía no me has dicho a qué te dedicas.

Ben le agarró la mano izquierda, posando los dedos sobre su muñeca. El ritmo acelerado de su pulso lo excitó, aunque tampoco necesitaba ya muchos estímulos. De repente, la noche le ofrecía un tesoro de posibilidades, ninguna de las cuales pasaba por regresar solo a casa. Empezaba a entender por qué la gente necesitaba reafirmar la vida frente a la tragedia. Quizá, por una vez, pudiera olvidarse de ser el responsable, el que siempre estaba al cargo. Quizá Jana pudiera ayudarlo a olvidar.

-No caigamos en tópicos habiendo tantos temas atractivos para hablar. Como eso de que nunca has tenido un orgasmo.

-Oh... -dijo Jana, casi ronroneando-.

Apuesto a que eres bueno seduciendo mujeres. ¿Seduces a muchas, Ben?

Éste notó cierta aprensión en el tono de voz de Jana y, entendiendo el sentido de su pregunta, respondió:

-No -aseguró con franqueza. Nunca lo habían acusado de jugar con los sentimientos de las mujeres. Más bien, al contrario-. No a muchas.

Cuando Jana se pasó la lengua por los labios, la libido de Ben se disparó.

Ella bajó la mirada y giró la mano hasta acunar la de Ben palma arriba. Deslizó la punta del dedo sobre el anular de él como buscando alguna señal. Continuó inspeccionándole la mano, calculando el tamaño con las yemas de los dedos. Esbozó una sonrisa coqueta:

-Impresionante -susurró con voz rugosa.

Ben necesitó un acto de voluntad para conseguir llenar los pulmones de aire. Cuando Jana levantó la cabeza, el corazón de Ben se disparó ante el deseo que detectó en la mirada de ella. Sólo necesitaba una palabra de Jana para abrir la puerta a una noche de placer inolvidable. Una noche que no tendría que pasar solo, con su tristeza y su sentimiento de culpa por toda compañía.

Una palabra.

-¿Ben? Hablemos de orgasmos. .
Justo la palabra mágica.

CAPITULO 3

-¿Qué quieres saber?

,<¿Puedes provocar terremotos?, ¿tienes algún pasaje al paraíso?».

Preguntas pertinentes, pensó Jana. Al menos, dado su penoso desconocimiento. Y pertinentes, sobre todo, por el cosquilleo eléctrico que recorría toda su piel.

-Pues... -Jana respiró profundamente para reunir valor-. ¿Es verdad que los orgasmos son todo eso que la gente dice que son?

Jana no creía que pudiese sorprenderlo más tras la confesión que ya había realizado, pero era evidente que su misterio femenino no corría peligro. No si la repentina elevación de las cejas de Ben servían como indicador de su curiosidad.

Éste dio un trago largo a la botella de cerveza.

-¿De verdad no lo sabes? -preguntó por fin. Un rizo negro le cayó sobre la frente y se llevó la mano a la cabeza para ponerlo en su sitio. La mano continuó el movimiento hasta la nuca, donde permaneció un segundo antes de dejarla caer sobre la mesa.

-No -contestó ella encogiéndose de hombros.

-¿Ni siquiera aproximadamente? -Ben apretó el cuello de la botella-. ¿Ni una sola vez?

¿Hacía falta que sonase tan asombrado?

-Bueno... puede que sí... una vez -dijo tras considerar la cuestión unos instantes. Pero en seguida negó con la cabeza-. Pero no. No creo que fuese lo auténtico.

Ben la miró como si acabase de hablar en algún idioma extraño.

-¿No crees? -preguntó y soltó una risotada. Una risotada sana y espontánea que la hizo sonreír a pesar de estar hablando de la disfuncionalidad de su punto G-. Esto tienes que contármelo.

Oye, oye -Jana levantó el índice-. Se suponía que era yo quien hacía las preguntas, ¿no?

-Sí, pero tus respuestas a las mías son muy interesantes -contestó él con una amplia sonrisa.

-Más bien bochornosas -murmuró ella antes de dar un sorbo de vino.

-No te avergüences, Jana -Lijo Ben entonces con seriedad-. No hay por qué avergonzarse por no tener experiencia.

-Yo no he dicho que no tenga experiencia -Jana puso la copa sobre la servilleta-. Hay una diferencia.

-No si no has tenido nunca un orgasmo - respondió Ben inclinándose hacia adelante-. Tus amantes deben de haber sido muy egoístas.

Jana se aclaró la garganta. Por un momento, se sintió incómoda, pero luego se regañó por tonta. Ben tenía razón: ¿por qué había de avergonzarla aquella conversación o no haber tenido un buen amante? Esa noche podía decir o hacer cualquier cosa. Al fin y al cabo, no volvería a ver a Ben.

-Esto te tiene que resultar muy divertido -comentó ella.

-Tengo la impresión de que tú serías una mujer muy divertida -dijo Ben, cuyos ojos azules se oscurecieron hasta una tonalidad marina.

El aire se cargó de electricidad. Jana sintió un aguijonazo de deseo en el estómago.

-Yo estaba pensando lo mismo -dijo ella con descaro, manteniéndole la mirada-. Sobre ti.

Estupendo. Para eso, podía haberse pintado un cartel en la frente rogándole que la hiciera suya. Claro que, aunque eso habría sido más directo, coquetear con total desparpajo era mucho más entretenido y liberador.

Ben esbozó una sonrisa perezosa. Tenía una boca increíble, con un labio inferior grueso que Jana estaba deseando probar.

Contuvo la respiración y luego la soltó de golpe. Si se quedaba sin aire sólo de pensar en besarlo, no podía ni imaginar lo que sucedería si intentaba que Ben le curase el problema de los orgasmos.

-Estás desviándote del tema otra vez - dijo él con simpatía-. Cuéntame lo más cerca que has estado a tener un orgasmo.

Lo que a Jana le apetecía contarle era lo cerca que quería estar con él. Más allá de las nubes. Por encima de la luna. Con fuegos artificiales y toda la parafernalia.

O eso le habían contado.

-¿Jana? -la presionó Ben con una voz ronca que le impedía pensar.

-Sentí... un cosquilleo.

-Un cosquilleo -repitió él despacio-. ¿Sólo eso?

-Sólo eso -Jana asintió con la cabeza.

Ben carraspeó, cambió de postura y posó las manos sobre los antebrazos de ella.

-¿En alguna parte en concreto?

Jana se ruborizó como si fuese una adolescente virgen.

-Ya estás -le regañó en broma-. Otra vez pidiéndome que te revele los secretos de ser mujer.

Ben le agarró la mano con la que Jana sujetaba la copa de vino, le separó los dedos uno a uno, se la levantó para llevársela a la boca y le rozó la muñeca con los labios. Antes de soltarla, le pasó la lengua sobre la muñeca.

-¿Un cosquilleo así más o menos? -preguntó entonces con una voz

reservada para los amantes.

Un chispazo excitó sus pezones y calentó el cuerpo entero de Jana con un calor sofocante. ¿No se suponía que era ella la que estaba seduciéndolo a él? Las braguitas se le habían humedecido.

-Ha sido un cosquilleo agradable -murmuró por fin tras carraspear.

-Entonces, ¿he estado cerca?

-Más que cerca.

El rostro de Ben irradiaba satisfacción. Debía de estar inflando su ego, pero a Jana le daba igual. Tratándose de cosquilleos, el hombre era un experto.

-Entonces me hago una idea. ¿Algún detalle más?

Pero Jana estaba más interesada en los detalles de lo que estaba sintiendo en ese momento. Y no tenía duda de que había pasado de sentir un leve cosquilleo a estar excitadísima. Al abordar a Ben, en un principio, no había tenido la menor intención de embarcarse en una aventura de una noche. Pero ya no estaba segura de poseer la fuerza de voluntad para no ver hasta dónde podían llegar.

Recordó su último encuentro sexual con la esperanza de que la decepción por lo que no había llegado a pasarle la desanimara. Había tardado dos meses en permitir que la relación cobrara intimidad. En general, la experiencia había sido... agradable. Pero no podía compararse al calor que Ben había avivado en ella con ese simple jueguecito de pasarle la lengua por la muñeca.

-Después de lo que acabas de hacer, creo que «cosquilleo» no es la palabra exacta para describir lo que sentí -dijo Jana-. Quizá se parecía más a lo que sientes cuando te quitas los zapatos después de un largo día de verano. ¿Sabes lo que te digo?

Ben trató de contener una sonrisa, pero no lo consiguió.

-A mí me suena más a una sensación de relajación más que a gratificación sexual.

Jana apuró la copa de vino y negó con la cabeza cuando vio que Ben hacía ademán de llamar de nuevo a la camarera.

-Es posible -reconoció-. Y ahora, ¿te importa contestar a mi pregunta?

-¿Que era?

-¿De verdad es tan increíble como todos dicen que es?

Ben se recostó sobre el asiento con total serenidad.

-Sí, sí que lo es -murmuró para añadir con sensualidad-: con la persona adecuada.

Decenas de imágenes eróticas se agolparon en la cabeza de Jana. Imágenes que reunían siempre tres elementos básicos: Ben, ella y la cama más cercana.

-Cuéntame cómo es.

La miró con tal intensidad, que Jana empezó a juguetear con la servilleta, hasta casi tirar la copa vacía de vino. Se puso firme y trató de mostrarse relajada. Lo estaba consiguiendo cuando Ben respondió:

-¿Por qué no, mejor, te lo enseño?

Ben tomó la llave del apartamento de Jana y la introdujo en la cerradura. No se molestó en pensar en lo acertado de su decisión ni perdió el tiempo reprochándose haberse dejado llevar por la testosterona. Ni siquiera los veinte minutos de trayecto desde el Ivory Turtle hasta la casa de Jana, en Culver City, habían enfriado el fuego que ardía dentro de él desde que Jana le había pedido que siguieran hablando de orgasmos.

Aunque sus motivos no eran exclusivamente caballerosos, sí que sentía cierta afinidad hacia Jana. Aunque se limitara a una afinidad primitiva y animal. Hacía tiempo que no experimentaba una necesidad tan profunda de estar con una mujer. Tras aquellos últimos días infernales, no tenía ganas de analizar por qué no debía explotar la tensión sexual que había prendido en ambos desde que se habían cruzado sus miradas.

Como poco, tendría que probarla, comprobar si sus labios eran tan suaves como había imaginado. Y luego estaba la tensión casi dolorosa que sentía desde que Jana había bajado de la furgoneta. La falda se le había enganchado un momento, subiéndose lo justo para revelar unas pantorrillas esbeltas y una rodilla bien formada. Nada exhibicionista, pero sí sumamente erótico.

Ben abrió la puerta y luego se giró hacia Jana y le devolvió la llave. La fragancia de su perfume, una combinación exótica entre picante y floral, lo tensó un poco más si cabía.

Jana apoyó la espalda contra el quicio de la puerta. Tenía los ojos encandilados de deseo. Ben tenía tanta urgencia por posar los labios sobre la delicada piel de Jana que acortó la mínima distancia que los separaba.

-¿Pasas? -preguntó con un tono insinuante que no le habría pasado desapercibido ni al santo más casto.

Ben la miró a los labios en el momento en que ella se paseaba la lengua sobre el inferior. ¿Estaría desafiándolo a que la besara?

-Sí -contestó por fin. Por una vez en su vida, se negó a pensar en las consecuencias de sus actos. Por una vez, decidió dejarse llevar por el impulso. Levantó una mano y le abarcó una mejilla con la palma-. Voy a besarte.

Jana esbozó una sonrisita seductora.

-Esperaba que lo hicieras.

Al diablo las dudas. Ben no se molestó en un roce tentativo contra sus labios. Le cubrió la boca y aplicó una ligera presión con un dedo sobre su mandíbula, instándola a que la abriera.

Se deslizó dentro. La textura cálida y sedosa de la lengua de Jana encendió un fogonazo que bajó directo más allá de la cintura, provocándole una erección instantánea.

Jana dejó caer el bolso al suelo y rodeó el cuello de Ben con ambos brazos. Se apretó contra él, aplastando los pechos contra su torso. Las manos de él se morían por frotarle los pezones. Quería ponerlos erectos, explorarlos con la lengua y oír los gemidos de placer de Jana.

Lentamente, ésta elevó la rodilla, rozándole el interior del muslo. Ben estuvo a punto de estallar. Si subía un par de centímetros más, no le quedaría duda de cuánto la deseaba.

La tensión y los acontecimientos recientes comenzaron a desvanecerse, mitigados por las sensuales y tácitas exigencias de la mujer que tenía entre sus brazos. La atracción sexual que sentía hacia Jana no tenía nada que ver con la necesidad de descargar la preocupación de los últimos días, ni siquiera con un anhelo de conectar con otro ser humano de la forma más básica imaginable. Lo que lo impulsaba a besarla con más intensidad, a deslizar las manos por sus costados y subirlas hasta sostener sus pechos en las palmas nacía directamente de una lujuria irrefrenable.

Jana puso fin al beso mucho antes de que él estuviera preparado para soltarla. Ben notaba la respiración entrecortada de Jana mientras ésta trataba de recuperar el resuello.

Despacio, Jana bajó los brazos y retrocedió, como si necesitase poner distancia. Pero Ben no quería romper el contacto con ella, de modo que bajó las manos a sus caderas, impidiéndole que escapara del todo.

-Ahora, ¿te apetece pasar dentro un rato? -le preguntó ella con una certeza que lo sorprendió. Habría jurado que Jana se había acobardado y quería dar marcha atrás.

-¿Estás segura?

Aunque Jana había accedido a su sugerencia de ir a su casa para poder estar solos, Ben quería y necesitaba saber si comprendía exactamente lo que ocurriría una vez que entraran en el apartamento. El beso que acababan de compartir le había dejado claro lo que él quería.

Jana respondió empujando la puerta a modo de invitación. Él, después de agacharse

a recoger del suelo el bolso, la siguió dentro, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Jana se quedó quieta en medio de la pieza, con el ceño levemente fruncido. ¿Se estaría arrepintiendo? Dios quisiera que no, porque nunca le habían gustado las duchas frías.

Una lámpara proyectaba una luz suave desde una mesa blanca y cuadrada, flanqueada por dos sillas con franjas azules y blancas. Ben dejó el bolso de Jana sobre el cojín del sofá a juego, cruzó la moqueta para estrecharla entre los brazos de nuevo y la besó hasta dejarla sin sentido.

El fugaz momento para reconsiderar si estaba a punto de cometer un error colosal se evaporó en el momento en que Ben se apoderó de su boca en otro beso ardiente. Al acercarse a él en el Ivory Turtle, no había pensado en serio tener una aventura con un hombre al que no conocía. Pero, sin tiempo para decidir si había sido ingenua o temeraria, Ben la hizo retroceder hasta que el trasero de Jana tocó la pared.

Ésta le puso las manos alrededor de la cintura, extendiendo los dedos sobre sus costillas. Notó el temblor de sus músculos bajo la camisa, colmándola de una sensación de poder femenino comparable tan sólo a la ardiente excitación que la obligaba a apretar los muslos. La frialdad de la pared no podía contrastar más con la temperatura interior de Jana. Cuando Ben le sacó la camisa de la falda, ella sintió una sensación indefinible en la boca del estómago.

Pero se olvidó de intentar definirla al sentir las manos de Ben sobre sus pechos, estimulándole los pezones rítmicamente a través del sujetador. Jana gimió, apartó la boca, golpeándose la cabeza contra la pared al tiempo que arqueaba la espalda, desesperada por más caricias.

-Saboréame -se oyó susurrar para su asombro. Ella nunca había hablado mucho durante el sexo, optando por comunicar sus necesidades mediante actos. ¿Habría sido parte del problema?, se preguntó.

Ben emitió un sonido gutural. Nada más hundir la cabeza entre sus pechos y empezar a lamerlos, Jana se olvidó de cualquier duda y se concentró en la tensión que sentía. Con lentitud agónica, Ben le desabrochó unos cuantos botones más de la camisa y luego la abrió hasta dejarla caer a la altura de los codos de Jana. Posó la boca en uno de los pezones y chupó a través del sostén. Ella gritó de placer ante aquella exquisita sensación.

Se quedó sin respiración y luego la recuperó. Era como si no fuese capaz de meter suficiente oxígeno en los pulmones. El mundo empezó a darle vueltas hasta llevarla casi más allá de la realidad.

Agarró los hombros de Ben para equilibrar

se. Pero nada podría parar ya aquel maravilloso caos de sensaciones.

Él se desplazó al otro pecho y lo atendió igualmente con la lengua. A Jana le temblaron las rodillas. Apretó los muslos más todavía.

Ben se puso recto, pero no dejó de tocarla. Le acarició el cuello y luego subió hasta enmarcarle la cara con ambas manos. La mirada apreciativa de sus ojos bastó para conseguir lo que ningún amante había logrado hasta entonces: la hizo retorcerse de necesidad, tan intensa, que el cuerpo entero le vibraba de anticipación.

¿Tendrían razón Chloe y Lauren?, ¿podría experimentar una sensación de liberación absoluta acostándose con un hombre sin más propósito que obtener placer sexual? Sólo la forma en que Ben la miraba, con una mezcla de deseo, temor y reverencia, la despojaba de su habitual ansiedad y la llenaba de una sensación salvaje y gloriosa de abandono. Esa noche, se recordó, no debía fingir; esa noche tenía que entregarse al placer.

Al de él.

Y al de ella.

Sin arrepentimientos, pasara lo que pasara.

-Voy a saborearte -dijo Ben con una voz suave y de acero al mismo tiempo. Delicada pero firme. Como sus besos. O sus caricias. Tiernas pero imperiosas.

-Voy a saborear cada centímetro de tu cuerpo, Jana. ¿Entiendes lo que digo?

-¿Cada centímetro?

Jana nunca había hiperventilado, pero suponía que sí que había siempre una primera vez para todo. Con un poco de suerte, esa noche no sólo se estrenaría en un exceso de dióxido de carbono.

No. Prefería no pensar en eso. Si lo hacía, tal vez rompiese el embrujo sensual con el que Ben la tenía hechizada con aparente sencillez. Aparcó cualquier pensamiento y alcanzó los botones de la camisa de él para apretar los labios contra la piel desnuda que iba exponiendo.

-¿Y bien? -Jana le quitó la camisa y la dejó caer al suelo-. ¿Qué haces parado? Con la punta de la lengua, recorrió una de las tetillas de Ben antes de mordisquearla a fin de ofrecerle las mismas sensaciones deliciosas que encendían su propio cuerpo. Besó y lamió sus pectorales hasta que Ben emitió un gruñido profundo.

Sin tiempo para saborear un solo centímetro más de su atlético cuerpo, Ben le agarró los brazos. Luego la aprisionó contra el pecho y conquistó su boca con avidez, obligándola a separar los labios.

De nuevo, la arrinconó contra la pared. Ben le recorrió los senos

con ambas manos, bajó hacia la cintura y le desabrochó la falda.

Podía ser que los orgasmos fuesen un misterio para ella, pero sí que sabía lo que era el deseo. Hasta había disfrutado un par de veces de un fascinante cosquilleo durante los preliminares. Pero su experiencia nunca se había acercado a las deliciosas sensaciones que Ben la hacía sentir con sus besos y caricias simplemente. Se sentía caliente, tensa, sin respiración, anhelante, con todos los nervios del cuerpo en estado de alerta.

Ben le bajó la cremallera y se separó lo justo para dejar que la falda se deslizara hacia el suelo. Tras quitarse los zapatos, Jana salió de la falda y se quedó de pie cubierta únicamente con un sujetador blanco y unas braguitas a juego, así como unas medias altas. Había imaginado que se sentiría cohibida, pero la mirada de admiración de Ben hizo desaparecer cualquier inhibición.

-Eres increíble -dijo él con un tono de reverencia que terminó de privarla de todo sentido común-. Absolutamente increíble.

Jana sonrió al tiempo que cubría los centímetros que los separaban para abrazarlo por la cintura. Se frotó contra su cuerpo y los pezones, erectos, mandaron una descarga caliente por toda su médula.

Tembló.

-¿Tienes frío?

Jana le dio un mordisquito en el cuello antes de levantar la cabeza para mirarlo a los ojos.

-Nunca he estado más caliente.

-Sigue hablando así y no llegaremos a la habitación -la advirtió Ben.

Jana le dedicó la más sensual de su reducido arsenal de sonrisas.

-¿Quién dice que tenemos que llegar a la habitación?

Ben metió las manos bajo el elástico de las braguitas para apoderarse del trasero de Jana.

-Una mujer aventurera. Me gusta.

Jana se arqueó al tiempo que disfrutaba del calor de las manos de Ben sobre el trasero:

-¿Qué más te gusta?

-Las fantasías. Cuéntame tu fantasía, Jana.

Lo habría hecho, si hubiese tenido alguna. Ya había confesado su falta de experiencia sexual. Y su autoestima no necesitaba que le recordaran que ni siquiera tenía imaginación para evocar una fantasía.

-Tengo una idea mejor.

Ben bajó las manos con desquiciante lentitud hacia el centro de Jana.

-Dime dijo tras darle un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

¿Por qué diablos imaginaba Ben que la idea era conversar cuando lo único en lo que podía pensar era en la presión que crecía en su interior gracias a las caricias de los dedos de Ben entre sus rizos húmedos?

Se apartó un poco para quitarse la horquilla que le sujetaba el cabello. Luego la tiró al suelo junto a la ropa y los zapatos. Sacudió la cabeza y dejó que el nudo del pelo se deshiciera, cayéndole éste hasta los hombros.

-Enséñame tú tu fantasía.

-Esta noche tú eres mi fantasía -contestó él con un brillo perverso en los ojos.

Acto seguido le agarró ambas manos con una de él, le levantó los brazos y se los clavó contra la pared por encima de la cabeza, dejándose una mano libre para hacer lo que quisiera. En eso consistía su fantasía.

Trazó el perímetro de su boca con la punta de un dedo, le apretó el labio inferior con el pulgar y bajó para acariciarle el cuello. Posó los labios donde antes habían estado los dedos. Luego descendió hacia el nacimiento de sus senos.

Ben la tocó con una mezcla de rudeza, ternura y reverencia. Trazó un sendero de fuego por su costado mientras paseaba los labios y la lengua sobre sus pechos.

Justo cuando creía que se volvería loca de deseo, Ben le soltó las manos y se arrodilló. Jana apoyó las manos contra la pared para sostenerse en pie mientras él introducía los pulgares por los laterales de las braguitas y se las bajaba, saboreando cada centímetro que iba descubriendo con tal veneración que el corazón de Jana se encogió un poquito.

Después de quitarle las braguitas, le recorrió las pantorrillas hacia arriba y se adentró después hacia el interior de sus muslos. Como si fuese más frágil que una flor, le separó las piernas con delicadeza. La presión que Jana sentía en la boca del estómago aumentó en cuanto Ben le tocó los pliegues interiores con un dedo.

Contuvo la respiración. Luego la soltó de golpe en un gemido que suplicaba más... y más... Cerró los ojos para olvidarse de la realidad. Esa noche quería montarse a lomos del placer tan lejos como Ben pudiera llevarla.

Dejó de pensar. Sólo podía... sentir.

Excitación. El roce de sus dedos. Una tensión gloriosa. La presión de sus labios sobre sus rizos húmedos. El fuego que crecía en su interior. La textura de su lengua mientras le rodeaba su punto más erógeno.

Jana lo experimentó todo y aun así quería más.

-No pares -susurró.

Ben siguió avivando con destreza el fuego de ella, tan intenso que cada vez se parecía más a un infierno. Las llamas la estaban llevando al borde de... de...

Se paró.

Jana abrió los ojos de golpe.

¿Se había parado?

-¡No! -protestó mientras Ben se incorporaba-. No -repitió una vez que él se hubo puesto de pie. Le daba igual suplicarle que terminase lo que había empezado. ¿Cómo podía hacerle una cosa así? Había estado tan cerca... ¡Maldita fuera! ¿Por qué se había parado?

-¿Por qué no? -preguntó Ben sonriente.

Jana se quedó boquiabierta.

-¿Por qué no? -repitió desconcertada. ¿Acaso necesitaba explicárselo? No podía ser tan obtuso.

-Sí, ¿por qué no? -insistió él.

Como se le ocurriera agacharse a recoger su camisa, le pegaría una patada en el trasero.

-¡Porque no! -respondió Jana, aunque no se tratara de la contestación más brillante.

La sonrisa de Ben se expandió por todo su rostro. Acto seguido, le dio un beso tan fugaz como intenso en los labios, todavía hinchados.

-¿Porque estabas a punto de tener un orgasmo?

Jana lo miró con desconfianza. No tenía ni idea de qué tipo de juego se traía entre manos.

Ben le acarició el cabello que le caía por un lado de la cara, húmedo de sudor.

-¿Todavía quieres saber por qué es tan increíble como todo el mundo dice?

Si no se hubiera parado, tal vez ya conociera la respuesta personalmente.

-Por el clímax -continuó Ben ante el silencio testarudo de ella-. Y no me refiero sólo a un placer físico que crece hasta la liberación final, sino a algo tan intenso que despierta todos tus sentidos.

-Si quisiera estimulación intelectual, leería un libro o iría a una conferencia -gruñó Jana.

-Cada célula de tu cuerpo se abre hasta que explotas -prosiguió él-. El calor líquido que te llena sólo es físico. Pero para alcanzar un orgasmo total también hay que seducir a la mente.

-Me habría contentado con mitad de orgasmo.

Ben le acarició un hombro y bajó por su brazo hasta entrelazar los

dedos con los de ella:

-Podría haber hecho que explotaras, Jana, pero sólo habría sido una descarga física.

-¿Quieres llevarme adónde no me ha llevado ningún otro hombre o no? -preguntó frustrada-. Porque si quieres, se supone que tenías que haber seguido.

Sin dejar de sonreír, Ben le agarró la mano, se la llevó a la boca y volvió a hacerle el truco de lamerle la muñeca. Esa vez, Jana casi se derritió.

-Te prometo -dijo con un susurro sensual y pecaminoso- que voy a darte todo lo que has echado de menos.

-No sé si podremos usar los preservativos.

Si había una mujer más sensual que Jana, Ben no la había conocido. O que se sintiera tan a gusto con su cuerpo. Estaba de pie, totalmente desnuda, en el umbral entre el dormitorio y un cuarto de baño pequeño, iluminadas sus curvas por la luz de arriba.

Nunca había estado tan excitado. No había querido dejarla a medias, pero había puesto fin antes de tiempo a sus caricias y le había sugerido que fueran al dormitorio por una sencilla razón: había estado demasiado cerca de perder el control.

Si no hubiese frenado, habría podido cometer el monumental error de hacerle el amor sin protección. Porque de lo que no le cabía duda era de que Jana ya había llegado al punto de no retorno y no habría estado en condiciones de parar por iniciativa propia.

-¿Por?, ¿qué tiempo tienen? -preguntó Ben. Ella se giró a un lado para ver mejor la caja. Sopló y una nubecilla de polvo la hizo estornudar-. Sí que tienen tiempo -añadió. Le gustaba la idea de que Jana tuviese una caja de preservativos a la que le hubiera dado tiempo a cubrirse de polvo.

-Seis meses -dijo ella encogiéndose de hombros-. Puede que ocho. ¿Te importa dar esa luz?

Ben encendió la lámpara de noche y esperó a que Jana se uniera a él en la cama. Cuando ésta le lanzó la caja de preservativos, Ben la agarró al vuelo con una mano. Jana regresó al colchón y se sentó a horcajadas sobre las caderas de él como si llevase haciéndolo toda la vida. Después de lo que habían compartido, no había lugar para la timidez.

-¿Qué fecha de caducidad tienen? -preguntó ella.

-No lo veo -Ben dejó la caja en la mesita de noche, junto al despertador-. Pero no habrá peligro mientras tengan menos de dos años. ¿Alguna pregunta más? -añadió al tiempo que plantaba las manos en el trasero de ella.

Claro que conversar no se encontraba entre sus prioridades. Y procurarle a Jana su primer orgasmo era la primera en la lista.

Los ojos verdes de Jana soltaron un destello pícaro un instante antes de menear el trasero y bajar un poco más.

-Prefiero seguir experimentando -contestó ella echando el cuerpo hacia adelante.

-¿Y qué quieres experimentar? -Ben le acarició el cuello con la nariz.

Jana se levantó de nuevo para quitar la sábana que los separaba y, ya sin barreras, rozó su cálida humedad contra la punta del pene. Un gritito de sorpresa escapó de su boca. Se movió con cautela, pero bajó otro centímetro y exhaló un gemido tan placentero que Ben tuvo que contar hasta diez para mantener el control.

-Quiero volver a sentirme de ese modo - dijo echando las caderas hacia adelante. Ben contó hasta veinte-. Tensa, caliente... mucho más allá de un simple cosquilleo... Quiero que me pongas más húmeda todavía... Más caliente... -añadió a medida que subía y bajaba con delicadeza.

Ben subió las caderas un centímetro y la notó preparada para recibirlo... físicamente. Pero quería más. Quería vaciarle la cabeza de cualquier cosa para dejar espacio a todos los placeres con que pretendía colmarla.

¿O era su propia mente la que quería liberar esa noche?

El calor le abrasaba las venas. El cuerpo le exigía un desahogo, impulsándolo hasta un punto en el que lo único que le importaba era la increíble mujer que lo estaba haciendo enloquecer de lujuria.

Ben agarró a Jana y la hizo rodar hasta ponerla boca arriba sobre el colchón.

-Encantado de servirte -murmuró.

Supuso que no le costaría mucho volver a llevarla al borde del abismo, tal como indicaban los gemidos que escapaban de su boca. Le separó las piernas para saborearla más profundamente esa vez. Ella alzó las caderas, buscando más de forma instintiva. Y él se lo dio. Introdujo un dedo, dos después, al tiempo que paseaba la lengua por su sexo. Luego subió hacia su zona más sensible.

Los gemidos se convirtieron en gritos a medida que las caricias crecían. No podía estar más húmeda y caliente. Estaba lista para recibirlo, pero, a pesar de la erección que él mismo tenía, se negaba a finalizar tan rápidamente aquel viaje sensual.

De modo que continuó estimulándola, llevándola más y más arriba, para reducir con cuidado a continuación. Las piernas de Jana temblaron, los músculos interiores apretaron los dedos de Ben; pero

éste le negó la liberación que ella tanto ansiaba. Volvió a excitarla y redujo de nuevo el ritmo después para auparla un poco más alto todavía a continuación.

La espera lo estaba matando. Ben era el primero que estaba deseando sentir su cuerpo dentro de ella. Viendo que no era capaz de seguir conteniéndose, se puso un preservativo y se alzó sobre el cuerpo de Jana.

Soportando su peso sobre los brazos, le levantó una de las piernas y la colocó encima de uno de sus hombros. Sólo entonces la penetró gloriosamente, centímetro a centímetro.

-Sí... -susurró ella mientras Ben la llenaba.

Levantó las caderas para acogerlo lo más dentro posible. Estaba empapada, tensa, al límite. Ben arremetió, una y otra vez, empujándolos a ambos hasta el precipicio. El sonido de la respiración se agitaba con cada roce de sus cuerpos. Jana agarró las sábanas mientras el cuerpo entero se tensaba debajo de él.

Soltó un sonido leve, nacido de las entrañas, y el cuerpo empezó a sacudírsele espasmódicamente.

-Abre los ojos -le ordenó Ben cuando ella bajó los párpados-. Mírame, Jana.

Ésta obedeció y él presenció fascinado la mezcla de asombro, admiración, pasión y necesidad que bañaba el fondo de sus ojos. El cuerpo entero se estremeció con la fuerza de la descarga.

-Sí -gritó maravillada mientras su cuerpo palpitaba alrededor de la erección de Ben-. ¡Dios!, ¡sí!

Sus gritos le arrebataron el control. Ben se hundió a fondo una última vez, y se abandonó a una potente oleada de placer.

Poco a poco, el mundo fue reapareciendo. Empezó a captar el olor a sexo, sintió las curvas sudorosas de Jana debajo de él, oyó su llanto, tan débil...

. Ben se echó a un lado y la abrazó. Una vez se hubo acurrucado contra él, agarró la sábana para cubrir los cuerpos de ambos antes de que se quedaran fríos.

-¿Jana? Perdona. No te he hecho daño, ¿verdad?

-No -Jana se sorbió la nariz-. Es que... -un sollozo le sacudió los hombros.

Preocupado, Ben le puso una mano bajo la barbilla y le subió la cabeza con suavidad para mirarla a sus ojos, todavía maravillados.

-¿Qué pasa?

-No puedo describirlo. Ha sido tan... - Jana suspiró, esbozó una leve sonrisa y se pegó contra él-. Increíble. Absolutamente increíble.

CAPITULO 5

Las sombras grises y rosas se filtraban por los intersticios de la persiana mientras Ben, levantado ya, contemplaba el sueño de Jana. Estaba tumbada de lado, abrazando la almohada que él había utilizado. Lo que lo conmovía tanto como asustaba.

Entendía el deseo de escapar. Hasta le parecía bien. Pero sentirse conmovido lo inquietaba.

El reloj de la mesilla de noche captó su atención. Si no se iba, llegaría tarde. Pero no conseguía reunir fuerzas para marcharse. La idea de no estar delante cuando despertarse lo irritaba. Probablemente porque, a pesar de haberle hecho el amor otras dos veces, todavía quería más. No podía saciarse.

Sería mejor que se fuera, pensó. Lo antes posible. Ya se había tomado la libertad de utilizar la ducha de Jana porque se le habían pegado las sábanas, cosa que nunca le pasaba. No tenía tiempo para pasar por su casa y cambiarse de ropa antes de ir al parque de bomberos a cubrir el turno de veinticuatro horas que le tocaba. Si se daba prisa, podría llegar antes que el resto de compañeros que hacían guardia el sábado llegaran. En concreto, antes de los chicos que lo habían visto salir del Ivory Turtle con Jana la noche anterior.

Y, sin embargo, no se movió. No lo entendía, pero quería quedarse con ella. El cuerpo entero se le tensó sólo de pensar en despertarla para hacerle el amor de nuevo. Quería volver a oír esos grititos que Jana daba cuando explotaba entre sus brazos. Aunque le costara soportar las bromas de sus compañeros.

Sonrió. Le había provocado su primer orgasmo. Y no había sido el único.

Exhaló un suspiro y se pasó una mano por el pelo mientras notaba el despertar de una nueva erección. Jana no era inocente y lo había complacido con suma imaginación y creatividad a lo largo de la noche. Pero seguía teniendo cierta vulnerabilidad que le resultaba demasiado intrigante para ser un hombre que rehuía esa clase de sentimentalismos.

No le tenía tanta fobia al compromiso como su hermano pequeño, Drew, pero tampoco estaba dispuesto a sacrificar su soltería como había hecho el hermano mediano, Cale. Había tenido un par de relaciones estables, pero el matrimonio nunca había entrado en sus planes. Casarse era un estorbo. Convicción con la que la mayoría de las mujeres estaba en total desacuerdo.

Tenía relaciones, pero ponía barreras. Otra cosa con la que la mayoría de las mujeres terminaban estando en desacuerdo. Al final siempre querían atarlo, echarle el lazo y privarlo de hacer lo que más le gustaba: apagar fuegos.

Tenía que marcharse, se repitió. Retirarse con discreción. No podía dejarse llevar por las ganas de despertar a la sensual mujer que tenía la cabeza hundida en la almohada que conservaba su fragancia.

Finalmente, rodeó la cama. Se sentó con cuidado en un borde del colchón y retiró un mechón rubio del rostro de ella.

-¿Jana? -la llamó tras agacharse para darle un beso en la mejilla.

-¿Ummm? -murmuró adormilada. Luego soltó un suspiro y abrazó la almohada con más fuerza.

No podía tener el ego más hinchado. Ben sabía que él era la razón del agotamiento de Jana.

-Tengo que irme a trabajar -le dijo en voz baja-. Me gustaría volver a verte.

No era mentira. Aunque sí se preguntaba si estaría actuando movido por algún gen caballeroso. No podía dejar que Jana creyera que sólo era una aventura de una noche. ¿O sí?

-Yo... también -dijo ella sin abrir los ojos ni una rendija.

-¿Qué tal una película mañana y luego cenamos juntos? -preguntó Ben. Caballerosidad o no, debía admitir que quería conocerla mejor.

-No puedo -Jana dio una vuelta sobre el colchón-. Asuntos familiares.

-Te llamo -dijo él, aunque se quedó con la duda de si Jana lo habría oído o si recordaría siquiera la conversación. Sonrió arrogante. Tal vez no recordara lo que acababa de pasar, pero seguro que a él no lo olvidaría en su vida.

Tras taparle los hombros desnudos con la sábana, salió despacio de la habitación y se dirigió a la salida. Se aseguró de cerrar bien la puerta, bajó las escaleras al trote y se encaminó hacia la furgoneta, aparcada frente al apartamento.

Una vez frente al volante, se dio cuenta de que no tenía el teléfono de Jana. Y tampoco sabía su apellido. La puerta del edificio se había cerrado, de modo que ya no podía consultarlo en el buzón.

Maldijo para sus adentros al tiempo que arrancaba. Quizá debería tomarlo como una señal cósmica que le indicaba que la noche anterior era todo cuanto el destino les había concedido.

Metió primera, puso el intermitente y se incorporó a la carretera. Antes de doblar la esquina, se aseguró de comprobar el nombre de la calle. Y quince minutos después, dentro ya de la autopista, decidió que el cosmos se equivocaba.

Su deseo de ver a Jana no tenía que ver con el sexo. Hacía meses que una mujer no captaba su interés. Sólo por eso merecía la pena conocerla. De hecho, la situación así lo exigía.

Estacionó en el aparcamiento del parque de bomberos con una

sonrisa en los labios. Tal vez sí tuviera un poco que ver el sexo. Eso y la pasión que había llenado los ojos de Jana mientras experimentaba su primer orgasmo.

Definitivamente, merecía la pena llevar a cabo una investigación más detallada. En la cama y, por qué no, también fuera.

Jana, Lauren y Chloe llevaban semanas planeando su sesión trimestral de relajación y a Jana no se le ocurría una ocasión mejor para disfrutar de uno de los centros de relax más lujosos de Beverly Hills. El masaje que les habían dado había sido una maravilla. Y el vapor de la sauna obraba milagros en su cuerpo, lleno de agujetas después de la noche más increíble de su vida. Le dolían músculos que ni siquiera había sabido que existieran.

Contuvo un gemido de placer al recordar las atenciones de Ben y cerró los ojos. No le costó imaginar las manos de éste bajo sus pechos. Casi podía sentir la punta de su lengua y los dientes mordisqueándole los pezones.

-Venga, Jana -la voz de Lauren interrumpió una fantasía muy prometedora-. Nos merecemos -que nos cuentes algo.

Estaban sentadas en círculo. Jana se ajustó el nudo de la toalla con que se cubría los pechos y lanzó una mirada de ligero reproche a sus amigas.

-Tenéis suerte de que os hable. Sabíais que había bebido demasiado y, aun así, me retasteis, sabiendo que no me echaría atrás.

-A juzgar por el color de tus mejillas, te dejamos en buenas manos -comentó Chloe tras soltar una risotada.

Unas manos fabulosas, pensó Jana. Ben le había enseñado placeres que jamás había imaginado. Era un amante de ensueño, atento y nada egoísta. Se había acoplado a su cuerpo con maestría y lo había tocado como si fuese un instrumento, acariciando y tensando en los sitios justos con virtuosismo.

Daría cualquier cosa por un segundo encuentro.

-Podría haber sido un psicópata -protestó Jana sonriente.

-Un psicópata no te habría dejado con esa sonrisilla de satisfacción que llevas luciendo todo el día -contestó Lauren.

-Ésa no es la cuestión -repuso Jana.

-Por supuesto que es la cuestión -Lauren le dio un empujoncito con los hombros-. Bueno, ¿qué pasó?

-Me llevó a casa -contestó Jana. Aunque, en realidad, la había llevado más allá de la luna.

-¿Y? -preguntó Chloe.

-¿Te besó? guiso saber Lauren.

Jana carraspeó y volvió a sonreír. Le había besado cada centímetro de su cuerpo, tal como le había prometido. Le había besado en sitios donde sólo había leído que se podía besar.

-Para empezar.

-¿Para empezar? ¡Cuenta, cuenta! -la animó Chloe-. Y no te ahorres ni un detalle, corazón.

-Estoy orgullosa de ti -dijo Lauren-. Y ahora, venga, ¿qué pasó?

No era cuestión de orgullo, pensó Jana. Simplemente, se había embarcado en una aventura de una noche con un desconocido. Lo que no podía considerarse la decisión más inteligente, a pesar del resultado. Pues sólo había hablado medio en broma al decir que Ben podía haber sido un psicópata. Todavía no sabía cómo se había atrevido a hacer algo así, aunque lo atribuía a su testarudez y al hecho de haber tomado aquellos Orgasmos de Escándalo.

Claro que no cambiaría la última noche por nada en el mundo. Después de todo, por fin había sabido lo que era un orgasmo de verdad.

Volvió a sonreír. Gracias a Ben, además, había reunido material para unas cuantas fantasías eróticas en condiciones.

-¿Lo invitaste a pasar? -preguntó Lauren.

-Sí.

-¿Cuánto tiempo se quedó? -terció Chloe. -Un rato -dijo Jana encogiéndose de hombros.

Lauren emitió una especie de gruñido de protesta. No para recriminarle que hubiese actuado de forma irreflexiva, sino por no compartir los detalles.

-¿A qué hora se fue? -insistió Chloe.

Jana se mordió el labio inferior. No tenía ni idea. No se había despertado hasta oír el teléfono cuando Chloe la había llamado para anunciar que se presentaría en su casa en media hora. Mientras se preparaba a todo correr, había recordado retazos de una conversación. Pero no podía precisar si pertenecían a un sueño o habían tenido lugar de verdad.

-No estoy segura -reconoció.

-¡No es posible! -exclamó Lauren-. ¿Lo hicisteis? ¿Puedes creértelo, Chloe? ¡Lo hicieron! -añadió agarrando por un brazo a la amiga.

-¿Hacerlo? ¿Qué pasa?, ¿tenemos dieciséis años otra vez? -contestó Jana. No tenía claro si quería compartir los detalles íntimos del. tiempo que había pasado con Ben. Aunque eran sus mejores amigas, la noche había sido... especial.

-¿Cómo era? -preguntó Chloe.

-¿Fue como un terremoto? -añadió Lauren.

Jana rió, avergonzada por estar pensando justamente eso. La tierra se había movido. Como un seísmo de grado siete en la escala Richter. Ben le había puesto el mundo patas arriba y luego la había transportado a través de las galaxias a un lugar celestial del que habría preferido no volver jamás. Sólo recordándolo le entraban ganas de reservar otro pasaje.

-Nos estás dando largas -le recriminó Lauren.

-Lo cual resulta bastante significativo - apuntó Chloe.

-¿Es que no puedo tener un momento de intimidad?

-Renunciaste a tu derecho a la intimidad en el momento en que confesaste -contestó Chloe-. Y ahora desembucha: ¿os acostasteis o no?

Jana exhaló un ligero suspiro. No tenía la menor fuerza de voluntad.

-O sea, que sí -dijo Lauren-. ¿Y hubo suerte?

Por más que le hubiera gustado, Jana no pudo atribuir al calor de la sauna el rubor que encendió sus mejillas. Lauren y Chloe enarcaron las cejas y la miraron asombrada en absoluto silencio.

Jana rió. Otro estreno: era la primera vez que dejaba atónitas a sus imperturbables amigas.

-¿Vas a volver a verlo? -preguntó Lauren cuando se le pasó el estupor.

-Se suponía que iba a ser una aventura de una noche -dijo Chloe-. ¿Para qué complicar las cosas?

-No todas somos tan revolucionarias - contestó Lauren-. A algunas nos gusta la idea de tener al mismo hombre en la cama más de una vez.

Jana miró a sus amigas, siempre enredadas en una discusión u otra desde que iban al instituto. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos:

-Creo que me ha dicho que quiere volver a verme -dijo-. No estoy segura, pero creo que me lo ha dicho esta mañana antes de irse.

-¡Vamos, Jana! -exclamó Chloe, disgustada-. Has tenido una noche de buen sexo. Genial. Pero eso no significa que tengas que coser su nombre en las sábanas.

Jana ni siquiera sabía el apellido de Ben, así que en ese sentido no corría peligro. Tampoco sabía dónde vivía ni a qué se dedicaba. No tenía importancia, aunque le habría agradado saber tales detalles.

Le había calculado treinta y pico años, sólo un poco mayor que ella. Aunque no creía que estuviese casado, podía estar divorciado y tener seis hijos deseosos de ser como su padre.

¿Y si era conservador?, ¿qué clase de relación podría establecer

con una liberal hasta la médula como ella?

O, peor todavía, un adicto al trabajo. Eso le resultaría insoportable. Había visto venirse abajo el matrimonio de sus padres por no estar él nunca en casa. Bastante milagroso había sido que apareciera en el tribunal al celebrarse el divorcio.

-Chloe tiene razón -dijo al cabo de unos segundos-. Ha sido una aventura de una noche. La primera y la última. Además, ni siquiera sabría cómo localizarlo.

-Por teléfono -sugirió Lauren.

-No puedo.

-Claro que puedes -dijo Lauren-. Descuelgas el teléfono y llamas a información.

-Es que no puedo -explicó Jana-. No sé su apellido.

Hasta Chloe, tan sexualmente liberada, pareció sorprendida.

-¿Quieres decir que te has acostado con un tío, has tenido tu primer orgasmo, y ni siquiera saber cuál es su apellido?

-Tres orgasmos -corrigió Jana-. O cuatro... no, fueron tres -añadió. Habrían sido cuatro si Ben no hubiese parado la primera vez.

No estaba segura de si lo había perdonado por jugar con ella de esa manera, pero al menos Ben no había mentido en lo de la anticipación. Cuando por fin la había empujado más allá del precipicio, se había sentido desbordada. Hasta había llorado. Y luego se había dormido entre sus brazos, totalmente saciada. Poco después, Ben la había despertado con un beso y habían vuelto a hacer el amor. Habían realizado una exploración más lenta y seductora, con un resultado más glorioso todavía que la primera vez. Más tarde, había sido ella quien lo había despertado a él. Se habían apareado como animales, salvajemente, y había experimentado un orgasmo tan intenso, que había terminado gritando.

Chloe chasqueó los dedos para llamar la atención de Jana.

-En fin, da igual -dijo ésta-. Ha sido increíble, pero ya pasó. No voy a volver a verlo, así que da lo mismo cómo se apellide. Y ahora, ¿os importa cambiar de tema?

-Tengo noticias -anunció Lauren de pronto-. Mi agente me ha dejado un mensaje diciéndome que me ha conseguido un contrato para poner voz a una campaña de anuncios de aerolíneas.

Jana aprovechó la ocasión para desviar definitivamente la conversación:

-¿Cómo te fue la prueba que hiciste la semana pasada?

Lauren siempre había querido ser actriz. Por desgracia, las cámaras la paralizaban, cosa que había descubierto tras participar en una teleserie al principio de su carrera. Afortunadamente, a los encargados

del sonido les había encantado su voz y, desde entonces, Lauren se ganaba la vida poniendo voz a anuncios y documentales. Pero Jana sabía lo importante que la prueba de la semana anterior era para Lauren y lo beneficioso que sería para su carrera entrar a poner voz a una serie de dibujos animados.

-Todavía no sabemos nada -contestó ésta-. El productor quedó en llamar a mi agente. Bah, le doy tres días.

-¿Tres días? -repitió confundida Chloe.

-El tío ese: digo que tardará tres días en llamarla -explicó Lauren.

-Ah, sí -convino Chloe-. Es una regla estúpida. Por muy interesados que estén, los tíos siempre esperan tres días hasta volver a llamarte.

-No le di mi teléfono, así que lo tiene difícil -contestó Jana-. Y ya está bien. Si no os importa, vamos a dejar el asunto zanjado.

-Sólo otra pregunta -dijo Chloe-. ¿Quién tenía razón?, ¿Lauren o yo?

-Sobre qué -contestó Jana tras exhalar un suspiro.

-¿Es el tamaño de los pies o de las manos?

Jana soltó una risotada.

-Desde la base de la palma hasta la punta del dedo corazón -respondió sonriente.

CAPITULO 6

Ben colgó el teléfono y guardó la tarjeta de crédito en la cartera. El dependiente de la floristería no se había mostrado entusiasmado ante el encargo de entregar un ramo sin saber el nombre completo de Jana. Tampoco lo había impresionado que Ben hubiese insistido en que sólo apareciera su número de teléfono en la tarjeta. Pero, a pesar de sus exagerados suspiros, el tipo no había sido tan tonto como para dejar escapar un pedido de tres docenas de rosas rosas.

Podía parecer anticuado, pero Ben pensaba que nada como regalar rosas para una mujer, aparte, quizá, de joyas. Estaba seguro de que sabría que eran de él. Así que la decisión de si volverían a verse dependía de ella. De momento, le había enviado treinta y seis recordatorios de por qué debía llamarlo.

La ciudad había estado relativamente tranquila para ser sábado y Ben había aprovechado para recuperar sueño acumulado. Había habido un par de urgencias médicas, lo que había obligado a trabajar a los médicos, pero la mayoría de los chicos de Trinity habían estado viendo la tele.

Había conseguido esquivar las bromas de los compañeros. Claro que el centro estaba muy apagado desde que habían perdido a Fitz en el incendio de ocho días atrás. El inspector del departamento de accidentes laborales lo iría a ver el mismo lunes por la mañana y Ben no tenía la menor gana de soportar a ningún sabihondo sin experiencia sobre el terreno. No había dos incendios iguales. Los bomberos actuaban llevados por un instinto desarrollado a lo largo de años de experiencia y formación, destreza que no se podía adquirir leyendo un libro de texto.

El partido de la tele no lo atraía, cosa que tampoco lo extrañaba. Cuando no tenía a Jana en la cabeza, terminaba repasando los hechos que le habían costado la vida a Fitz.

Ansioso por distraerse, se fue de la sala de reunión rumbo al aparcamiento. Cale y Brady Kent, su compañero de ambulancia, habían regresado de su último servicio y estaban ocupados colocando el equipo y comprobando el material de la unidad.

Ben apoyó un hombro contra la puerta abierta de la parte trasera de la ambulancia:

-Una vuelta ajetreada -le dijo a su hermano Cale, que regresaba de dos semanas y media de luna de miel por el Caribe.

Cale levantó la vista del compartimento de las gasas.

-No ha sido tan horrible -contestó con solemnidad. Terminó de llenar el compartimento, lo cerró, abrió otro cajón y miró a su

compañero-. ¿Dónde están las cosas de desinfectar?

Brady se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

-Sabía que se me olvidaba algo.

-¿Qué tal va Elise? -preguntó Ben mientras Brady bajaba de la ambulancia. Éste y su esposa estaban esperando su primer bebé.

-Mejor ahora que se le han pasado los mareos -dijo Brady-. Empezaba a sentirme culpable.

Brady fue al almacén por desinfectante, dejando a solas a Ben y Cale.

-Ha estado hecho una piltrafa -dijo Cale cuando su compañero se hubo alejado-. Claro que yo también estaría mal si fuese Amanda la que está vomitando veinticuatro horas al día.

Ben tenía la sensación de que su hermano no tardaría en comprobarlo. Casi se compadecía de su cuñada. Conociendo a Cale, probablemente acabaría sufriendo más que Amanda y ésta tendría que terminar cuidándolo.

Cosa que él no experimentaría nunca en sus propias carnes. Todo lo que sabía sobre embarazos y partos era a causa del trabajo. Había tenido que atender en varios partos en la calle y sabía que no eran una juerga... ni para la madre ni para el padre.

-Te noto cansado -comentó Cale tras aclararse la voz-. ¿Has dormido poco?

Ben no se creyó el tono presuntamente inocente de su hermano.

-Las noticias vuelan.

-Si al muermo de Ben se le acerca una tía despampanante, es normal que surjan comentarios.

-Los chismes son un pasatiempo para gente de poco cerebro.

-Pero suelen ser más divertidos que la verdad -respondió sonriente Cale, encogiéndose de hombros-. Bueno, ¿qué?, ¿me lo vas a contar o no?

Ben se apartó al ver que Brady regresaba con las manos llenas.

-No tenía intención.

Cale agarró un par de cajas a Brady y las colocó en la ambulancia.

-Drew y yo tampoco la teníamos, pero al final te las arreglaste para sonsacarnos.

-Eso es porque soy mayor, más listo y más guapo.

-Nooooo -Cale sonrió-. Mayor, de acuerdo. Pero lo demás ya es más dudoso. Venga, cuenta -añadió mientras Brady subía a la ambulancia.

El interrogatorio de su hermano era de esperar. Y se lo tenía merecido. Lo cual no significaba que fuese a confesar como hacían Drew y Cale cuando los presionaba para sacarles información. Sabía que pensaban que se entremetía en sus vidas, pero lo hacía porque se

preocupaba por ellos. Eran su familia. Había cuidado de ellos desde que tenía diez años. No pretenderían que dejara de hacerlo siendo adultos.

-No hay mucho que contar -respondió por fin-. Conocí a una persona. Pasamos un buen rato -añadió. Rato que no le importaría repetir. A menudo.

-¿Has oído eso? -le preguntó Cale a Brady.

-Vaya si lo he oído -Brady rió-. Está interesado.

Ben se puso tenso. Metió las manos en los bolsillos del uniforme.

-¿Y cómo habéis llegado a tamaña conclusión, pareja de genios?

-Te han faltado cuatro palabras: fin de la historia -Cale levantó un dedo por cada una de las palabras-. ¿Tú le has oído decir «fin de la historia»? -añadió mirando a Brady.

-No -Brady negó con la cabeza.

-Estás interesado -repitió Cale mientras metía otro par de cajas de suministros en la ambulancia-. Reconócelo.

Ben se encogió de hombros. No estaba seguro de qué sentía aparte de una necesidad desesperada por volver a tener a Jana debajo de su cuerpo. Pronto.

-Primero tú -dijo Brady mirando a Cale-, luego Drew y ahora Ben. Los Perry estáis cayendo como moscas.

-Oye, oye, alto ahí -Ben dio varios pasos atrás. Pero la distancia no apagó las señales de alarma que se habían disparado en su cabeza. No estaba cayendo de ninguna forma. No permitiría sucumbir a lo que quiera que les hubiera picado a sus hermanos-. Hemos pasado un buen rato, nada más.

Eso sería todo lo que Jana significaría para él, una mujer con la que pasar un buen rato, mientras ella lo tolerase. Estaba interesado; pero, ¿quién no lo estaría después de una noche tan fabulosa de sexo? Hacía años que había decidido que no dejaría que nada se interpusiera entre él y lo que más le gustaba, y Jana no sería la excepción.

Tras la muerte de su madre, bombero, en acto de servicio, había visto cómo su padre tiraba por la borda todo cuanto debería haberle importado: su carrera, sus hijos, hasta su propia vida.

Durante aquellos primeros meses, Ben había temido la rabia y los arranques de furia de su padre. Arranques que acababan con Alex Perry inconsciente de beber alcohol. El temor inicial no había tardado en convertirse en disgusto. Para Ben, cada vez que su padre se había hundido en el fondo de una botella, lo que había sucedido a menudo, no había hecho sino deshonrar la memoria de Joanna Perry.

Ben suponía que Cale y Drew habían sido demasiado pequeños para recordar o conocer siquiera las peleas que sus padres habían

tenido por la decisión de Joanna de ser bombero. Pero ésta se había mantenido firme y había hecho realidad su sueño. Había muerto como una heroína y, estando en vida, no se había merecido los reproches de su padre por dedicarse a lo que le gustaba.

-Un momento -Ben regresó del pasado y miró el rostro extrañado de su hermano Cale-. ¿Qué ha querido decir con lo de «luego Drew»?

Brady gruñó y bajó la cabeza.

-Olvídalo, no he dicho nada.

-¿De qué está hablando? -insistió Cale.

-Emily Dugan -le recordó Ben. Había sospechado algo cuando Drew la había invitado a la boda de Cale-. Puede que la cosa vaya en serio.

-¿Drew? -Cale rió-. ¿El Drew que tú y yo conocemos?, ¿te refieres a nuestro hermano?

Ben no se había sorprendido tanto como Cale, aunque él no estaba tan distraído como éste desde que estaba con Amanda.

-El mismo.

-¡ No me digas! -Cale soltó un silbido.

-Le ha dado fuerte -comentó Brady.

-No es posible. Estamos hablando de Drew -Cale negó con la cabeza-. Las mujeres son su hobby. ¿Os acordáis de aquella vez que se hizo un lío y citó a dos mujeres en su casa al mismo tiempo?

-Sí, y las dos se quedaron -Brady sonrió-. Los hay que tienen suerte.

-Últimamente no -dijo Ben-. Desde Emily, creo que no ha quedado con ninguna.

-Me parece que ni siquiera quedó con ninguna durante las dos semanas que estuvieron sin hablarse -añadió Brady.

-La de cosas que pueden pasar en tres semanas -murmuró Cale, mesándose la cabeza.

Ben se cruzó de brazos y miró fijamente a Brady:

-¿Tú sabes algo?

-Hablad con Drew -dijo el paramédico, levantando las manos en señal de rendición.

Cale se puso junto a su hermano para formar un mismo frente:

-Estamos hablando contigo.

-No seáis así -protestó Brady-. Scorch me ha hecho jurar que guardaría el secreto.

-Y yo te juro que te hago morder el polvo si no lo sueltas -contestó Cale.

Ben sabía que no llegaría tan lejos y se obligó a contener una sonrisa por la amenaza.

-Está bien --dijo Brady, sabedor de cuándo tenía una batalla perdida-. Pero sólo lo cuento porque somos compañeros y trabajo

contigo.

-Al grano, Brady -lo presionó Cale.

-Scorch me ha contado que Drew le ha pedido a Tilly si puede acompañarlo. a su joyería hoy.

-¿Y qué? -preguntó Ben.

-¿Y qué? -repitió Brady-. ¡Pues que le va a comprar un anillo!

Lo pilló desprevenido. Una cosa era que a Drew le hubiese picado no sabía qué bicho con Emily, pero ésta estaba a años luz del tipo de mujer de su hermano.

-No pensarás que está pensando en casarse con ella, ¿no? -le preguntó a Cale.

-Entiendo que no estás muy versado en estas cosas, hermano, pero para considerarte tan listo eres un poco corto.

-Está embarazada, Cale --elijo Ben. Sencillamente, no se podía imaginar a Drew convertido en un hombre de familia.

-Ya, ¿y? -Cale frunció el ceño.

-Pues que no es su hijo. ¿Por qué iba a querer cargar con esa responsabilidad? -respondió Ben.

Drew no había heredado el gen heroico de Cale. No se dedicaba a salvar a mujeres en apuros como éste: las coleccionaba. Ya le costaba bastante pensar en Drew saliendo con una sola mujer, pero casarse con una con bebé incluido era excesivo.

-¿Y eso qué importa?

Ben se quedó pensativo unos segundos. Tal vez no tuviera por qué importar. Lo que de veras importaba era que su hermano pequeño fuera feliz. Una vez estuvieran casados los dos, Ben suponía que su trabajo habría terminado.

-Sí, supongo que tienes razón -concedió finalmente.

-Por supuesto que la tengo --dijo Cale-. Y ahora vamos por Scorch, a ver si lo torturamos un rato.

-¿Por qué? -Ben frunció el ceño-. ¿Qué ha hecho?

Si Scorch le había hecho algo a Tilly Jensen, tendría que responder ante los tres hermanos Perry, de lo cual ya estaba bien advertido. Tilly y Drew tenían la misma edad y eran amigos desde que Drew había pasado por encima de sus muñecas con la bici y ella le había puesto un ojo morado a modo de respuesta. De adolescente, no había parado de darle la lata a Ben, convencida de que estaba enamorada de él. Pero ni siquiera eso había logrado cambiar lo que Ben sentía por ella. Tilly era una más de la familia y él protegía a su familia.

Sin esperar explicación alguna, arrancó hacia la sala de reunión, dispuesto a tener una charla con Scorch para recordarle que se andara con cuidado con Tilly. Brady y Cale fueron tras él.

-¿No te parece como que tiene un día un poco obtuso? -le preguntó Cale a Brady, suficientemente alto para que Ben lo oyera.

-Creo que tiene la cabeza en otra parte - Brady rió.

-En otra persona, quieres decir.

Ben se dio la vuelta y los fulminó con la mirada.

-¿Lo decís por algo en concreto o sólo estáis haciendo el payaso?

Cale lo miró como si tuviese tanto cerebro como Drew.

-¿Desde cuándo tiene Tilly una joyería?

-Ah... ¡qué gusto!

Jana movió los dedos de los pies y exhaló un nuevo suspiro de alivio mientras ponía sus nuevos zapatos junto a la cama para que se airearan por la noche antes de guardarlos en la caja. Aunque nunca más volvería a poner al mismo nivel el sexo y descalzarse después de un día largo. Había aprendido la diferencia y era astronómica.

Se levantó del colchón y cruzó el dormitorio hasta la cómoda. En medio, frente al espejo, estaban las rosas que Ben le había enviado el día anterior. El jarrón de cristal recogía tres docenas de las rosas más rosas que jamás había visto. Jana inspiró profundamente, llenándose con el aroma embriagador que impregnaba la habitación. No era extraño recibir rosas de un hombre, pero sólo se las enviaban en ocasiones especiales, como su cumpleaños.

Se alegraba de haber estado sola al recibir las flores. Después de mimarse en el centro de relajación y comer juntas, Chloe la había acercado al taller a recoger el coche, que había dejado para una puesta a punto, ahorrándose un nuevo discurso cargado de cinismo y los intentos de Lauren por hacerle concebir esperanzas románticas sin fundamento.

El regalo de Ben dejaba patente que quería volver a verla. Apreciaba su generosidad, pero no era tonta del todo. Y sospechaba que su interés tenía que ver con el sexo más que con un deseo de conocerla.

Sexo increíble, pero sexo al fin y al cabo.

Con todo, por más que había disfrutado cada segundo en compañía de Ben, a ella no le gustaban las aventuras. No estaba buscando pareja, ni estaba cerrada a iniciar una relación si aparecía el hombre adecuado en el momento adecuado. Pero Ben no era ese hombre. Las relaciones conducían al sexo, no al revés.

A pesar de su falta de expectativas respecto a las intenciones de Ben, no podía ser descortés. La habían educado para ser amable y atenta con los demás. ¿Qué daño le haría llamarlo para darle las gracias. Sólo darle las gracias, nada más.

Agarró la tarjeta que había llegado con las flores y se la llevó a la cama. Miró el número de teléfono. Se mordió el labio inferior. Tras unos segundos de indecisión, tomó el inalámbrico y marcó el número.

Ben respondió al segundo pitido. El tono ronco de su voz hizo que el corazón se le acelerara.

-Hola, soy Jana -Lijo ésta tratando de serenarse.

-Esperaba que me llamaras.

Parecía complacido, pero Jana no lo conocía lo suficiente como para distinguir si estaba siendo diplomático o realmente se alegraba. -He estado todo el día en una fiesta de cumpleaños.

-¿Tuyo?

-Muy hábil -Jana rió ante aquel intento de sonsacarle información.

-Lo intento. Bueno, ¿cuándo es tu cumpleaños?

No era una pregunta de un hombre que sólo estaba interesado en el sexo.

-Como me preguntes mi horóscopo, te cuelgo -contestó ella. Oyó un pasar de hojas al otro lado de la línea. ¿Sería un periódico? Probablemente un cómic.

-Demasiado tópico -dijo Ben de buen humor.

-Como las flores, pero son preciosas - Jana se recostó contra las almohadas-. Por eso te llamo. Gracias, Ben.

-Me gusta oírte decir mi nombre –dijo éste-. Sobre todo, como lo decías el viernes por la noche.

Como si necesitara que se lo recordase. Jana cerró los ojos y los abrió de golpe para huir de las imágenes eróticas que acudieron a su acecho.

-¿El viernes por la noche o el sábado por la mañana? -murmuró ella, empezando a sentir cierto calorcillo.

-Por la mañana -contestó Ben con tono sensual-. ¿Cenamos?

-¿Ahora? -Jana se incorporó de golpe. ¿Buscaría Ben más de lo mismo?

-Serán las siete -dijo él-. Si ya has cenado, podemos quedar para el postre.

¿Y en qué consistiría el postre?, se preguntó Jana.

Podía ser que se hubiese abandonado a una noche alocada, pero eso no significaba que fuese una mujer fácil.

-Suena bien, pero no puedo.

-¿Tienes otros planes? -preguntó Ben. Sonó decepcionado. ¿Porque no conseguiría lo que buscaba o porque de veras quería verla?

-Si te soy sincera, es que estoy agotada - mintió Jana. La verdad era que nunca había estado más despierta-. El cumpleaños era de los gemelos de mi hermana mayor. ¿Tienes idea de la energía que tienen

una decena de niños de cinco años? Estamos hablando de no parar de un lado para otro y un nivel de decibelios comparable al de un concierto de heavy metal.

-Entiendo --dijo él y la dejó con la duda de si lo sabría por experiencia-. ¿Y qué tal mañana? Salgo a las seis. ¿Te viene bien a las siete?

Quizá sí que quisiera verla para conocerla...

-A las siete está bien -accedió al tiempo que se decía que la investigación del caso de Trinity la dejaría alterada-. Me vendrá bien entretenerme un rato después de lo que me espera mañana.

-¿Qué pasa mañana?

-Un caso que me han encargado en el trabajo -contestó Jana-. No me apetece nada. Y todavía no lo he preparado del todo, cosa que necesito hacer esta noche.

-¿Estás segura de que no puedo tentarte?

Era un seductor habilidoso. A pesar de que no estaba convencida de sus intenciones, picó en el anzuelo.

-Un masaje en la espalda y soy toda tuya.

-Te acabo de poner las manos en los hombros. ¿Las sientes?

Jana cerró los ojos, perdida ya toda su fuerza de voluntad.

-Sí.

-Tengo un aceite calentito. ¿Sientes mis manos sobre tu piel?, ¿bajando por la espalda? -preguntó y ella se quedó sin respiración-. Más abajo... un poco más.

Jana no sabía lo que ocurriría si Ben seguía bajando. Carraspeó.

-Relájate -susurró él-. Relájate y siente mis manos rodeando la curva de tus caderas.

Jana exhaló un suspiro. A la porra las caderas. Sabía perfectamente dónde quería sentir las manos de Ben.

-Buenas noches, Jana.

Ésta abrió los ojos al oír el clic del teléfono, seguido por el tono de señal.

-Noooo -protestó casi lloriqueando. ¡Otra vez igual!

Se retiró el auricular de la oreja y lo miró irritada. ¿Cómo iba a ponerse a trabajar cuando el cuerpo le vibraba de necesidad por alguien que ni siquiera estaba ahí, sabiendo los placeres que se perdía?

-Durante los próximos días, entrevistaré al personal que estuvo presente durante el incidente, examinaré los equipos y veré trabajar a sus hombres -Jana le entregó al capitán Rick Baker la lista que había

hecho la noche anterior con los nombres de las personas con las que quería entrevistarse.

Calculaba que el encargado de Trinity, así llamado por hallarse en el cruce de tres iglesias, tendría unos cuarenta y cinco años. Hasta el momento, no había puesto objeción alguna a sus peticiones.

-También le agradecería que me pusiera en contacto con el coordinador que se ocupó de sofocar el incendio para que me explique los hechos sobre el terreno.

-Se trata del teniente Perry -dijo el capitán antes de que ella pudiera consultar el nombre de nuevo-. No habrá problema.

Era evidente que el capitán Baker entendía que el departamento de investigación no era el enemigo. Pero dudaba mucho que el personal se mostrara tan solícito. Por lo general, no tenían muy buen concepto de los inspectores de accidentes laborales.

-Si es posible, me gustaría empezar entrevistándome con el teniente Perry.

-Lo es -el capitán se puso de pie-. Él le proporcionará la información que necesite para completar su investigación. El resto de mis hombres la ayudarán también en todo cuanto esté en su mano.

-Gracias, capitán -Jana se levantó también-. Sé que es un momento duro para todos. Lamento mucho la pérdida que han sufrido.

El capitán se puso tenso. Asintió con la cabeza como modo de dar las gracias y fue hacia la puerta del despacho:

-Avisaré al teniente Perry. Siéntase libre para usar mi despacho mientras lo necesite.

Jana volvió a darle las gracias, agarró su maletín y lo puso sobre la mesa una vez se hubo cerrado la puerta. Si llevaba a cabo las entrevistas en el despacho, quizá consiguiera causar cierto respeto. Necesitaba aprovechar cualquier ventaja posible, real o imaginaria.

Se ajustó la chaqueta del traje y enderezó la espalda. Cuando la puerta se abrió, Jana miró a lo que debía ser una fantasía andante y viviente. Atónita, se dejó caer sobre el sofá.

Aquello no podía estar sucediéndole.

El impresionante cuerpo de Ben atravesó el umbral. Llevaba unos pantalones azules ceñidos y una camiseta azul también que realzaba la envergadura de sus hombros.

Ben frunció el ceño. La miró con recelo.

-¿Eres el teniente B. Perry? -preguntó Jana, sin asimilar aún cómo podía estar pasándole algo así-. ¿Eres bombero?

-Sí -contestó él despacio-. Jana, ¿qué haces aquí?

-Dios -murmuró Jana. Apoyó los codos sobre la mesa y dejó caer la cabeza sobre las manos-. No es posible. Esto no puede estar pasando.

La puerta se cerró de golpe.

-¿Se puede saber qué es esto? -exigió Ben. El tono de su voz no recordaba en absoluto al que había utilizado para susurrarle al oído seductoramente.

Jana levantó la cabeza. De hecho, no había nada en aquel hombre que le recordara al que le había puesto el mundo patas arriba y le había enseñado el arte mágico de hacer el amor. El que tenía delante era frío, distante y no resultaba precisamente simpático.

-He venido a investigar la muerte de Ivan Fitzpatrick -explicó ella por fin-. Soy inspectora del departamento de accidentes laborales.

Ben soltó un exabrupto y ella asintió con la cabeza.

-Sí -Lijo Jana-. Totalmente de acuerdo.

CAPITULO 7

-Tiene que ser una pesadilla.

Ben estaba de acuerdo. Al entrar en el despacho del capitán, había imaginado encontrarse con algún hombre engominado, no con la mujer a la que estaba ansioso por volver a seducir.

-Deberías haberme dicho que trabajabas para el departamento de accidentes laborales.

Jana se levantó, plantó las manos sobre la mesa y le lanzó una mirada desafiante.

-Lo dices como si yo sí supiera a qué te dedicabas -contestó-. Por si no lo recuerdas, no nos dijimos ni los apellidos.

¿Cómo iba a haberlo olvidado? Mantener el anonimato había sido uno de los alicientes. Se había limitado a aprovechar la oportunidad de estas circunstancias podría hacerlo. Yo estaba al cargo de esa operación. Fui yo quien mandó a Fitz a esa casa. Y nuestra relación afectará a tu objetividad. No digas que no.

-¿Nuestra relación? -Jana se cruzó de brazos y soltó una sonrisa cínica-. Tú y yo no tenemos ninguna relación.

-¿Ah, no? Espera que recapitulo: me invitaste a una copa, me invitaste a ir a tu casa, hicimos el amor -Ben la miró a los ojos-. Me corrijo: hicimos el amor toda la noche.

-Eso no significa que tengamos una relación -dijo ella desviando la mirada.

-Me llamaste por teléfono -continuó Ben irritado-. Accediste a salir conmigo esta noche. Hasta tuvimos un poco de sexo telefónico, por si no te acuerdas. ¿Empieza a parecerse a una relación?, ¿todavía no ves cierto conflicto de intereses?

-Fuiste tú el que me envió las flores - contestó Jana ruborizada.

-La decisión de llamarme fue tuya -replicó él subiendo un poco más la voz-. Si no hubieras tenido curiosidad por averiguar adónde nos conducía esto, no te habrías tomado la molestia en descolgar el teléfono.

-Ahora resulta que todo esto es culpa mía, ¿no? -{Lijo ella frustrada.

Ben dio un par de pasos atrás para ganar un poco de distancia y, con suerte, algo de perspectiva.

-Yo sólo digo que no puedes llevar este caso. No te estoy culpando de nada.

-Claro que sí --contestó Jana-. Y me da igual lo que pienses. No voy a pasar la investigación a otra persona porque mi presencia te incomode.

Ben exhaló un suspiro, pero no consiguió serenarse. Jana estaba siendo más terca que una mula, testaruda, incapaz de razonar. Y, que Dios lo librara, estaba irresistiblemente atractiva. La deseaba. Ya. Quería ver toda esa pasión canalizada de un modo mucho más satisfactorio que una discusión.

-¿Qué impresión dará si sigues con el caso? -insistió Ben-. Tu objetividad quedará en entredicho.

-Soy una profesional. No dejaré que eso pase.

Desesperado ante tanta cabezonería, Ben perdió la paciencia:

-¡Maldita sea, Jana! -bramó y ella abrió los ojos estupefacta.

Ben se pasó una mano por el pelo y respiró profundamente en un vano intento por serenarse. ¿Se podía saber qué le pasaba? Él nunca perdía la calma. Nunca gritaba, y menos a una mujer. Él no se parecía nada a su padre, aun que, después de aquel arrebato, ya no estaba tan seguro.

-Perdón -se disculpó.

Jana aceptó las disculpas asintiendo levemente con la cabeza. Después, un poco más tranquilo, Ben preguntó:

-¿Es que no ves que va a ser un desastre?

Jana exhaló un suspiro y se sentó en el borde de la silla de invitados:

-Sólo será un desastre si seguimos viéndonos.

No podía estar diciéndolo en serio, ¿no?

-Mientras esté investigando este caso - continuó Jana-, nuestra relación será estrictamente profesional.

La firmeza de su voz indicaba que no podía estar hablando más en serio. Toda una decepción, pues, desde que se había separado de ella, no había parado de pensar en la siguiente vez que estarían juntos.

No le recriminaba su dedicación al trabajo. En ese sentido, comprendía sus reparos en ceder el caso a otro inspector. Lo que no comprendía era que Jana hiciese como si no existiese química y atracción entre ambos. ¿Acaso estaba ciega?

Soltó un nuevo suspiro. No le quedaba más remedio que obligarla a que viera el problema. Dado que Jana no tomaba la iniciativa de traspasar el caso, tendría que tomar medidas drásticas para aclararle la situación.

Ben le agarró una mano y tiró de ella hasta tenerla entre sus brazos.

-No funcionará --dijo confiado.

-Sí -respondió ella sin mucho convencimiento.

Ben bajó la cabeza y le acarició la oreja con la nariz. Jana tembló, emitió un gemido y susurró el nombre de él.

-Chiss -dijo Ben mientras le daba un mordisquito en el lóbulo-. Lo que me haces sentir no tiene nada de profesional, Jana. Ni la forma en que tu cuerpo responde al mío.

Sin darle tiempo a responder, se apoderó de su boca y la besó a fondo. Jana gimió de nuevo y le rodeó el cuello con ambos brazos. Imposible una victoria más dulce.

Cuando Jana frotó su cuerpo contra el de Ben, éste tuvo una erección instantánea. Puso fin al beso para acariciarle el cuello con la nariz y aspiró su exótico perfume.

-Nada profesional -repitió contra su piel sedosa.

-¿Esto no podría interpretarse como acoso sexual? -susurró ella.

-No -Ben se retiró y la miró a los ojos-. Me has devuelto el beso.

Notó que Jana se separaba con desgana. Él tampoco quería que se alejara. Quería desnudarla y sentirla debajo de él. Lo cual haría tan pronto como le fuese posible.

-Lo reconozco: no será fácil trabajar juntos -dijo ella-. Pero tienes que entender que el trabajo es lo primero.

Jana tenía la habilidad de pronunciar las palabras mágicas. Acababa de dejarle sin argumentos. Era verdad: él también defendía que el trabajo era lo primero. Así que tenía que respetarlo... hasta cierto punto.

-No voy a pedir que le pasen el caso a otro inspector -continuó Jana-. Y es evidente que el placer y el trabajo no pueden mezclarse. Esperaremos a que entregue el informe y ya veremos qué pasa entonces, ¿de acuerdo?

-De acuerdo --dijo él, aunque no era totalmente sincero. Convenía en que el placer y el trabajo no debían coexistir, sobre todo en su caso, pero se negaba a esperar a que concluyese la investigación para volver a acostarse con ella. De hecho, estaba convencido de que, en cuanto le hiciera ver que el trabajo no era tan gratificante como el placer que podían procurarse mutuamente, transferiría el caso de inmediato-. Ya veremos -finalizó sonriente.

Cuando llegó al apartamento al terminar el día, Jana estaba agotada física y emocionalmente. Nada más entrar, dejó el maletín y el bolso y se dirigió directamente al cuarto de baño a darse una ducha caliente.

Necesitaba relajarse, expulsar la tensión de un largo día entrevistando miembros del cuerpo de bomberos. Claro que había un cuerpo que le interesaba especialmente. Un cuerpo irresistible que no podría tocar por frustrante que le resultara. Quería limitarse a una relación profesional, pero a Ben le había bastado un mordisquito en el lóbulo para dispararle todas las alarmas de incendio.

La próxima vez tendría que ser más fuerte. Lo que no sabía era cómo lo conseguiría.

Después de la pequeña pelea que había tenido con Ben en el despacho del capitán, todos tenían claro que existía algún tipo de relación entre ambos. Y, para colmo, a medida que iba haciendo entrevistas, se había dado cuenta de que algunos de los bomberos habían estado en el Ivory Turtle el viernes por la noche.

El instinto de supervivencia la había hecho retrasar la entrevista con Ben hasta el día siguiente. Aunque apenas lo había visto durante el resto del día, nunca había estado lejos de sus pensamientos gracias al beso que le había dado.

Se desnudó, metió la ropa sucia en el cesto, se desmaquilló y se soltó el pelo mientras el agua se calentaba. No había esperado que los bomberos compartieran información abiertamente con una desconocida y no se había equivocado. Los informes oficiales incluían más detalles de los que había conseguido recabar entre los miembros de Trinity.

-Cuanto más trágico es el suceso, más sellados están los labios -murmuró en voz baja.

Con una excepción, pensó mientras se ponía bajo el chorro de agua caliente. El inspector de incendios provocados, Drew Perry, al que reconocía como uno de los hombres presentes en el Ivory Turtle. La había sorprendido enterarse de que era el hermano pequeño de Ben. Y hasta había descubierto que había otro hermano, Cale, que también trabajaba en Trinity como paramédico, aunque no había estado de servicio ese día ni había acudido al incendio que le había costado la vida a Ivan Fitzpatrick.

Según el testimonio de Drew, dos bomberos habían entrado en el edificio a salvar a una joven madre y a sus dos hijos. Habían conseguido rescatarlos y uno de los bomberos había logrado salir, pero Fitzpatrick se había quedado atrapado. Nada más pedir ayuda, el tejado se había caído y ya no había habido nada que hacer.

Lo cual no le aportaba nada que no hubiera sabido ya por los informes o por las declaraciones de otros compañeros. Con una salvedad: el equipo de intervención rápida, formado para asistir a compañeros en casos de emergencia, no había ido a rescatar a Fitzpatrick.

Aunque lo habían llamado, para cuando se había presentado las medidas de seguridad le habían impedido entrar en el edificio. La perspectiva de determinar por qué no habían llamado a tal equipo antes la aterraba, pues la responsabilidad recaía sobre el encargado de la operación de rescate: Ben. Motivo que la reafirmaba en su idea de

mantener una relación estrictamente profesional por el momento.

Se dio la vuelta para que el agua le cayera sobre la espalda, pero no consiguió relajarse. Si sus conclusiones establecían que Ben había actuado con negligencia, dudaba mucho que pudieran tener relación alguna en el futuro.

No. No debía pensar en eso. Su trabajo consistía en investigar y analizar la situación, determinar si la causa de la muerte había sido un accidente o un error humano y presentar sus recomendaciones con la esperanza de evitar otra tragedia similar en adelante. Sus sentimientos hacia Ben no debían interferir. Mantendría su objetividad, siempre y cuando aprendiese a no ceder ante los deliciosos intentos de seducción de Ben.

Después de lavarse el pelo, salió de la ducha, se secó y se puso el albornoz. No se molestó en vestirse, pues no tenía más planes que calentar cualquier cosa en el microondas para cenar. Dado que al final no vería a Ben esa noche, tendría que contentarse con ver las noticias antes de estrenar su nuevo juego de sábanas.

Sola, le dijo una vocecilla.

Tomó el mando a distancia de la repisa donde lo dejaba siempre y puso su canal de noticias favorito. La voz del presentador llenó el apartamento de noticias sobre violencia y la situación económica. Consideró ver una película romántica en el DVD, pero la tristeza y la tragedia se ajustaban más a su estado de ánimo.dina se acercó a la cocina por algo fresco para beber. Abrió la nevera y examinó el interior hasta decidirse por un vaso de zumo.

El día siguiente no se presentaba más relajado pensó tras suspirar. Ben la acompañaría al lugar del siniestro, lo que suponía que tendrían que pasar juntos buena parte del día. Solos. Lo se le antojaba tan desquiciante como excitante. Estaba abriendo un armarito para sacar una sopa de sobre cuando llamaron a la puerta. Jame apretó el sobre con fuerza, aunque vivía en un edificio seguro, siempre cabía la posibilidad de que se colara algún intruso. O alguien con la determinación de Ben .Sintió un cosquilleo por toda la piel Era , tonta: no podía ser él. Habían acordado no verse y no le daba la impresión de que Ben faltase a su palabra.

Llamaron de nuevo. Suspiró, dejó el sobre de la sopa en la encimera y miró el reloj de pared que había sobre la mesa. Casi las siete.

Chloe y Lauren no solían presentarse sin llamar antes. Ni tampoco sus hermanas ni su madre Si su padre quisiera verla, seguro que habría llamado para concertar previamente una cita.

Se cerró la bata con el cinturón mientras caminaba hacia la puerta. Estaba siendo una tonta se repitió. Serían los vecinos de abajo, que querrían que les prestase la batidora otra vez.

Un vistazo fugaz por la mirilla fue suficiente para que el corazón le diera un vuelco.

Maldijo en voz baja y abrió la puerta. Ben se había cambiado el uniforme por unos vaqueros y una camisa blanca con rayas azules a juego con el color de sus ojos. La sonrisa que dibujaban sus labios resultaba absolutamente pecaminosa.

Jana puso una mano en el quicio y la otra sobre la puerta en un gesto deliberado de falta de hospitalidad.

-¿Qué haces aquí? -preguntó con el ceño fruncido.

-Teníamos una cita, ¿recuerdas? -respondió Ben sonriendo más todavía.

-Acordamos que no íbamos a vernos - contestó ella.

-No pasa nada por que cenemos juntos - Ben tenía una bolsa marrón de papel en una de las manos.

-No deberíamos -Lijo sin oponer auténtica resistencia. Ben se acercó un centímetro y a Jana le llegó un aroma picante, delicioso... ¿comida italiana? El muy bribón la estaba sobornando con comida-. En serio, no deberíamos -repitió sin fuerzas para expulsarlo de su lado.

-¿Y si prometemos no mencionar la investigación? -sugirió Ben-. Tienes que cenar. Y no hay nada malo en que dos personas compartan una comida -añadió con un tono seductor muy parecido al que había utilizado mientras hacían el amor.

¿Y en compartir una cama?, se preguntó Jana.

No llegó a decirlo, pero las palabras quedaron flotando entre los dos, en parte como una amenaza, en parte como una promesa.

Lo único cierto era que tenía hambre. En ambos sentidos. Y una sopa de sobre no podía considerarse una cena en condiciones. Podía ser que acurrucarse con Ben bajo las sábanas no respondiera a su concepto de profesionalidad, pero le había llevado comida. Comida italiana. Su preferida.

De modo que tenía que despedirlo. Debía cerrar la puerta y encargar una pizza antes de que fuese demasiado tarde.

-Sólo cenar -se rindió finalmente en contra de lo que el sentido común le ordenaba. Dio un paso atrás y lo invitó a pasar-. Una sola palabra sobre la investigación y te pongo de patitas en la calle.

Una sola palabra sobre sexo y perdería la cabeza. Estaba enferma y no tenía cura.

Aunque, bueno, sí que existía una, cura. Una cura deliciosa y adictiva, el doble de peligrosa que la enfermedad.

CAPITULO 8

Ben siguió a Jana a la cocina con los ojos clavados en el suave contoneo de su trasero. No sabía si llevaba algo debajo del albornoz, pero pretendía disfrutar del descubrimiento al máximo. Luego.

-No estaba seguro de si iba a conseguir convencerte -reconoció mientras ponía la bolsa sobre la pequeña encimera-. Confiaba en la baza de traer la cena preparada.

-Chico listo -Jana abrió la bolsa e inspiró profundamente-. ¡Dios!, ¡huele de maravilla!

Aunque, para maravillosa, la vista de sus pechos al inclinarse a oler los raviolis con salsa picante. Una barra de pan recién hecho y una botella de vino blanco completaban el menú.

Tenía un objetivo y munición para alcanzarlo. Tras una noche de intensa seducción, le mostraría lo que Jana se perdería si no le encargaba la investigación a otra persona del departamento. Claro que para eso tendría que controlarse y, teniendo en cuenta lo caliente que estaba ya, no podría asegurar que fuese a mantener el control.

Por otra parte, Jana podía llegar a agredirle si volvía a excitarla para terminar dejándola a medias.

-No juegas limpio -lo acusó ella sonriente.

Ben tuvo que contener el impulso de abrazarla y besarla hasta dejarla sin sentido.

-¿Por qué lo dices? -preguntó haciéndose el inocente mientras sacaba la comida y el vino de la bolsa a fin de tener las manos ocupadas.

-¿Te importa explicarme cómo te las arreglas para saber lo que necesito exactamente cuando lo necesito? -contestó ella antes de abrir el armario de los platos.

Ben sabía de sobra lo que podía necesitar y cómo podía satisfacerla. Pero no todavía, se recordó. Al cabo de unos cuarenta minutos. Si conseguía aguantar tanto.

-¿Necesitabas comida italiana?

Jana le entregó dos cuencos para las ensaladas.

-No exactamente, pero me apetece mucho.

-¿Un día duro? -preguntó Ben a pesar de que ya sabía la respuesta. Por lo que había hablado con sus compañeros, éstos no habían cooperado mucho. Aunque entendía que el departamento de accidentes laborales necesitara empezar su investigación rápido, los sentimientos seguían a flor de piel y las heridas sin cicatrizar. Los chicos tardarían un tiempo en hablar abiertamente del incidente. Por lo general, veían a los inspectores de accidentes laborales como enemigos, de modo que aun cuando asumieran la pérdida de Fitz,

seguirían mostrándose reticentes a abrirse a una persona que iba en busca de culpables.

-Digamos que me vendría bien relajarme un poco. Necesito desconectar -contestó ella tras suspirar.

Agarró platos, cubiertos y servilletas y, camino de la mesa, le entregó el sobre de la sopa.

-¿Qué quieres que haga con esto?

-Mételo ahí -dijo Jana apuntando hacia un armarito que había frente a Ben.

Este abrió la puerta y miró: la estantería de abajo estaba llena de frutas y verduras en conserva, la fruta a la derecha y las verduras a la izquierda; en la segunda estantería había sopas y caldos en sobre y latas, perfectamente distribuidas; y en la de arriba había más latas con distintos productos, también ordenadas por tamaño. Se giró hacia Jana, la cual puso la mesa con cuidado, colocando los cubiertos a una distancia precisa de los platos y asegurándose de que todo estuviera bien alineado.

Debió de advertir que la estaba observando, porque giró el cuello.

-Ponlo en la estantería de las sopas, entre la de fideos y el caldo de pollo.

Ben obedeció y cerró el armario.

-Estás para que te encierren -bromeó.

-¿Qué pasa? -dijo ella mientras seguía colocando la mesa con primor-. Ser organizada no es un delito.

-Tienes los sobres de sopa por orden alfabético -Ben rió-. Eso no es ser organizada, sino obsesiva.

Jana se encogió de hombros y una sonrisa tímida asomó a la boca que tanto deseaba volver a besar Ben. El rubor de sus mejillas era tan adorable, que cada vez confiaba menos en aguantar la cena entera sin ponerle las manos encima.

Mientras ella terminaba de poner la mesa, Ben descorchó el vino.

-¿Vasos? -preguntó.

Jana corrió una silla, se sentó y desdobló una servilleta sobre el regazo.

-En el armarito de arriba, a la izquierda del fregadero.

A diferencia de sus platos y vasos, variados y de origen desconocido, los platos y vasos de Jana combinaban entre sí y estaban colocados impecablemente por tamaño y función, en filas y columnas regulares. Ben jamás habría imaginado que una mujer tan perfeccionista pudiese esconder a una amante tan salvaje y desinhibida.

Casi desinhibida, se corrigió. Aunque no era tímida con el cuerpo,

no había llegado a decirle qué cosas le gustaban. Por supuesto, sus gemidos habían servido para orientarlo, pero habría preferido algo más de comunicación por su parte.

Ben agarró el vino, los vasos y un paquete de queso rallado que había en la bolsa de la comida.

-¿Pasa algo? -preguntó al ver la cara de espanto de Jana.

Esta sujetó el paquete de queso rallado con dos dedos, como si fuese un par de calcetines sucios.

-No pensarías ponerle esto, ¿no?

-¿No te gusta el queso? -preguntó Ben mientras servía el vino.

Jana se levantó y tiró el paquete a la basura, situada bajo el fregadero.

-El queso sí, pero eso no -dijo mientras abría la nevera y sacaba un recipiente con queso parmesano rallado a mano-. Mucho mejor -añadió al tiempo que se espolvoreaba una buena cantidad sobre los raviolis que se había servido. Los probó y gimió de placer.

Jana lo miró y murmuró algo que Ben no entendió. Todavía estaba procesando aquel gemido tan sugerente. Un gemido que lo obligó a contener las ganas de barrer la mesa con el brazo, tumbar a Jana y abrirle el albornoz para comprobar qué llevaba debajo.

-¿Ben?

La risa de Jana lo devolvió al presente.

-¿Qué decías?

Que es un detalle por tu parte -dijo sonriente apuntando a la cena-. Gracias.

-El placer es mío -contestó Ben con una intensidad que la hizo desviar la mirada.

-No sabía que tuvieras hermanos -comentó Jana de repente para cambiar de tema-. He conocido a uno de ellos.

-Si mañana vas a Trinity, conocerás a Cale -respondió él.

¿Si?, se preguntó Jana. Debería centrarse en disfrutar el momento y dejar de preocuparse por si Ben tenía algún motivo ulterior para visitarla. Aunque una razón era evidente: el deseo que asomaba a sus ojos lo delataba. Por desgracia, después de la discusión que habían tenido por la mañana, no podía evitar desconfiar.

-Así que todavía te metes en sus vidas -comentó Jana por fin.

-¿Por qué lo dices? -Ben frunció el ceño-. ¿Te ha dicho algo Drew?

-Nada -dijo ella riendo-. Pero tengo experiencia con hermanos mayores. -¿Tú qué eres?

-La pequeña. Todas chicas.

-Sé cómo sois las hermanas pequeñas.

-¿Ah, sí? -preguntó con curiosidad Jana-. ¿Y cómo somos?

Ben partió una rebanada de pan y se untó mantequilla.

O hiciste todo lo que pudiste por destacar y hacerte notar o era la niña buena -contestó tras dejar el cuchillo en la mesa-. Dada tu... capacidad organizativa, diría que niña buena; pero tienes genio, lo cual echa por tierra mi teoría.

-No era rebelde -dijo ella-, pero tenía cierta tendencia a meterme en líos.

-Así que eras un trasto.

-Más o menos -Jana sonrió-. Recuerdo cuando Caroline me retó a escaparme a una fiesta. La broma me costó unos cuantos puntos.

Ben la miró inquisitivamente y ella supo que estaba recordando la noche del viernes. De pronto, Ben esbozó esa sonrisa pícara a la que jamás conseguiría resistirse.

Ah... fue cuando te hiciste la cicatriz del...

-Sí -se adelantó ella. No era uno de los momentos de los que se sintiera más orgullosa-. Razón por la que nunca me verás con un tanga.

-Eso sí que es un delito -dijo Ben con voz ronca.

-Creo que tendría seis o siete años cuando decidí que no volvería a tomar verdura --continuó Jana, forzándose a centrarse en la conversación, a pesar del cosquilleo que le recorría el cuerpo.

-La mayoría de los chavales se niegan a comer verdura en algún momento -comentó Ben encogiéndose de hombros.

-Ya, pero apuesto a que tú no vaciaste la despensa y les regalaste todas las verduras a los vecinos -contestó ella y Ben rió.

-¿No podrías haberlas tirado simplemente?

-No, por Dios -dijo con fingida indignación-. Me habría metido en un buen lío. Había niños muriéndose en el Tercer Mundo.

-Cuéntame más cosas -Lijo él mientras se terminaba sus raviolis.

Le encantaba la sonrisa de Ben. Y las arrugas que se le formaban en las comisuras de los ojos al reír. Definitivamente, habían ido más allá de la definición de aventura de una noche. De hecho, empezaba a darle miedo la posibilidad de estar enamorándose de Ben. Sería muy fácil. Facilísimo. Sólo habían pasado tres días y ya se sentía vulnerable, lo que significaba que podría acabar sufriendo cuando su relación terminara.

Una hora después, sentados ya en el sofá con las copas de vino otra vez llenas, Jana había compartido casi todos los momentos embarazosos de su infancia. Ben sabía escuchar, cualidad poco común en los hombres.

-¿Y tú? -preguntó ella-. Llevo hablando de mí toda la noche. ¿Algún momento de rebelión adolescente o estabas demasiado

ocupado cuidando de tus hermanos?

La sonrisa de Ben se apagó un poco y su rostro adquirió una expresión nostálgica.

-No hay mucho que contar.

Estaban sentados suficientemente cerca para que la loción de afeitar de Ben perturbara los sentidos de Jana. Los muslos de ambos se rozaban, provocando una descarga eléctrica por su piel que se extendía hasta los pechos.

-Prueba -dijo ella aunque pensó que debería haberle pedido que la probara y saboreara a ella.

Ben extendió el brazo derecho sobre el respaldo del sofá, detrás de Jana, la cual contuvo el impulso de reposar la cabeza sobre su hombro.

-No hay mucho que contar -repitió él mientras le acariciaba las puntas del cabello-. Las cosas normales de cuando se es niño - añadió tras dar un sorbo de vino.

Jana no se lo creía, pero intuía cierta reticencia a hablar de su infancia, de modo que probó una táctica más sutil.

-Eres muy distinto a tu hermano.

-Drew es el pequeño -contestó Ben sonriente de nuevo, aunque sus ojos seguían cubiertos por una nube sombría-. El pequeño siempre es el más trasto.

La táctica le había fallado.

Quizá no se sintiera suficientemente cómodo con ella todavía. No, eso tampoco se lo creía. Tenía datos que demostraban lo contrario: sus sonrisas espontáneas, la naturalidad y entrega con que le había hecho el amor, el modo en que la miraba, como si estuviese muriéndose de sed y ella poseyera el mapa hacia la fuente de agua fresca más cercana. Tal vez tuviese algún conflicto emocional sin resolver. Le parecía más creíble, pues ella misma tenía un par de problemas debidos a la relación con sus padres. Con su padre más concretamente. El pasado conformaba a las personas y, teniendo en cuenta el respeto que le tenía a Ben, Jana decidió que lo que quiera que hubiese moldeado su carácter no podía haber sido tan malo.

-He estado pensando en nuestra situación -Lijo Ben tras dejar el vaso de vino en la mesa de café.

-¿Y? -preguntó ella con cautela. Había hablado en serio al advertirle que una sola palabra sobre la investigación y tendría que marcharse.

-Estoy de acuerdo en que, dadas las circunstancias, nuestra relación no resulta profesional -continuó Ben-. Sobre todo, cuando estamos trabajando. Pero hay muchas parejas que consiguen trabajar

juntas.

Le costó digerir sus palabras; sobre todo, una que brillaba en su cabeza como un neón intermitente. ¿Parejas?, ¿Ben pensaba que eran pareja? No le disgustaba, pues le producía un calorcillo acogedor y reconfortante que no tenía que ver con el alcohol. Pero pensaba que la palabra «pareja», al igual que la palabra «amor», eran tabú en el vocabulario de los hombres.

-Perdona, pero, ¿no fuiste tú quien señaló que teníamos un problema de conflicto de intereses?

-Quizá me precipité -dijo él al tiempo que se giraba hacia Jana y posaba una mano sobre la rodilla de ésta, justo por donde se le abría el albornoz.

De repente, Jana recordó que lo único que separaba la mano de Ben del su cuerpo desnudo era el albornoz. Respiró profundamente y soltó el aire despacio.

-Sigue.

Justo lo que Ben quería oír.

-Mientras mantengamos el trabajo fuera de la habitación y el sexo fuera del parque de bomberos, ¿por qué no descubrir adónde nos lleva esto?

Alguien se estaba apoyando. ¿Sería él?, ¿o era ella la que se estaba inclinando hacia Ben? Si éste apartara de su rodilla la mano y dejase de hacer circulitos sobre su piel, tal vez le permitiría mantener una conversación inteligente.

-Me encantaría -respondió con sinceridad tras echarse hacia atrás contra el sofá-.

Pero creo que tenías razón al principio: si la investigación y nuestra relación no suponen un conflicto de interés, como poco resulta poco ético.

Ben movió la mano rodilla arriba. Despacio, deliberadamente, fue extendiendo los dedos hacia arriba hasta su muslo. Jana se dio cuenta de que, mientras Ben la entretenía con tales caricias, había aprovechado para acercarse a ella de nuevo.

-Pues es una pena -susurró él con voz ronca al tiempo que subía la mano otro centímetro-. No voy a poder hacerte masajes en la espalda.

Definitivamente, Ben no jugaba limpio. Jana sintió como una bola de fuego entre las piernas. El cuerpo entero le vibraba de anticipación.

-Ni podremos besarnos -continuó él después de darle un mordisquito en el labio inferior.

Hechizada por sus artes seductoras, Jana abrió la boca y le dio la bienvenida a la lengua de Ben. Se humedeció. Resistirse al deseo salvaje de hacer el amor con él parecía una locura. Le rodeó la nuca

con ambos brazos y le acarició el pelo.

Ben puso fin al beso antes de lo debido, pero Jana se olvidó de protestar cuando notó sus labios bajo el lóbulo de la oreja. Al abrirle el albornoz, sintió una mezcla de calor y frescor por el cuerpo. Ben le sujetó la cabeza con una mano y utilizó la otra para acariciarle un costado y sostenerle un pecho bajo la palma como si estuviera pesándolo.

-No podremos acariciarnos -susurró él justo antes de frotarle el pezón con el pulgar.

-Ben -murmuró Jana y cerró los ojos. Le daba igual sonar necesitada. Quería sentirlo dentro. Tras haber probado lo que podían llegar a compartir, lo deseaba con todas sus fuerzas. Si Ben no aliviaba la tensión que sentía, ella no se haría responsable de sus actos.

-No habrá orgasmos -añadió él mientras deslizaba la mano hacia su ombligo. Y más abajo. Más, hasta rozarle los rizos. Jana separó las piernas y Ben acarició sus pliegues con delicadeza. Luego aplicó la presión perfecta sobre su punto más sensible-. ¿De verdad quieres perdértelo ahora que sabes lo que se siente?

Jana se mordió el labio inferior. La presión fue aumentando con cada roce de su mano hasta que el cuerpo empezó a temblar al borde del precipicio. Se agarró a los hombros de Ben con una mano mientras apretaba el brazo del sofá con la otra.

-¿No quieres tener más orgasmos? -preguntó él y Jana se arqueó contra su mano.

Cuando Ben se apoderó de sus labios, el torbellino de sensaciones la abrumó hasta hacerle perder el control de su cuerpo y explotar en una oleada de placer. Ben sofocó sus gritos mientras ella subía las caderas.

No supo decir cuánto tiempo pasó hasta que Ben la devolvió a la Tierra con suavidad. Abrió los ojos al oír un pitido extraño.

-En fin, supongo que tienes razón -Lijo Ben al tiempo que se ponía de pie y sacaba del bolsillo su busca-. No sería ético hacer esto mientras trabajemos juntos.

Jana lo miró espantada mientras Ben se guardaba el busca. ¿No pensaría marcharse! Sí, le había provocado un orgasmo... pero quería más. ¡Quería mucho más!

-¿Dónde crees que vas?

-A trabajar -contestó él con una sonrisa pícara.

Un vistazo a los pantalones de Ben fue suficiente par advertir la excitación de éste. Sus ojos brillaban de deseo y, aun así... ¿se marchaba? No podía hacerle eso. Otra vez.

Jana se levantó y se cerró el albornoz.

-¿Por qué haces esto? -preguntó-. Creía que no estabas de servicio.

¿Cómo podía dejarla tan... frustrada? La había calentado y, ¿pretendía marcharse antes de hervir los dos juntos?

-Me necesitan -dijo Ben encogiéndose de hombros. ¿Acaso no necesitaba ella que terminase lo que había empezado?-. Además, no querrás poner en peligro la investigación, ¿verdad?

Jana apretó los puños para no agarrar el primer objeto contundente y tirárselo a la cabeza.

-Piensa en lo que te vas a perder hasta que termines el caso -añadió Ben al tiempo que abría la puerta del apartamento.

Antes de que pudiera responder o lanzarle un vaso de vino a la cabeza, Ben se marchó. Maldito fuera. Sabía perfectamente lo que se iba a perder. Una noche de sexo increíble... con un hombre que estaba jugando suciamente para conseguir lo que quería: que abandonase el caso.

Soltó unos cuantos exabruptos con la esperanza de que a Ben le zumbaran los oídos y fue a la ducha. Una vez bajo el chorro de agua caliente, se consoló en parte al pensar en la erección de Ben.

A pesar de su propia frustración, soltó una risilla y casi se compadeció de él.

Jana llamó a la puerta entornada del despacho de su jefa.

-¿Tienes un momento?

Gwen Reedly levantó la vista de la gruesa carpeta que estaba revisando, sonrió e invitó a pasar a Jana.

-Me alegra que te hayas acercado. Iba a pedirte que vinieras de todos modos -dijo mientras descolgaba el teléfono y marcaba un número-. Siéntate, en seguida estoy contigo.

Jana asintió con la cabeza y trató de no sentirse paranoica. ¿Se habría enterado Gwen de lo suyo con Ben?

Suspiró, tomó asiento y miró el horizonte de rascacielos mientras Gwen hacía su llamada. Aunque le había dicho a Ben que no pediría que asignaran el caso a otro inspector, esa mañana había llegado a la conclusión de que no tenía más remedio que informar de que existía un conflicto de interés.

No había sido una decisión fácil y no le había gustado reconocer que algo personal podía interferir en su objetividad para llevar a cabo su trabajo. Pero después del encuentro de la noche anterior, delicioso aunque insuficiente, su capacidad para separar lo que sentía por el hombre que la derretía sin esfuerzo del bombero al que debía investigar era cuestionable.

Y, sobre todo, su empeño en negarse a considerar que pasaran el caso a un compañero le había recordado a su padre. Y dado que Jana

no quería seguir los pasos de su padre, había decidido informar a Gwen del problema y ver si la podían retirar de la investigación.

Kyle Linney había antepuesto su trabajo a cualquier otra cosa. Sin dudarlo, había sacrificado todo aquello que debía haber sido más importante: su esposa y sus hijas. Sin duda, se había convertido en un director de documentales afamado, pero ninguno de los premios que decoraban su despacho le haría compañía cuando fuese anciano. Y aunque no creía realmente que Ben y ella fuesen a pasar el resto de sus vidas juntos, sí podía poner en peligro su prestigio y su independencia económica si se negaba a revelar la verdad.

Gwen colgó el teléfono y se dirigió a Jana.

-Sé que te lo digo sin apenas antelación, pero dime que no tienes planes para este fin de semana, por favor.

-No -contestó Jana-. No tengo nada.

Jana admiraba mucho a Gwen. Se había llevado una enorme alegría al enterarse de que su ascenso suponía pasar a formar parte del equipo de investigación de Gwen Reedly. Una investigación realizada por ella hacía veinte años había sentado las bases del modo adecuado de proceder en las operaciones de rescate urgentes.

Lo cual no hacía sino violentar a Jana. ¿Cómo le explicaba a una mujer que había llegado tan alto que no era capaz de pensar con la cabeza si estaba a menos de diez metros de Ben?

-Siento avisarte tan repentinamente, pero necesitamos que alguien del departamento asista a una reunión en Carmel. Será el viernes entero y el sábado hasta mediodía. ¿Te interesa?

-No hay problema -contestó aliviada Jana.

-Perfecto. Habla con Heather, que te prepare todo -dijo Gwen-. Y, ahora, a menos que me hubieras leído el pensamiento, supongo que venías por algo -añadió sonriente.

Jana rezó por salir airosa de lo que se avecinaba.

-Tengo que informarte de una posible situación.

-¿Te están poniendo problemas en Trinity? -preguntó Gwen tras quitarse las gafas y ponerlas sobre la mesa.

-No -Jana negó con la cabeza-. De hecho, están cooperando más de lo que esperaba, dadas las circunstancias. Pero me preocupa un posible conflicto de intereses.

-¿Qué clase de conflicto? -Gwen se inclinó hacia adelante.

-Tengo relación con uno de los bomberos.

-Entiendo -dijo la mujer con cautela-. ¿Puedo preguntar qué clase de relación tienes?

Jana sintió un nudo en el estómago. Había esperado ahorrarse esa parte de la conversación.

-Íntima.

Una vez más, tenía que hacer frente a las consecuencias de su testarudez. Si no se hubiera dejado provocar por aquel reto estúpido, nunca habría tenido que confesar algo tan personal, no sólo a su jefa, sino a una mujer a la que admiraba. ¿Aprendería algún día? La próxima vez que alguien la retara a lo que fuese, se alejaría sin caer en la trampa.

-Deberías haber dicho algo cuando te asigné el caso -observó Gwen con un mínimo tono de reproche-. Podría habérselo dado a Davis o a Walker.

-No estoy orgullosa de la situación -Lijo Jana tras respirar hondo-. Pero no lo conocía cuando me diste el caso.

Unas voces masculinas se colaron por la puerta abierta. Gwen se levantó, cruzó el despacho y cerró con suavidad. ¿Para leerle la cartilla o para mantener en privado la conversación? Jana esperaba que para lo último.

-Explícamelo -dijo Gwen tras tomar asiento de nuevo.

-Lo conocí el viernes por la noche - arrancó Jana-. Sinceramente, no esperaba volver a verlo, pero...

Pero Ben se las arreglaba para volverla loca.

-Pero te has enganchado -finalizó Gwen.

-No hablamos de nuestros trabajos -continuó Jana-, así que no tenía ni idea de que fuese bombero. Ayer por la mañana me presenté en Trinity y me enteré de que no sólo es teniente, sino el oficial al cargo de la operación en la que se produjo el accidente.

-¡Vaya! -exclamó disgustada Gwen . He visto muchas cosas, pero es la primera vez que una investigación corre peligro porque la persona encargada de realizarla se acuesta con un teniente del parque de bomberos.

Para Jana también había sido la primera vez que experimentaba un orgasmo, cosa que no tenía intención de compartir con su jefa.

-¿Cómo debo afrontar la situación?

-Está claro que tenemos un problema; sobre todo, si determinas que este tipo tiene algún tipo de responsabilidad. Por otra parte, no puedo sustituirte. Davis y Walker han empezado con otros casos -Gwen se quedó pensativa unos segundos hasta sacudir la cabeza, como descartando una idea-. Tengo tres inspectores en otro caso, pero todavía tardarán tres o cuatro semanas en resolverlo.

-No conviene retrasar la investigación de Trinity -recordó Jana-. Ya he empezado a realizar entrevistas y me gustaría examinar unas cuantas cosas sobre el terreno si es posible. Sólo necesito saber cómo quieres que maneje el tema, dadas las circunstancias.

-Mira, Jana, confío en tu criterio; de lo contrario, no te habría asignado el caso. Y aunque debería llevarlo otro inspector, no tenemos a nadie disponible -Gwen no parecía complacida, pero al menos no daba la impresión de que fuera a despedirla. Por el momento, su trabajo estaba a salvo. Gwen se levantó-. Me has advertido del problema y te lo agradezco. Me encargaré personalmente de hacer el seguimiento de tu investigación. Para cubrirnos, voy a tener que llamar al capitán de la estación e informarlo de lo que sucede.

Jana contuvo un gruñido. Si el capitán era como el resto de miembros de Trinity, ya sabría que el teniente y la inspectora de accidentes laborales estaban compartiendo sábanas.

-Mientras tanto -continuó Gwen al tiempo que agarraba las gafas de la mesa-, sigue con el caso. Si tienes problemas, ya veremos cómo nos las arreglamos.

Jana se levantó. Aunque no aliviada, sí que se sentía mejor no ocultándole nada a su jefa.

-Gracias, Gwen -dijo-. Siento mucho todo esto.

-¿Jana? -la llamó la otra mujer antes de dejarla salir-. Una pregunta: ¿qué harás si descubres que el teniente tiene responsabilidad en el accidente?

Ella era la primera que temía tal posibilidad.

-Lo único que puedo hacer -contestó-. Presentar mi informe y esperar que todo salga lo mejor posible.

Cuando Ben llegó al lugar del siniestro, Jana ya estaba esperándolo, aparcada entre un mar de furgonetas y camiones cargados con material de construcción. Ben estacionó detrás de ella y apagó el motor.

Con la ventanilla bajada, apoyó un brazo en la puerta y la miró salir de su deportivo blanco. Sus caderas se contoneaban con suavidad mientras se acercaba a él con una carpeta bajo el brazo. Unos pantalones negros le tapaban las piernas y una blusa, negra también, ocultaba esas curvas que tanto deseaba tocar.

El plan de la noche anterior se le había vuelto en contra, pues había vuelto a casa tan excitado, que había sido incapaz de pegar ojo y estaba de mal humor. Empezaba a estar obsesionado con Jana, hasta el punto de que su

cabeza comenzaba a llenarse de imágenes absurdas en las que ella aparecía formando parte de su vida en el futuro.

Lo cual no sucedería, se dijo. Todo terminaría en cuanto Jana lo atosigase con los riesgos de su trabajo. Como las demás mujeres,

acabaría resignándose al hecho de que nunca dejaría de ser bombero y saldría de su vida.

Perspectiva que no lo animaba especialmente.

-Veo que sigues con el caso -comentó tras salir del coche.

Jana se detuvo ante el tono cortante de Ben. Luego se puso una mano sobre los ojos para protegerse del sol y esbozó una sonrisa coqueta:

-¿Esperabas a otra persona? -preguntó avanzando hacia él.

-No habría estado mal.

-Estás radiante esta mañana -comentó Jana, satisfecha al comprobar que Ben también se había quedado frustrado la noche anterior-. ¿No has dormido bien?

Sonaba demasiado alegre. Y seductora. Tendría que estar sordo para no captar el tono sensual de su voz. El deseo que brillaba en sus ojos fue como si le hubiese puesto la mano sobre la cremallera. Ben cubrió la escasa distancia que los separaba y ella le puso una mano en el pecho.

-No estarías tan gruñón si te hubieras quedado anoche -lo provocó Jana.

El recuerdo de la noche anterior hizo que su cuerpo se tensara de inmediato. Ella no tenía idea de lo que le había costado marcharse, en vez de colmarla de placer y satisfacer sus propias necesidades. Le había costado horas de insomnio y mal humor que no podía permitirse que afectaran a su trabajo.

-Me habría quedado si esta maldita investigación no fuera tan importante para ti.

-Es mi trabajo, Ben.

-Pero puede hacerlo otra persona.

-No, no puede.

-¿Por qué! -exclamó frustrado.

-¿Y por qué tanto interés en que lo deje? -replicó Jana enojada-. ¿Es que hay algo que no quieres que sepa?

Muchas cosas. Él había estado al mando aquel día. Fitz había muerto porque él lo había enviado a un rescate arriesgado con un compañero sin mucha experiencia y que no sabía que Fitz estaría dispuesto a sacrificar su vida por salvar la de otra persona.

-Contéstame, Jana -dijo Ben, ninguneando la pregunta de ella-. ¿Por qué no dejas que otra persona se encargue de la investigación?

-Lo he intentado.

-Pues sigues aquí -Ben se cruzó de brazos y ella le lanzó una mirada iracunda.

-Porque no hay nadie disponible para sustituirme -contestó ella-.

Lo que no sabes es que he conseguido que me asciendan a inspectora de accidentes laborales hace muy poco. Este caso que tantas ganas tienes de que deje es el primero que me asignan. Y aun así, he ido a mi nueva jefa y le he dicho que tenía un conflicto de intereses porque me estoy acostando con el hombre que estaba al mando de la operación que estoy investigando.

-¡Demonios! -murmuró Ben. De pronto, se sintió culpable-. ¿Por qué no me lo dijiste ayer?, ¿o anoche? -añadió.

Seguía sin gustarle que llevara la investigación, pero quería pensar que no la habría presionado tanto de haber sabido la situación.

-Ya está mal que tus hombres sepan que nos estamos viendo. Prefiero no pensar en cómo afecta a la credibilidad que les merezco. Pero, ¿cuánto respeto crees que me tendrían si supiesen que soy novata en el departamento? Apuesto a que poco -Jana se cruzó de brazos-. Por cierto, en estos momentos mi jefa ya habrá puesto al corriente a tu capitán de la situación.

Ben maldijo. No porque Rick se enterase de su relación con Jana, sino porque, por primera vez, comprendió los problemas que le había causado a ésta seduciéndola para volver a llevársela a la cama.

-Lo siento. No pretendía...

-No te lo cuento para que te disculpes - espetó ella-. ¡Dios, qué arrogante! No lo he hecho por ti. Es una cuestión de ética: me niego a poner en entredicho mi integridad por lo que siento por ti.

Jana se dio la vuelta y echó a andar hacia su coche. Ben la alcanzó antes de que pudiese abrir la puerta y escaparse.

-Lo siento, Jana -repitió. Esta se cruzó de brazos y se negó a mirarlo. Él levantó las manos con intención de ponerlas sobre sus hombros, pero acabó metiéndoselas en los bolsillos-. Te prometo que respetaré tu decisión y guardaré las distancias hasta que termines la investigación -añadió. Porque, comprendió, él también sentía algo por ella.

-¿No me presionarás? -preguntó mirándolo a los ojos.

-Te lo prometo -dijo levantando una mano a modo de juramento. Mantendría su palabra... aunque hacerlo lo matase.

CAPITULO 10

El sol apenas encontraba resquicios entre el cielo nublado de principios de otoño. Jana tampoco estaba radiante, aunque poco a poco se le iba pasando la irritación de la discusión con Ben. Si las cosas iban bien, podría finalizar la investigación en uno o dos días y si la relación entre ambos sobrevivía para entonces, ya tendrían tiempo de explorar adónde los llevaba.

Jana caminaba al pie de las colinas que habían quedado devastadas por el incendio. Sintió un escalofrío. La chaqueta que llevaba sobre la blusa apenas abrigaba. Y también Ben debió de acusar el cambio de temperatura, pues había metido las manos en los bolsillos de la chaqueta del uniforme de bombero.

Su rostro se ensombrecía por segundos, lo que le recordó a Jana la pérdida que sus compañeros y él habían sufrido. Volver al lugar donde Fitz había fallecido tenía que ser duro para él, pero Jana debía concentrarse en la investigación y pensar en Ben como en el oficial al cargo de la operación de rescate, no como en el hombre que le aceleraba el ritmo cardiaco con una simple mirada.

Un batallón de obreros cubrían la zona, llenando el aire de conversaciones a gritos, martillazos y ruidos de taladradoras. El olor acre de la tierra quemada se mezclaba con el olor fresco de la tierra recién sembrada en una mezcla tétrica de muerte y renacimiento. Unos metros más allá, al otro lado de la carretera, Jana divisó a una mujer de traje negro que sería una representante de alguna aseguradora. La mujer estaba hablando a una pareja de mediana edad para determinar las reparaciones que había que llevar a cabo en el exterior de su vivienda.

Ben hizo un alto en el ascenso a la colina y ambos permanecieron quietos observando la zona en silencio. Aunque Jana le había pedido disculpas por haber perdido los nervios y no haber aceptado las de él, ésta seguía notando cierta tensión entre los dos, debida en parte, quizá, a tener que revivir aquel terrible suceso.

-Ve contándome cómo ocurrió -le pidió Jana.

-La primera alarma sonó alrededor de las ocho y media -dijo él-. Fuimos el primer equipo en responder a la llamada de emergencias. En cuanto llegamos, evalué la situación y pedí refuerzos.

Jana consultó el informe que llevaba en la carpeta.

-En un plazo de media hora, se dieron tres nuevos avisos, ¿cierto?

-Había muchos elementos en nuestra contra y no podíamos afrontar la situación solos. El verano, uno de los más calurosos que se recuerda, había dejado la zona seca. Y un viento suave pero constante

propagaba el fuego a toda velocidad -explicó Ben. Luego señaló hacia la vivienda, casi intacta, donde todavía seguía la mujer de la compañía de seguros-. Las casas que se salvaron o que sufrieron pocos daños eran nuevas, pero los materiales de las antiguas no respetaban las normas de seguridad y quedaron arrasadas.

-Estabas al mando de siete camiones de bomberos, dos equipos de rescate exterior con escaleras y uno de rescate interior: ¿correcto?

-En total éramos cincuenta y siete -contestó Ben.

Y al final de la jornada sólo quedaban cincuenta y seis. No había llegado a decirlo, pero el dolor que nublaba su mirada era elocuente.

Jana guardó silencio. Dijese lo que dijese, no conseguiría aliviar la pérdida. Sospechaba que Ben, al igual que el resto de compañeros, se sentía culpable. Por más que lo intentaba, no comprendía por qué se sentían mal por haber sobrevivido. Dado que Ben era el coordinador de la operación, suponía que el sentimiento sería más acusado todavía.

-¿Estás bien? -le preguntó apoyando una mano sobre su brazo.

Ben la miró y Jana sintió una presión en el pecho. Había dado por sentado que visitar el lugar del siniestro sería duro para él, pero no estaba preparada para presenciar el desgarro que oscurecía su rostro.

-Acabemos con esto de una vez por todas -contestó con sequedad.

De nuevo, Jana sintió la frustración de hallarse dividida entre examinar el caso u ofrecer consuelo a Ben.

-¿Dónde y cómo empezó el incendio? - preguntó.

-Allí -Ben apuntó hacia el centro de la colina-. Por culpa de una tubería de gas en mal estado, cuando el dueño conectó la secadora, se produjo una explosión que hizo salir volando el tejado de la casa. Cuando llegamos, las dos viviendas colindantes ya estaban incendiadas y el fuego seguía propagándose.

-El dueño no sobrevivió , ¿cierto?

-Murió mientras lo trasladaban al hospital en ambulancia.

Jana vaciló sin animarse a formular la siguiente pregunta. El sonido de los obreros y miembros de los equipos de construcción llenó el silencio pesado que se instaló entre ambos.

-¿Me indicas el edificio en el que entraron Fitzpatrick y Mitchell?

Ben se dio la vuelta sin decir palabra y siguió subiendo la carretera de la colina. Al cabo de un par de minutos, se paró y apuntó hacia el esqueleto de un piso de dos plantas.

-Según el informe, había tres personas en el interior -comentó Jana. Sólo de pensar en el miedo que habrían pasado la madre y los dos hijos atrapados entre las llamas se quedaba sin respiración-. ¿Cómo es posible cuando todo el vecindario tuvo que haber oído,

sentido incluso, la explosión?

-Drew entrevistó a la madre. Él te dará los detalles, pero parece ser que estaba dormida y no se despertó hasta que oyó los gritos de los niños.

-¿Qué hiciste cuando te diste cuenta de la situación?

-Di orden de que examinaran los alrededores y mandé a Fitz y a Mitchell al rescate: el procedimiento habitual -contestó impaciente.

Jana carraspeó y consultó sus notas:

-Fitzpatrick sacó al niño por la ventana y lo entregó al equipo de rescate. Mitchell salió con la niña. ¿Sabes por qué se marchó en vez de quedarse con Fitzpatrick?

Ben se mesó el cabello. Sabía la respuesta, pero tenía que escoger las palabras con cuidado. Aunque Chance Mitchell tenía poca experiencia, no podía culparlo de su actuación, pues había seguido el protocolo. Por su parte, Fitz siempre había sido un buen bombero, aunque a veces se había dejado llevar por el instinto en vez de actuar de acuerdo con el protocolo.

-Fitz debía haber salido detrás de Mitchell -contestó por fin-. Pero volvió para salvar a la madre. Afuera, vimos que las llamas comprometían la estructura del edificio y tocamos el claxon para que evacuaran de inmediato, razón por la que Mitchell no pudo volver en auxilio de Fitz.

Lo que Ben no le dijo a Jana, ni había incluido en su informe, era que Mitchell sí había intentado rescatar a Fitz. De hecho, habían tenido que sujetarlo entre tres compañeros para impedir que regresara a la casa. Dadas las circunstancias, no les había quedado otra opción que esperar al equipo de intervención rápida, especializado para ese caso de emergencias.

-¿Por qué no se llamó antes al equipo de intervención rápida? -preguntó Jana.

-Llamamos en cuanto supimos que Fitz estaba atrapado -respondió Ben cortantemente.

-Pero el equipo no llegó a entrar -insistió ella-. ¿Por qué? -añadió clavándole los ojos verdes.

Ben sabía que acribillarlo a preguntas formaba parte de su trabajo. Sabía que Jana no disfrutaba poniéndolo en aprietos. Pero eso no le facilitaba las cosas.

-El equipo de intervención rápida inició la maniobra de entrada -contestó Ben con voz tensa-. Pero la estructura del edificio no ofrecía suficiente seguridad y regresaron.

-Según el informe, Fitzpatrick avisó de que se estaba quedando sin aire.

-Sí -Ben se cruzó de brazos y retrocedió un paso.

-Y probablemente le dio tiempo a oír el claxon para que saliera de inmediato -continuó Jana-. Y, sin embargo, volvió por la madre. ¿Por qué?

Ben exhaló un suspiro.

-Fitz seguía su instinto. Esa mujer habría muerto y él hizo lo que cualquiera de nosotros habría hecho. La salvó. Esos chicos tienen una madre gracias a Fitz. Eso tiene que contar de alguna manera.

-No -dijo ella frunciendo el ceño-. Las cosas no funcionan así.

Ben era responsable de la actuación de sus hombres y Fitzpatrick se había saltado el protocolo. Error que había pagado con su vida. ¿No era castigo suficiente?, ¿de qué serviría ensuciar aquel acto heroico achacando que había habido negligencia?

-No juzgues precipitadamente una situación en la que nunca te has encontrado, Jana

-dijo Ben-. ¿Puedes asegurarme que tú no habrías hecho lo mismo?

-Sí, no lo habría hecho -contestó con firmeza-. Es verdad, nunca me he encontrado en una situación de vida o muerte. Y no digo que no sea difícil marcharse de un edificio en llamas sabiendo que hay gente dentro si crees que tienes alguna posibilidad de salvarlos. Pero existen normas para evitar este tipo de accidentes y es evidente que Fitzpatrick se las saltó. Sí, le costó la vida, pero también puso en peligro las vidas de todos los que quisieron salvarlo a él.

Se le ocurrieron un millar de argumentos, pero Ben sabía que Jana tenía razón.

-Supongo que esto significa que en tu informe aparecerá que la muerte se debió a un error.

Jana miró hacía lo que quedaba de la casa y luego se giró de nuevo hacia Ben.

-Tengo que hacerlo -dijo en tono compasivo-. Fitzpatrick actuó en contra de las normas. Su impulsividad puso en peligro otras vidas. ¿Y si Mitchell hubiese entrado en la casa? Habríais enterrado a dos compañeros, en vez de a uno. Siento mucho su pérdida, pero los hechos son los hechos.

Ben quiso odiarla al oírla decir lo que desde el principio había sabido que era verdad. Pero no pudo. Se dijo que, aunque en el informe apareciese como un error, no repercutiría en la opinión de sus compañeros. Para ellos, Fitz siempre sería un héroe. Él, en cambio, tendría que convivir con la culpa de haber sido el oficial a cargo de esa operación de rescate.

Mientras bajaban la colina hacia sus respectivos coches, un pensamiento siniestro sacudió a Ben. No era la primera vez que se veía

afectado por un error semejante. La muerte de su madre también había sido considerada como el resultado de una negligencia. No de la propia Joanna Perry, sino de los dos bomberos enviados a rescatarla del almacén en el que había muerto.

Ben no sabía lo que le ocurrió al segundo de esos bomberos; por desgracia, no podía decir lo mismo del otro. Sus hermanos y él habían sufrido en sus propias carnes las consecuencias de que declarasen a su padre culpable de no seguir el procedimiento establecido.

Desde que se habían despedido en las colinas dos días atrás, Ben había cumplido su palabra y no la había presionado ni una vez. De no ser por la mirada fogosa que había advertido en sus ojos al llegar al parque de bomberos esa mañana, Jana se habría planteado si había perdido el interés en ella.

No lamentaba su decisión de mantenerse separados hasta que finalizase su trabajo. No mucho. Aunque Ben se había comportado como un perfecto caballero, Jana no soportaba más la situación. Por suerte, concluiría la investigación ese mismo día. Porque habían bastado dos días sin orgasmos, besos ni conversaciones eróticas por teléfono para tenerla al borde de un ataque de nervios.

Jana examinó las cuerdas de rescate que Ben le había acercado y repasó la lista de equipamiento.

-Según esto, se realizó una inspección completa del equipamiento el fin de semana anterior. ¿Nadie advirtió que las fibras de estas cuerdas están un poco desgastadas? Deberían haberlas retirado.

-Se pueden usar -objetó él-. Pero haré que las sustituyan de inmediato. ¿Algo más? - añadió con cierta impaciencia.

Jana levantó la cabeza y sonrió.

-Un par de bomberos tienen pegatinas en los cascos. Son inflamables y pueden causar problemas. No está recogido en ninguna norma, pero puede ser peligroso -dijo al tiempo que dejaba las notas sobre la mesa del despacho. Luego se quitó la chaqueta y se desabrochó los dos botones superiores de la blusa-. ¿Has visto a Drew esta mañana? -preguntó de repente.

-¿Qué pasa con Drew? -preguntó Ben con el ceño fruncido, obligándose a apartar los ojos del escote de Jana.

-Tengo un par de preguntas que hacerle sobre uno de los testigos a los que tomó declaración --explicó ella-. Nada importante.

-Se ha tomado un par de días libres para preparar el examen de director de inspectores de incendios provocados.

-De acuerdo. Entonces... creo que hemos terminado -dijo ella acercándose a Ben hasta oler su loción de afeitar-. ¿Tienes planes para esta noche? -añadió con una sonrisa sugerente.

-¿Estás segura?

-Como digo, mi trabajo aquí ya ha terminado -Jana le acarició el torso.

-Entonces en mi casa -dijo él casi sin poder contenerse-. A las seis y media. En punto -agregó justo antes de indicarle las señas.

-Llevaré la cena.

¿Y el postre?

Jana lo miró a los ojos y sonrió:

-Lo estás viendo, pequeño.

CAPITULO 11

Ben bajó del camión de bomberos y evaluó la situación de un solo vistazo. El morro de un coche gris metalizado estaba aplastado contra un poste eléctrico. Los cables, sueltos por el impacto o por la violencia de la tormenta, echaban chispas sobre la calzada húmeda. La situación entrañaba tal peligro, que el equipo no podía liberar a la mujer que permanecía atrapada e inconsciente dentro del vehículo.

Ben ordenó a sus hombres que se mantuvieran alerta, dispuestos a entrar en acción en cuanto el agente de seguridad declarara que podían intervenir. Cale y Brady, los primeros en llegar, esperaban con impaciencia bajo el aguacero para aproximarse a la conductora y precisar la gravedad de sus lesiones, más allá del evidente traumatismo craneoencefálico.

Las primeras lluvias de otoño siempre causaban accidentes de tráfico. Teniendo en cuenta el pronóstico del tiempo para los siguientes días, les esperaba al menos una semana ajetreada.

-¿Se puede saber qué hace aquí? -gritó Noah Harding, uno de los bomberos que se había tenido que quitar la pegatina del casco.

Ben siguió la mirada de Noah y vio a Jana cruzando la calle. El corazón le dio un vuelco. Ya tenía bastantes problemas como para distraerse con ella encima.

-Molestar -contestó Chance Mitchell.

Aunque Ben estaba de acuerdo, no quería menoscabar públicamente la autoridad de Jana.

-Sólo está haciendo su trabajo -les dijo a los bomberos-. Y espero que vosotros hagáis el vuestro, ¿de acuerdo?

Tener a un inspector de accidentes laborales no era raro cuando se estaba investigando un caso, pero ver a Jana no le agradaba.

Casi había cruzado la carretera cuando uno de los policías que desviaban el tráfico la detuvo. Ella dijo algo que Ben no pudo oír, enseñó sus credenciales y echó a andar hacia él.

-Mira a ver por qué está tardando tanto la compañía eléctrica -le ordenó Ben a Noah antes de salir al encuentro de Jana.

No hacía ni media hora que había sido víctima de un caso de lujuria aguda. Al enterarse del accidente, le había surgido la duda de si sería capaz de aguantar las siguientes tres horas si estrechar a Jana entre sus brazos... otra vez. Pero en esos momentos sólo quería alejarla lo máximo posible de una situación peligrosa.

Contar hasta diez antes de hablar no le consiguió calmar.

-¿Se puede saber qué haces? -espetó él.

Jana parpadeó, sorprendida por la brusquedad de Ben cuando,

estando aún en el parque de bomberos, acababan de citarse para las seis y media. Pensó que quería protegerla, así que decidió no molestarse.

-Tengo derecho a estar presente -contestó por fin.

-Maldita sea, es peligroso.

Una sensación de terror le estrujó el corazón. Aunque estaba acostumbrado a cuidar de sus hermanos y Tilly y, de pequeños, le habían dado unos cuantos sustos con más de una trastada, no se podía comparar con el miedo que le producía pensar en lo que podría pasarle a Jana si los cables eléctricos se descontrolaban.

-No pierdas el tiempo gritándome, Ben. Infórmame de la situación.

Ben suspiró. Jana tenía razón: no tenía sentido discutir.

-Vehículo contra poste eléctrico -dijo-. La conductora parece herida e inconsciente.

Un chisporroteo cargó el aire de alta tensión. Los gritos del personal de urgencias lo hicieron desentenderse de Jana y acudir al centro de la acción.

Los cables eléctricos bailaban alrededor del coche, soltando latigazos eléctricos. La conductora permanecía sin sentido, ajena al peligro que corría. Ben recordó a sus hombres que debían alejarse, aunque sabía de primera mano lo impotentes y frustrados que se sentían, obligados a esperar antes de hacer aquello para lo que estaban entrenados: salvar vidas.

-¡Dios! -exclamó de pronto Jana, justo detrás de Ben-. Está embarazada.

Ni siquiera la había oído acercarse. Y seguro que no la había oído bien. Al menos, eso esperaba.

-¿Qué has dicho?

-Está embarazada -repitió apuntando hacia el coche estrellado.

Ben no se había dado cuenta, pero volvió a mirar a la conductora y confirmó el diagnóstico de Jana. El vientre hinchado de la mujer se aplastaba contra el volante. El coche no tenía airbag, probablemente debido a su antigüedad.

-Los técnicos de la compañía eléctrica tardarán al menos diez minutos -informó Noah tras acercarse, sin molestarse siquiera en saludar a Jana.

-¿Por qué tanto tiempo? -preguntó Ben-. ¿Les has insistido en que es un caso urgente?

-Tráfico, lluvia, un apagón en la otra parte de la ciudad -contestó Noah tras asentir con la cabeza-. De todo.

-No te muevas. O, mejor, aléjate -le dijo Ben a Jana. Sin esperar a comprobar si ésta le hacía caso, fue a hablar con Cale y Brady ¿Os

habéis fijado en que la conductora está embarazada?

-Sí -dijo Brady, visiblemente pálido.

-Podría intentar sacarla por el otro lado - propuso Cale-. Quizá romper el capó.

-¿Con los cables eléctricos sueltos? -Ben negó con la cabeza-. Ni hablar. Tenemos que esperar a la compañía eléctrica, ¿entendido?

Cale parecía disgustado, pero no discutió.

-Tenéis que hacer algo -Lijo Jana nerviosa. Ben la miró y notó que estaba al borde de la histeria-. ¿Por qué no hacéis algo?

Necesitaba quitársela de en medio y tranquilizarla antes de que hiciera alguna tontería.

-Creía que te había dicho que te alejaras -le recordó, tratando de mantener un tono suave.

-Tenéis que sacar a esa mujer de ahí -insistió ella con los ojos desorbitados de miedo-. El coche puede explotar en cualquier momento.

Era verdad: las chispas podían provocar una explosión, pero estaban atados de pies y manos. Los cables soltaron un nuevo latigazo de chispas por encima del vehículo.

Jana dio un respingo y Ben comprendió que tendría que apartarla lo máximo posible del lugar del accidente. Si la situación empeoraba, no quería pensar en cómo la afectaría. Sus chicos contaban con el apoyo de un equipo psicológico para superar el estrés, pero Jana no disponía de ese lujo.

Ben le puso las manos en los hombros y la condujo hasta la ambulancia de Cale y Brady. Abrió la puerta del copiloto y la ayudó a subir. Por una vez, Jana no se resistió.

-Tenéis que ayudar a esa mujer -repitió con voz débil-. Tenéis que salvarla a ella y al bebé.

Ben agarró una manta del asiento trasero y cubrió las piernas de Jana.

-Lo haremos. Te lo prometo.

-Haz algo, Ben -Jana puso sus fríos dedos sobre la cara de él para obligarlo a que la mirara-. Ya.

-Tenemos que esperar a la compañía eléctrica -contestó Ben empleando el mismo tono de voz tranquilizador que utilizaba con las víctimas presas del pánico-. No podemos intervenir hasta que desconecten esos cables de alta tensión.

¿Sería consciente de lo irónico de la situación?, se preguntó Ben. Las emergencias adquirían una perspectiva totalmente nueva en cuanto había vidas humanas auténticamente en juego. Cosa para la que ningún manual la había preparado.

-En cuanto desconecten los cables -continuó Ben-, Cale y Brady se acercarán a la conductora y evaluarán su estado. Ya no tardaremos mucho -añadió. Y realmente lo esperaba.

Jana tembló, se mordió el labio inferior y volvió a temblar. Llegaron nuevos gritos, pero Ben los desoyó unos segundos más mientras trataba de tranquilizar a Jana.

-Necesito que te quedes aquí -le dijo después de colocarle un rizo detrás de la oreja-. Pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Jana asintió con la cabeza. Al ver que sus ojos se le arrasaban de lágrimas, Ben sintió tal nudo en la garganta que, de pronto, apenas podía respirar. De alguna manera, se había metido en un buen lío, pues, por más que quisiera negarlo, era evidente que Jana empezaba a ser importante para él.

Había disfrutado de su cuerpo y de la pasión con la que ella había respondido a sus caricias. Cada vez que Jana coqueteaba con él, ardía de deseos por volver a compartir la intimidad de una cama. Hasta había perdido los nervios discutiendo con ella. Sus sonrisas lo excitaban y le bastaba una mirada provocadora para endurecerlo. Todo lo cual le parecía comprensible y aceptable. Pero nada de eso lo había preparado para la impresión de presenciar la vulnerabilidad de su mirada en esos momentos.

No podía entretenerse. Tenía trabajo que hacer, pero, que Dios lo ayudara, lo único que quería era abrazarla y quedarse a su lado para que se sintiera segura.

¿Hasta que Jana se cansara de él?, ¿o mucho más?

La llegada de los técnicos de la compañía eléctrica le permitió posponer la indagación de las emociones que lo agitaban. Pero sólo sería una tregua. Cuando el rescate terminara, ya no tendría escapatoria.

Jana recogió del suelo la camisa de Ben y se la puso sobre los hombros para protegerse del ligero frío de la habitación. Casi lo había devorado nada más llegar a su casa, de modo que no entendía cómo podían seguir intactos los botones.

Había llegado media hora tarde porque el papel en el que había anotado la dirección se había mojado y no lograba acertar con ella. Cuando por fin había llegado, estaba hambrienta... de Ben.

No bien hubo traspasado la puerta, se había lanzado contra su pecho y lo había abrazado con fuerza. Había sido una tarde de muchas emociones y todavía le costaba precisar lo que sentía, lo que le servía para disculpar su ataque a Ben nada más verlo.

Claro que él no se había quejado, pensó

Jana ocultando una sonrisa mientras se subía las mangas de la

camisa. Ben le había dejado llevar la iniciativa, como si hubiese adivinado que necesitaba ser ella la que tuviera el control absoluto de la situación. Había necesitado desesperadamente sentirlo dentro y, no pudiendo llegar hasta la habitación, habían hecho el amor en el suelo del salón. Luego, ya sí, Ben la había llevado a la cama, donde la había amado con tal ternura y delicadeza que seguía conmovida.

Jana levantó la cabeza al volver Ben con una bandeja llena de comida china de encargo. Tras poner la bandeja en medio de la cama, Ben se unió a ella y abrió los recipientes para dejar que saliera el vapor.

-Ahora te respeto más -dijo ella después de abrir un paquetito con palillos chinos.

-,¿Tan bien he estado?

Jana rió, agarró una bolita de pollo frito y se inclinó para darle un beso en los labios.

-Tu habilidad en ese terreno es ejemplar -dijo ella-. Me refería a que, oficialmente, es muy fácil decir que siempre hay que seguir las reglas. En los cursos de formación, te enseñan que si la zona no es segura, no puedes ayudar a nadie porque puedes poner en peligro otras vidas. Pero la realidad es muy diferente. No estaba preparada para tanta intensidad. ¿Cómo puedes soportarlo día tras día?

-No es fácil, pero la experiencia ayuda -

Ben le puso una mano en la rodilla. Con un tenedor, mejor que con los palillos, pinchó unos tallarines tres delicias-. No es algo que pueda aprenderse en un libro, ¿verdad?

Jana celebró la invención del microondas mientras se llevaba un trozo de pollo que habían tenido que recalentar en vista de que habían empezado la cena por el postre. Dos veces.

-No -reconoció. Haciendo un esfuerzo descomunal, había mantenido su palabra y no se había movido de la ambulancia tal como le había prometido a Ben. Aunque, eso sí, se había trasladado al asiento del conductor para ver mejor-. No lo es.

Una vez que los empleados de la compañía eléctrica, después de desconectar los cables de alta tensión, habían declarado que la zona estaba segura, los hombres de Ben habían trabajado en grupo bajo las eficaces órdenes de éste. Habían liberado a la conductora, y Cale y su compañero pudieron evaluar sus lesiones. Después, habían estabilizado sus constantes vitales y luego la habían trasladado a urgencias. El bebé parecía estar bien, pero, antes de marcharse, Cale le había dicho a Jana que, aparte del golpe en la cabeza, la mujer tenía sendas fracturas de tobillo y muñeca. Ben había hablado con su hermano más adelante, en el transcurso de la tarde, y se había

cerciorado de que no se habían producido mayores complicaciones.

-Te he visto con tus hombres. Realmente ,se nota que velas por su seguridad mientras trabajan -comentó Jana. No podía evitar admirarlo. Había guiado a los bomberos guiado por su instinto, no impulsivamente, lo cual aumentaba el respeto que sentía por él, no sólo como bombero, sino también como hombre. Era atento, compasivo y en algún momento a lo largo de esa última semana, mientras ella realizaba entrevistas, inspeccionaba el estado del equipamiento y, en general, lo molestaba, se había hecho un hueco en su corazón-. Lo llevas en la sangre.

Pero, ¿sería también un rompecorazones nato?, se preguntó Jana. Esperaba que no, aunque sabía que, cuando su aventura finalizase, alguien acabaría con el corazón roto. Y probablemente no sería él.

-Supongo que me viene de familia -dijo Ben encogiéndose de hombros-. Mis padres también eran bomberos.

-Deben de estar muy orgullosos de tus hermanos y de ti -afirmó ella mientras alcanzaba el recipiente de arroz frito.

-Me gustaría pensar que lo estarían -contestó con tono ausente mientras se concentraba en los tallarines.

Ben se recostó, apoyándose sobre un codo. A pesar de aquel ademán relajado, algo en su tono de voz le pareció forzado.

-¿Que lo estarían? -preguntó, incapaz de resistir la curiosidad.

-Mi madre murió cuando yo tenía diez años -explicó Ben-. Y mi padre, dos años después.

-Lo siento -dijo ella con serenidad. Sus padres la volvían loca, pero al menos seguían a mano. Más o menos.

-Fue hace mucho -añadió Ben, todavía sin mirarla a la cara.

-Tuvo que ser muy duro -Jana cambió el recipiente de arroz por uno con gambas agridulces-. Para los tres -añadió mirándolo de reojo con curiosidad.

-La sutileza no es uno de tus puntos fuertes -dijo él sonriente-. Si quieres saber qué pasó, pregúntamelo.

-¿Qué les pasó a tus padres? –preguntó Jana tras tragar una gamba.

Ben metió el tenedor en el recipiente que ella tenía entre las manos.

-Te enseño lo mío si tú me enseñas lo tuyo--dijo y Jana soltó una risilla.

-¿Y esto te parece sutil? -Empiezas tú.-ja! He preguntado yo primero.

-Bueno, si no quieres que te lo cuente –la chantajeó Ben.

Con el ritmo que llevaba, Jana perdería el avión y él no habría

empezado a hablarle de su pasado. Tenía que embarcar a las cinco de la mañana para el vuelo con destino a San José, donde se procuraría un coche de alquiler para llegar a la reunión de Carmel a la que Gwen le había pedido que asistiera. En un principio, Jana había pensado volver a Los Ángeles de inmediato, pero, después de la tensión de esa tarde, había cambiado de idea y había decidido aprovecharse de la tranquilidad de las playas blancas y arenosas de Carmel.

-Mis padres se divorciaron cuando iba al instituto -Jana accedió a ser ella la que empezara-. El trabajo de mi padre lo obliga a estar fuera de la ciudad durante largos periodos y nunca paraba mucho en casa, así que no fue un hecho traumático en mi vida. A decir verdad, casi me sentí aliviada cuando por fin se divorciaron.

-¿Por qué aliviada? -preguntó intrigado.

-Discutían constantemente.

-¿Por el trabajo de tu padre?

Jana pinchó otra gamba y consideró la respuesta:

-No exactamente -dijo antes de exhalar un suspiro-. Por lo general, discutían porque mi madre se enteraba de alguna de las aventuras de mi padre: nunca ha tenido claro el concepto de discreción. Bueno, tu turno.

-No tan rápido -Ben le arrebató el recipiente que tenía en la mano-. Y no más gambas mientras no me cuentes más cosas.

Jana se subió las mangas de la camisa y lo miró con fingida indignación:

-Esta vez te has pasado de la raya -dijo casi sin poder contener una sonrisa.

Ben le pasó el recipiente por delante de la nariz.

-¿Verdad que huelen bien? -la provocó.

Las mangas se le bajaron y Jana soltó un nuevo suspiro.

-Mi padre es director de cine, de documentales más bien. Su trabajo le importa más que la familia y eso traía problemas -comentó con un tono ligeramente resentido-. Y ahora, ¿me devuelves las gambas, por favor?

-Sólo otra pregunta -Ben sonrió, pero ella negó con la cabeza.

-Te toca a ti. Las gambas, por favor.

Ben le entregó el recipiente de mala gana. No le daban miedo las preguntas que Jana fuese a hacerle, pero no solía hablar de su infancia. Apenas hablaba del pasado con sus hermanos y jamás había compartido aquella etapa de su vida con una mujer. Su tía les había pagado a los mejores psicólogos infantiles tras la muerte de su padre. Ya había analizado su pasado suficientemente y no veía sentido en darle más vueltas.

-Mi madre era bombero --dijo con indiferencia, como si estuviesen hablando del tiempo-. Perdió la vida en un incendio. Mi padre no lo soportó, se vino abajo y murió un par de años después de un infarto.

-Una respuesta muy fría para alguien que perdió a sus padres siendo tan pequeño, ¿no? -Jana lo miró a los ojos.

-Hay cosas que pasan, Jana, aunque seas buena persona -respondió él encogiéndose de hombros-. Y cuando pasan, tienes dos opciones. Asumirlo y seguir adelante o dejar que te corroa como hizo mi padre. Yo no soy mi padre.

Jana frunció el ceño y empezó a retirar los recipientes de la comida.

-¿Y has seguido adelante? -preguntó-. ¿O te has limitado a evitar el tema porque te dolía demasiado?

Ben le quitó la bandeja y la puso en el suelo.

-Lo superé -afirmó con aplomo. Sus hermanos habían necesitado que fuese fuerte y no les había fallado. Se recostó junto a Jana y la estrechó entre los brazos-. Tampoco digo que fuese una fiesta. Además, mis padres también discutían antes de que mi madre muriese. Mi padre podía ser muy tirano y. le reprochaba a mi madre que se hubiera hecho bombero. Ella insistió y se salió con la suya, pero la situación en casa empeoró.

Jana se acurrucó contra él y apoyó la cabeza sobre su hombro. Dios, pensó Ben, no le costaría nada acostumbrase a tenerla al lado. Lástima que no duraría. En cuanto Jana se diera cuenta de que él podía ser tan tirano y terco como su padre, seguro que lo abandonaría.

-Después de morir mi madre, empezó a sentirse culpable -continuó Ben-. Intentó librarse del sentimiento dándose a la bebida, pero no le sirvió de nada. Se emborrachaba, gritaba y se ponía furioso hasta que caía inconsciente. Una vez me dijo que Dios se había llevado a nuestra madre porque ella había preferido su trabajo a sus hijos.

-Ben -Jana lo abrazó por la cintura-. Es horrible. No se le puede decir algo así a un niño. Mis padres discutían, pero nunca nos metían en medio de sus broncas. No puedo ni imaginarme...

-¿Cómo fue? -finalizó Ben y ella asintió con la cabeza-. Duro, no voy a negarlo. Intenté proteger a mis hermanos lo máximo posible; sobre todo, cuando mi padre empezó a beber las veinticuatro horas del día.

-Pero sólo tenías diez años -Jana lo miró con ojos llenos de compasión-. ¿Hasta qué punto podías soportar tanto peso?

Había soportado más de lo que ella pudiera creer. Había hecho cosas de las que no se sentía orgulloso para proteger a Cale y a Drew. Aunque hacía mucho que no practicaba, habría apostado a que

todavía era capaz de falsificar la firma de su padre. Había extendido cheques y había firmado con el nombre de su padre para que las compañías de agua, luz y calefacción no les cortaran el suministro y para administrar el dinero procedente del seguro de vida de su madre. No habían sido los mejores días de su vida, pero Ben había hecho cualquier cosa para asegurar la supervivencia de sus hermanos.

-Me limité a proteger a mis hermanos - respondió, súbitamente ansioso por cambiar de tema-. ¿Por qué hablamos de cosas que son historia habiendo tantas otras cosas interesantes que podíamos estar haciendo?

Recordar el pasado lo inquietaba. Tanto como darse cuenta de que había permitido que Jana se asomase a esa etapa oscura de su vida.

-¿Estás pensando en algo en particular? - preguntó ella esbozando una sonrisa pícara.

Ben aprovechó la insinuación para situarla sobre su regazo. Sin la menor duda, Jana se sentó a horcajadas sobre las caderas de Ben, cuyo cuerpo respondió al instante.

-¿Qué tenemos de postre?

La risa de Jana cerró el armario en el que Ben mantenía encerrados los fantasmas de la infancia. Aunque, en realidad, no existían, se corrigió. ¿O acaso no los había ahuyentado hacía años?

-Lo siento, pero creo recordar que ya hemos tomado ese postre. Dos raciones.

Ben estiró los brazos para acariciarle el pelo y le echó la cabeza hacia atrás con suavidad para poder acceder a su cuello.

-Lo de antes no ha sido más que un aperitivo -dijo y posó los labios en su cuello. El gemido de Jana elevó la temperatura de Ben.

¿Alguna vez tendría suficiente de aquella mujer? Empezaba a pensar que nunca se saciaría, aunque estuviesen juntos cien años.

De pronto, sonó el busca de Ben. Éste leyó el mensaje que le enviaban, en el cual lo informaban de una colisión múltiple con explosión.

-Tengo que irme -dijo al tiempo que se quitaba a Jana de encima.

-¿Ahora?

Ben se puso los calzoncillos a pesar del tono decepcionado de ella. Después de subirse los pantalones, fue al armario por una camisa.

-¿Estás de guardia? -preguntó Jana tras salir de la cama.

Ben agarró la primera camisa que vio y empezó a abrochársela.

-Me van a necesitar. Tengo que ir -explicó mientras abría el cajón de los calcetines-. Quédate, duerme un poco.

-No estaré cuando vuelvas -Jana le acercó las botas.

Ben la miró. Aunque había imaginado ver una expresión de

fastidio en su cara, no había notado censura alguna en el tono de voz de Jana.

-Volveré lo antes posible -dijo él con impaciencia. Se negaba a dejar que lo hiciera sentirse culpable por marcharse a hacer su trabajo.

-Es más de medianoche y tengo que tomar un avión dentro de unas horas. Tengo el equipaje listo en el coche. Volveré el domingo, sobre el mediodía.

-¿Adónde vas? -preguntó Ben, más por cortesía que por auténtico interés. Su cabeza ya estaba ocupada con las posibles complicaciones con las que podría encontrarse al llegar a la escena del siniestro.

-A Carmel, a un seminario -contestó ella. Ben asintió con la cabeza distraídamente y se puso la chaqueta-. ¿No te olvidas de algo?

Ben se giró con impaciencia. ¿Acaso no se daba cuenta de que tenía que darse prisa?

Jana sostenía las llaves de Ben en la palma de la mano.

-Puede que las necesites -añadió sonriente.

-Gracias -dijo él apresuradamente-. Te llamo luego.

Sin esperar contestación, salió de casa, sacudido por un exceso de adrenalina.

CAPITULO 12

Las tormentas que azotaban la costa de California no habían remitido en dos días, manteniendo alejados a la mayoría de los turistas. La pintoresca zona de tiendas y comercios costeros se había convertido en una especie de ciudad fantasma. Dado que las inclemencias del tiempo impedían disfrutar de las playas, Jana pasó la tarde por las tiendas del centro de Carmel.

El seminario sobre accidentes laborales había sido bastante interesante. Además, aparte de aumentar sus conocimientos, había conseguido comprar algún regalo para las navidades. Descubrir una reproducción de un cuadro que Chloe quería para su despacho y un juego de bellos candelabros antiguos para Lauren confirmaban el acierto en decidir pasar el fin de semana entero en Carmel, en vez de regresar nada más terminar el seminario, el mismo sábado a mediodía.

Pagó el capuchino que había pedido y se acercó a una mesa pequeña pegada a la ventana para ver la lluvia. Los salientes de los edificios deberían haberla resguardado, pero el viento había empezado a soplar y, a fin de no llegar empapada al hotel, se había metido en la cafetería a esperar que la tormenta amainara.

Jana dejó las bolsas en una de las sillas libres, se quitó el abrigo y sacó el móvil para consultar el buzón de voz. Tenía dos mensajes. Sonrió al oír el entusiasmo de Lauren anunciándole que finalmente le habían ofrecido poner la voz para el personaje femenino de la serie de dibujos animados.

El otro mensaje era de su padre, que la llamaba para confirmar su asistencia al estreno de su último documental. En realidad, era la ayudante de su padre quien la llamaba, aunque para Jana no había diferencia entre ambos. No estaba segura de si iría. Un encuentro íntimo para familiares y amigos, había puesto en la invitación formal. Pero el concepto que su padre tenía de intimidad incluía a un mínimo de cuarenta profesionales del sector audiovisual. La familia y los amigos quedaban en segundo plano.

En la invitación también decía que podía ir acompañada. ¿Accedería Ben a ir con ella?, ¿sin el busca?

Miró a ver si tenía mensajes de texto, pero no encontró ninguno. Jana no pudo evitar sentirse decepcionada. Ben no la había llamado, tal como le había prometido. Guardó el móvil en el bolso y dio un sorbo al capuchino. Le había dejado el número del móvil y el del hotel en una nota sobre la almohada antes de marcharse al aeropuerto; pero no había tenido noticias de él. Con el tiempo que hacía, probablemente se habrían producido numerosos accidentes de tráfico y otras emergencias, razón por la que suponía que estaría muy

ocupado hasta que las tormentas cesaran.

Con la cabeza, lo entendía. Pero el corazón no lo llevaba tan bien. Estaba preocupada, no sólo por él y por los peligros que podría estar afrontando, sino por la relación entre ambos. ¿Cómo diablos se había podido enamorar de Ben en tan poco tiempo?

Por un montón de razones, pensó, y no todas relacionadas con la cama. En sus primeras entrevistas con los hombres de su equipo, había tenido la impresión de que Ben podía resultar muy frío y distante en ocasiones cuando, en realidad, simplemente era un trabajador eficiente al que le gustaba tener las situaciones bajo control. Al menos, con ella nunca había sido frío ni distante. Cuando no se portaba como una mula testaruda tratando de salirse con la suya, los adjetivos «amable», «cálido" y 'apasionado» describían con mucho más precisión su personalidad. Tenía un sentido del humor delicioso y la hacía reír... a menudo. También tenía cierto sentido de la caballerosidad que la atraía. Todo lo cual, sumado al respeto que sentía por cuantos lo rodeaban, hacía complicado no enamorarse de Ben.

Aun así, Jana tenía sus reservas. Sobre todo, una.

En dos ocasiones, Ben la había abandonado al oír su busca. Si hubiese estado de servicio, no la preocuparía; pero las dos veces había atendido llamadas que sucedían en su tiempo libre. ¿Estaría siendo egoísta o tenía razones Para alarmarse?

Jarra sabía que el trabajo de Ben era importante. Salvaba vidas. Los hombres con los que trabajaba dependían de él. A diferencia de su Padre, adicto al trabajo, Ben no se marchaba a Cualquier parte del mundo durante meses para buscar un escenario para un documental sin Pensar un instante en su familia. Lo que Ben hacía era importante. ¿O acaso estaba tan obsesionado con el trabajo como su padre, aunque de un modo distinto?

No estaba segura. Jana dio otro sorbo al capuchino. Para ella, su referencia había sido su cuadre. No había sido la, clásica mujer hogareña, pero siempre se había interesado por sus Cuatro hijas. Su padre, en cambio, se había limitado a hacerle diversos regalos para compensar su desinterés. El modo en que Ben había cuidado de sus hermanos indicaba lo mucho que significaba la familia para él.

Si algo había aprendido Jana de su infancia era lo que no quería, o sea, ser ama de casa en un hogar donde se suponía que vivía una pareja. De pequeña, se había sentido culpable, equivocadamente responsable de la indiferencia y los largos periodos de ausencia de su padre. En ese sentido, todo había cambiado al entrar en el instituto y conocer a Chloe Montgomery.

Chloe había llegado al instituto Beverly Hills procedente de

Atlanta, obligada a dejar a sus amigos por un traslado laboral de su padre. En ese sentido, la infancia de Chloe había sido parecida a la de Jana y a la de Lauren, salvo que su nueva amiga había desarrollado un enfoque más pragmático ante la ausencia de su padre. Para Chloe, llevarse una decepción tras otra por intentar mantener en un pedestal a una persona que no hacía más que fallarte era una pérdida de energía. Aceptar la realidad y asumir que las personas tenían muchos defectos era una respuesta mucho más sana. La vida no era como las telecomedias, solía decir Chloe.

Jana no estaba tan convencida de que las personas tuvieran tantos defectos, pero sí que había decidido dejar de desperdiciar energía por una causa perdida. Había comprendido que la única forma de no sufrir tanto era dejar de querer que su padre fuese algo que, sencillamente, no era capaz de ser. O aceptaba la verdad o sería desgraciada casi toda su vida. Así que había optado por aceptar la verdad.

Cuando terminó el capuchino, el aguacero había remitido y sólo chispeaba. Jana decidió que podría llegar hasta el hotel sin ahogarse. Agarró sus bolsas y salió de la cafetería.

Diez minutos después, y nada más que medio ahogada, introdujo la llave electrónica en la ranura de su habitación y entró. Guardó las bolsas en el suelo del armario, colgó el abrigo en el cuarto de baño para que escurriera y consideró sus opciones para lo que quedaba de fin de semana. Por una parte, echaba de menos a Ben. Pero éste ni siquiera se había molestado en llamarla, se recordó mientras se descalzaba. Con todo, le bastaría la menor señal de que también él la extrañaba para tomar el siguiente avión de vuelta a Los Ángeles.

Se secó el pelo con una toalla, se pasó un peine y decidió que tendría que conformarse con llamar al servicio de habitaciones y ver una película en el vídeo.

-Qué birria de plan pudiendo pasar una noche de sexo ardiente con un bombero - murmuró mirándose al espejo.

Salió del cuarto de baño, entró en la habitación... y se dio un susto de muerte.

Había un hombre desnudo en su cama. Al menos, estaba casi segura de que lo estaba, pues las sábanas le cubrían las partes íntimas.

-¿Qué haces aquí, Ben? -preguntó Jana cuando el corazón recuperó el ritmo normal. No sería la bienvenida que Ben habría esperado, pero casi se había muerto del susto.

-¡Vaya recibimiento!

Jana se cruzó de brazos y le lanzó una mirada de reproche, resuelta a no dejarse seducir por la sonrisa de aquella boca tan tentadora hasta haber obtenido una respuesta.

-Es más, ¿cuántas leyes has violado para conseguir meterte en mi habitación?

-Dos o tres como poco -contestó él sin asomo de vergüenza.

-Podría hacer que te detengan.

-Entonces tendrás que conformarte con una birria de plan -repuso Ben-. Creía que preferirías una noche de sexo ardiente con un bombero.

-Te advierto que ver cómo te sacan a rastras dos policías tiene su encanto.

-No creas -Ben rió.

Tanta arrogancia estuvo a punto de hacerla sonreír.

Jana emitió un gruñido de disgusto, cruzó la habitación hasta una silla que había en una esquina y se sentó. De pronto reparó en un jarrón con doce rosas que no había estado sobre la mesa al salir de la habitación para ir de compras.

-No pienses que me vas a ablandar con flores -dijo al tiempo que agarraba el jarrón para olerlas-. Bueno, ¿qué?, ¿cómo has entrado? preguntó, más por curiosidad que porque tuviese intención de hacer efectiva la amenaza de pedir que lo detuvieran por allanamiento.

-No estabas, así que encargué las rosas con la esperanza de que las trajeran de inmediato. El botones apareció en seguida y lo seguí dentro como si también fuese mi habitación -Ben frunció el ceño-. Hasta me ha sacado una propina.

Desnudo, lleno de recursos y arrogante. Una combinación letal para enamorarse de pies a cabeza.

-Creía que había leyes sobre esta clase de cosas -comentó Jana, que no estaba dispuesta a' inflar todavía más el ego de Ben, diciéndole lo encantada que estaba de verlo.

-Si no las hay, deberías haberlas -afirmó Ben con seriedad-. No imaginas lo fácil que ha sido.

-En fin, supongo que puedo dejarte que te quedes -accedió ella-. Al fin y al cabo, no parece que tengas ropa y está lloviendo.

-Podría resfriarme.

-O peor todavía -Jana se levantó y se acercó despacio hacia él-. Podrías pillar una neumonía.

-Te sentirías muy culpable -dijo Ben sonriente.

-¿Y qué puedo hacer contigo ahora que estás aquí? -dijo ella mientras retiraba las sábanas. Jana se quedó sin aire al ver tanta desnudez a su disposición.

Ben le agarró una mano y tiró de ella hasta tenerla a su lado. Sin darle tiempo a reaccionar, la volteó y la puso de espaldas sobre el colchón, debajo de él.

-Estoy seguro de que, si piensas un poco, -susurró Ben-, se te ocurrirá algo.

Jana lo rodeó con los brazos y lo apretó contra el pecho.

-Pensar no forma parte de mis planes.

La noche había caído cuando salieron cuatro horas después. Por fin había dejado de llover, así que se atrevieron a dejar la habitación para cenar algo fuera. Eligieron un restaurante italiano tradicional, acogedor, con manteles ajedrezados rojiblancos y velas. Un CD de Frank Sinatra sonaba suavemente de fondo.

Durante la cena, Jana descubrió que Ben era conservador, aunque con ciertas tendencias liberales más afines a las de ella. También le había confirmado que no tenía hijos, lo cual ya había imaginado tras estar en su casa. Lo que la sorprendía era que nunca hubiese pensado en casarse, lo que la hizo plantearse si tendría dificultad para comprometerse en relaciones estables.

-¿Ni una vez? -preguntó Jana, convencida de que su soltería no se debía a falta de compañía femenina-. ¿Nunca lo has considerado?

-Nunca -contestó él negando con la cabeza tras dar un sorbo de vino tinto.

-Yo sí. No llegué a prometerme, pero casi -reconoció Jana-. Estábamos en la universidad y, cuando lo trasladaron a Florida, descubrí que todo lo que dicen de que las relaciones a distancia no funcionan es verdad.

Una sonrisa malévola curvó los labios de Ben de repente.

-Cuéntame tu fantasía -susurró, acercándose a ella.

Jana supuso que debía interpretar el cambio de tema como un aviso de algo, pero la intensidad de su mirada a la espera de que respondiese anuló cualquier pensamiento racional.

-No tengo fantasías -admitió encogiéndose de hombros, casi a la defensiva-. Lo siento.

Si lo había sorprendido, Ben lo disimuló de maravilla.

-Todo el mundo tiene fantasías -dijo él con tono seductor. Ben puso la mano sobre una rodilla de Jana, justo encima del bajo de su minifalda roja.

-Todo el mundo no -contestó sofocada. Ella tenía recuerdos, no fantasías. Recuerdos deliciosos de haber hecho el amor con él.

-Yo fantaseo contigo -Ben metió la mano bajo la falda y subió hasta tocar su piel desnuda, más allá de las medias-. Mucho.

Jana respiró profundamente y rezó para que el largo del mantel impidiera que los demás clientes viesen lo que estaba sucediendo debajo de la mesa.

-¿Sí? -preguntó por fin, no ocurriéndosele nada mejor que decir.

-Antes, en la ducha... -murmuró Ben mirándola a los ojos.

Jana carraspeó al recordar lo que habían compartido en la habitación del hotel.

-Eso no ha sido una fantasía -susurró. Más bien, había sido cien por cien real. El cuerpo le cosquilleó al revivir cómo se habían unido sus cuerpos bajo el jabón y el agua caliente.

Ben subió la mano otro poco y le acarició el interior del muslo.

-Era una fantasía -dijo con suavidad al tiempo que le separaba las piernas- que quería cumplir contigo.

Jana contuvo la respiración cuando notó las yemas de sus dedos sobre las braguitas. Dejó salir el aire despacio, convencida de que cualquier fantasía sería inferior a la realidad.

Ben se acercó, como intentando protegerla de la vista de los demás clientes del restaurante. Por suerte, había escogido una mesa situada en un rincón reservado. ¿Adrede?, se preguntó ella. Teniendo en cuenta los recursos que ya había demostrado Ben, no le habría extrañado.

-¿Alguna vez te has dado placer sola, Jana? -le susurró al oído.

-Hasta hace una semana no sabía lo que era un orgasmo -contestó excitada-. ¿Tú qué crees?

-¿Y la otra noche, por teléfono?

-No -Jana negó con la cabeza.

-¿Confías en mí? -preguntó entonces Ben, al cabo de unos segundos.

Jana sabía que nunca le haría daño físicamente. Estaba tan segura como que el sol salía por el este y se ponía por el oeste. Pero, ¿podía confiar en que no le rompería el corazón?

-Sí -susurró-. Confío en ti. -Cierra los ojos.

-Por si lo has olvidado, te recuerdo que estamos en un restaurante -dijo Jana aunque lo obedeció de todos modos.

-Dime qué llevas... debajo.

Era evidente que el sitio donde estuvieran no era un impedimento para el plan de seducción de Ben.

-Un sujetador y unas braguitas.

-No es suficientemente evocador. ¿De qué color son?

-Rojas. Como cerezas jugosas. O como una caja de terciopelo con caramelos del día de los enamorados -contestó Jana y abrió un ojo-. ¿O como el color de mis mejillas?

Ben paró los dedos y rió.

-Cierra los ojos -le pidió. Jana obedeció y volvió a sentir sus dedos sobre las braguitas. Se echó hacia adelante al encuentro de sus caricias-. ¿Te gusta? -añadió después de meterle un dedo entre los

pliegues.

Jana se mordió el labio inferior mientras se imaginaba la lengua de Ben en su interior. El restaurante desapareció y, de pronto, fue como si la hubieran transportado a una gruta en la playa. Lo único que separaba sus cuerpos de la arena era una manta. Las olas rompían en la orilla, a lo lejos, mientras el sol acariciaba sus cuerpos y él la besaba íntimamente.

La sacudió un espasmo. Y luego otro. Y otro.

Eran criaturas hedonistas. Estaban desnudos y sólo les preocupaba procurarse placer y explorar sus cuerpos sin límites.

¡Estaba a punto de tener un orgasmo en medio de un restaurante!

Abrió los ojos de golpe, le agarró la muñeca y retiró la mano de Ben antes de explotar.

-Tenemos que irnos --dijo con voz tensa.

-¿Por qué? -preguntó él haciéndose el inocente-. Si acabamos de empezar -añadió.

Jana estiró la mano hacia la copa de vino. Le temblaba el brazo entero.

-Ben -dijo después de sentir una nueva sacudida-. Si no me sacas de aquí inmediatamente, voy a llegar aquí mismo.

CAPITULO 13

-Si no conoces tu cuerpo íntimamente - dijo Ben-, ¿cómo vas a saber lo que te da placer?

Jana tenía la espalda apoyada sobre el torso de él, que la miraba a los ojos a través del espejo del armario, iluminada la habitación por la suave luz de una lámpara de noche.

-Sí sé lo que me gusta -dijo ella sonriente.

-Entonces dímelo -Ben le acarició los brazos-. ¿Qué te excita?

-¿No es evidente? Ya sabes, cuando... cuando me haces... -Jana se encogió de hombros-. Lo sabes -repitió ruborizada.

Ben contuvo una sonrisa ante aquel brote de timidez. Media hora antes, en el restaurante, río había mostrado la menor inhibición al indicarle lo cerca que había estado de alcanzar el orgasmo.

Su estrategia de distraerla del espinoso tema de sus anteriores relaciones con las mujeres había sido todo un éxito. Y aunque era el primero en haberse excitado y quedado a medias, suponía que se merecía el castigo. La situación había exigido tomar medidas drásticas.

Las braguitas rojas caían bajo las caderas de Jana. Apenas cubrían la deliciosa curva de su trasero. Sus pechos se alzaban y bajaban bajo un sujetador de encaje a juego. Sujetador que dejaba muy poco a la imaginación, lo cual no lo disgustaba en absoluto.

Ben cubrió sus manos delicadas con las suyas, mucho más grandes, y le acarició las caderas.

-Quiero saber qué sientes cuando te toco -dijo antes de agachar la cabeza y acariciarle un hombro con la nariz-. Quiero saber cómo reacciona tu cuerpo, qué te lleva al límite y qué te hace traspasarlo.

-¿Ben? -vaciló Jana con voz trémula.

-Tranquila -dijo él después de darle un beso en un lado del cuello-. Mantente abierta a todas las posibilidades.

Si quería descubrir los secretos de su propio cuerpo, tenía que estar dispuesta a abrirse, dejarse llevar y sentir. Se diera cuenta o no, Jana había estado regalándole su confianza desde que se habían conocido en el Ivory Turtle. Esa noche pondrían a prueba los límites. Sin reservas. Sin arrepentimientos. Sin barreras. Esa noche, la quería totalmente desnuda.

Y él, ¿podía aceptar, sin reservas ni arrepentimientos, lo a gusto que se sentía junto a ella? No le había mentido al decirle que nunca había pensado en casarse. Por lo general, la idea de un compromiso para toda la vida le producía escalofríos. Pero, aunque no estaba preparado para pedirle a Jana que formase parte de los Perry, no sabía

cómo interpretar la profunda soledad que había sentido esa mañana al regresar a casa y encontrarla vacía.

Había atendido varias llamadas después de dejar a Jana el jueves por la noche y había terminado echándose una siesta de un par de horas en Trinity antes de empezar su turno regular del viernes. Habían estado ocupadísimos, atendiendo un aviso tras otro, y había trabajado otras dieciocho horas seguidas. Cuando había empezado a dar ladridos en vez de órdenes, el capitán se había hartado de él y lo había amenazado con una semana de suspensión si volvía a presentarse por allí antes del lunes. Ben no creía que Rick hubiese llegado a hacerlo, pero se había dado cuenta de que estaba volviendo locos a sus hombres y necesitaba descansar.

Al principio, se había convencido de que la única razón por la que había decidido sorprender a Jana era para asegurarse de no pisar el parque durante los siguientes dos días. Convencimiento que se había ido abajo nada más oír su voz cuando ella no se había dado cuenta todavía de que se había colado en su habitación.

Jana echó la cabeza a un lado, ofreciéndole el cuello, y él besó, lamió y mordisqueó su delicada piel hasta hacerla temblar.

Sin soltarle las manos, las llevó hacia las caderas de Jana y las posó luego sobre su vientre. Luego fue descendiendo, muy despacio, hasta meterse bajo las braguitas rojas. Detuvo las manos al tiempo que los ojos de Jana se agrandaban y su respiración se cortaba.

-Sé que te sientes a gusto con tu cuerpo - dijo mientras le acariciaba los rizos del pubis-. Enséñame lo que te gusta. Dime cómo quieres que te dé placer.

Jana se echó hacia atrás, apretando el trasero contra las ingles de Ben, que apretó los dientes. La magnitud de su erección era tan descarada y la necesidad de liberación tan urgente que la idea de mantener el control mucho más tiempo resultaba ridícula.

El calor que lo sofocaba aumentó a medida que exploraban juntos los pliegues húmedos de Jana. Un gemido resonó alrededor de ambos y Ben no supo cuál de los dos lo había soltado.

Ella seguía con la vista clavada en el espejo, arrebatada, con los labios separados y la respiración cada vez más entrecortada. Ben estaba a punto de estallar. Si no la poseía pronto, se volvería loco.

Introdujo el dedo más a fondo para explorarla con más profundidad.

-¿Qué sientes, Jana? -susurró casi sin voz.

-Calor -contestó ella arqueando la espalda-. Estoy... mojada...

-Muy mojada -repitió Ben al tiempo que presionaba justo en su centro erógeno-. ¿Quieres más? -añadió al oírla gritar.

-Más -gimió ella, poniendo a prueba la resistencia de Ben.

Con la yema del dedo, buscó su punto más sensible y la acercó todavía más a la plena satisfacción. Jana bajó las caderas en busca de más. La respiración se le entrecortó a medida que el cuerpo se le tensaba.

-No cierres los ojos -le ordenó con delicadeza Ben-. Mírate.

-No... no pares -le pidió ella casi sin voz.

Jana sintió una presión tan dulce como insoportable, gritó y se desmoronó entre gemidos de placer. Ben perdió el control al notar contra los dedos la explosión de Jana, que observó su propio asombro en el reflejo del espejo.

No dejó que el cuerpo se le enfriara. Ben le dio la vuelta, le quitó las braguitas y la levantó de modo que Jana le rodeara las caderas con las piernas. Se apoderó de su trasero con ambas manos y la empujó contra la pared. Luego la penetró hasta estar totalmente dentro de ella.

Jana gritó su nombre de un modo primitivo, con una pasión que derrumbó el muro que rodeaba el corazón de Ben. Era completamente suya. Jana le pertenecía.

Esta le clavó los dedos sobre los hombros como si fueran dardos, pero él no registró dolor alguno. Sólo placer. Podría haberle despellejado la piel y él no habría dejado de arremeter contra Jana a fondo, con fuerza, hasta el último centímetro de su erección.

Ben terminó de perder las riendas. Ya sólo importaba Jana y la bella intensidad con que sus cuerpos y sus corazones se juntaban y desunían para volver a fundirse.

-Sí -susurró ella justo antes de gritar su nombre. Después tembló entre sus brazos y cada uno de sus espasmos sacudió el corazón de Ben. Éste emitió un gruñido y la penetró una última vez, desbordándose con una oleada caliente.

Apoyó la frente sobre la de ella mientras el mundo recuperaba su equilibrio. Poco a poco, el cerebro volvió a recuperar sus funciones. Percibió los jadeos de Jana. ¿O eran de él mismo? No lo sabía y le daba igual.

-Por favor, dime que tomas la píldora - acertó a susurrar cuando consiguió tomar aliento. Había perdido el control por completo y, aunque entre ellos no había riesgo de contagiarse enfermedades infecciosas, no había tomado la precaución de protegerse para impedir dejarla embarazada.

-Sí -susurró Jana.

Ben percibió entonces el olor a sexo que impregnaba el aire e inspiró satisfecho tras haberse asegurado de que su irresponsabilidad

no tendría consecuencias. Sin separarse de Jana, levantó la cabeza y abrió los ojos. El cuerpo se le tensó de nuevo nada más ver el reflejo de ambos en el espejo.

-No es posible -dijo ella de buen humor con la voz ligeramente ronca-. Todavía no he recuperado el resuello y ya estás listo para empezar de nuevo.

-Maldita sea, te quiero -dijo Ben sin pensarlo dos veces.

Jana frunció el ceño levemente. Lo miró con precaución.

Ben se alarmó. ¿Se podía saber qué demonios acababa de decir? El corazón le martilleaba el pecho. No podía haberle dicho que la quería. Imposible.

-Te quiero ver así -trató de corregirse.

Jana sonrió, desvanecida ya la precaución que había nublado sus ojos.

-¿Así, cómo?

-Satisfecha -contestó mientras la bajaba al suelo-. Totalmente colmada.

Pero no era del todo cierto. Sí, claro que le gustaba complacerla, pero...

-Voy a darme una ducha -dijo Jana mientras, se quitaba el sostén. Recogió las braguitas, las dobló y echó a andar hacia el cuarto de baño-. ¿Me acompañas? -añadió girando la cabeza.

-No -contestó Ben. Aunque no estaba rechazando su invitación. En realidad se refería a sus sentimientos, que acababan de demostrarle que, en contra de lo que siempre había creído, sí que tenía un corazón y era vulnerable al amor.

Jana se encogió de hombros y cerró la puerta. Ben permaneció quieto. Oyó el correr del agua. No podía respirar. No podía moverse. No podía entenderlo.

¿Por qué?, ¿cuándo?, ¿cómo?

Pero era muy sencillo, se dijo cuando el corazón se le serenó un poco. Porque Jana hacía muy fácil quererla. La chispa alegre de sus ojos, sus sonrisas. Los vuelcos que le daba el corazón cada vez que Jana lo miraba. La forma en que se negaba a dejarse avasallar y discutía si sus deseos y necesidades entraban en conflicto con los deseos y las necesidades de ella. La franqueza con la que le decía sin rodeos cuándo creía que estaba equivocado. Le saldrían canas antes de poder decir todas las razones por las que era tan sencillo querer a Jana.

Entonces, ¿qué se suponía que debía hacer a continuación? Llevaba demasiados años viviendo sin ataduras. Y no veía motivo para alterar su estilo de vida por el mero hecho de que Jana se hubiese hecho un

hueco en su corazón.

Por otra parte, la idea de separarse de Jana...

No, esa vez tendría que asumir lo que sentía por ella y ya tendrían tiempo de ver adónde los conducían sus corazones.

Entró en el cuarto de baño y abrió la cortina de la ducha.

-No -repitió, resuelto a hacerle entender lo que había querido decir.

Jana sacó la cabeza del chorro de agua.

-Ya te había oído -dijo y frunció el ceño al ver que Ben no cerraba la cortina-. ¿Te importa? Me quedo fría.

Ben entró en la ducha y cerró la cortina.

-No te quiero ver satisfecha -afirmó con decisión. El corazón empezó a palpitarle con violencia y la mano le tembló cuando estiró el brazo para acariciarle una mejilla. Jamás había estado tan nervioso-. Te quiero, Jana. Te quiero a ti.

No frunció el ceño. No lo miró con precaución. Jana se limitó a esbozar una sonrisa de infarto y se inclinó para rozar sus labios en un beso fugaz.

-Yo también te quiero -dijo al tiempo que agarraba la pastilla de jabón y se la entregaba-. Pero no creas que con eso basta para que te perdone por el susto que me has dado esta tarde.

Realmente, podía ser rencorosa.

-De acuerdo -Ben se cruzó de brazos-.

¿Qué voy a tener que hacer para compensarte? -Recuerdo no sé qué de un masaje en la espalda -contestó ella sonriente.

-Eso podría dar lugar a otras cosas.

Jana lo rodeó por la cintura y lo atrajo contra su cuerpo.

-Me encantan los hombres previsores.

-¿Que ha hecho qué?

La voz atronadora de Ben arrancó a Jana de un profundo sueño. Se incorporó en la cama de un respingo, preguntándose qué lo habría hecho soltar aquel gruñido.

-No es posible -dijo él justo antes de una retahíla de palabrotas-. No estoy gritando - añadió gritando al auricular.

Pues susurrar, no estaba susurrando, pensó Jana.

Ben se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda. Pero ella no necesitaba verle la cara para entender que estaba enfadado por algo. El tono de su voz y la tensión que transmitía su cuerpo eran pistas más que suficientes.

-¿Por qué me llamas tú en vez de Drew? - preguntó a quienquiera que estuviese al otro lado de la línea-. No te hagas el tonto, Cale. Contéstame.

Una nueva ráfaga de palabrotas. Creativas, eso sí.

-Ya, lo que tú digas -murmuró Ben.

Jana salió de la cama y avanzó con sigilo hasta el cuarto de baño. Sólo les quedaban unas horas de estar a solas antes de regresar juntos a Los Ángeles. Habían planeado visitar un par de sitios turísticos por la tarde. Como era evidente que Ben necesitaba cierta privacidad, decidió ir duchándose y vestirse.

-¿Y se supone que tengo que alegrarme? -lo oyó gritar antes de abrir el grifo.

Jana esperó a que el agua se calentara a su gusto y se puso debajo del chorro. Todavía oía su voz, pero las palabras resultaban ya indescifrables. Con el carácter que tenía, no pudo evitar sentir un poco de lástima por quienquiera que lo hubiese decepcionado. Ése, por cierto, era el peor defecto de Ben. Aunque tenía un montón de virtudes, no sabía encajar que las demás personas no estuvieran a la altura de lo que él esperara de ellas.

En cualquier caso, la visita de Ben había sido una sorpresa absolutamente maravillosa y siempre la tendría entre sus mejores recuerdos. Le había dicho que la quería. No sólo físicamente, sino con el corazón. Jana era consciente de lo mucho que le había costado decírselo. El miedo que reflejaba su cara al pronunciar esas dos palabras habían sido suficiente indicador.

Ella había reaccionado con calma y se había hecho la tonta cuando Ben había añadido que la quería ver así, satisfecha. De hecho, se había preguntado si su declaración no habría sido fruto de un momento de excitación del que se arrepentiría luego. Como su madre les había repetido hasta la extenuación a sus hermanas y a ella, los hombres eran capaces de decir cualquier cosa habiendo sexo por medio, de modo que siempre cabía esa posibilidad.

No tenía ni idea de lo que el futuro les depararía. Sí, se querían; pero, ¿qué más, si había algo más? Aquella mañana era la primera que se habían despertado juntos. Aunque tenía claro que le resultaría muy fácil acostumbrarse a compartir la cama con él, no estaban en absoluto preparados para vivir juntos. Más bien, ni siquiera era una posibilidad cercana. Tal vez fuese el siguiente paso en su relación, pero todavía necesitaban tiempo.

Cuando salió de la ducha, los gruñidos furiosos de Ben habían terminado. Jana se puso una toalla en el pelo mojado, otra alrededor del cuerpo y salió del cuarto de baño. El alma se le cayó a los pies. El armario estaba abierto y cuatro perchas vacías se columpiaban en la barra de atrás hacia adelante.

Jana se apoyó contra la pared. En el tiempo que ella había tardado

en asearse, Ben había terminado la llamada telefónica, se había vestido y había empezado a hacer la maleta.

-¿Cambio de planes? -preguntó Jana sin poder ocultar su decepción en el tono de voz.

Ben metió las camisas en la bolsa de viaje sin molestarse en doblarlas. Los vaqueros y los pantalones caqui sufrieron el mismo destino.

-Siento haberte despertado -dijo cortantemente.

Más sentía ella verlo hacer la maleta. Y separarse de ella... otra vez.

-¿Alguna emergencia? -preguntó con una pizca de resentimiento que no le pasó inadvertida a Ben.

¿Importa? -contestó mirándola a la cara después de guardar el estuche de afeitar. El azul de sus ojos era tan gélido como su voz.

-No sé -Jana se encogió de hombros. La llamada había sido de su hermano, pero, teniendo en cuenta que trabajaban juntos, era muy posible que Ben se marchara por el trabajo-. Quizá.

Ben siguió mirándola con frialdad unos segundos más. ¿Eran imaginaciones suyas o realmente sentía que ya estaba empezando a perderlo? Jana no sabía cómo retenerlo, ni si debía intentarlo siquiera.

-Es mi hermano -dijo él por fin justo antes de cerrar la cremallera de la bolsa de viaje.

-¿Drew? -preguntó preocupada Jana-. ¿Está bien?

-No -gruñó Ben-. Se ha vuelto loco.

Totalmente confundida, Jana se dejó caer sobre el borde de la cama, junto a la bolsa.

-Ben, ¿qué pasa?

Éste exhaló un suspiro y se mesó el cabello.

-Se ha casado -dijo sin la menor alegría-. Sabía que había comprado un anillo. Pero esperaba que anunciase que se había prometido, no que se ha casado. Y no así.

Jana pensó que Ben debía estar celebrando la noticia, en vez de enrabietarse como un niño mimado que no se ha salido con la suya.

-No es por molestar, pero, ¿por qué estás tan disgustado?, ¿no deberías alegrarte por él?

-Ya está, otra igual que Cale -contestó Ben-. ¿Por qué iba a alegrarme de que Drew se haya desentendido de sus responsabilidades? Se suponía que tenía que haberse examinado ayer.

Definitivamente, los hombres podían ser obtusos.

-Ben, tu hermano se ha casado. Deberías celebrarlo.

-¿Celebrarlo? -repitió él, mirándola como si dudase de la salud mental de Jana.

-Ya tendrá tiempo de hacer ese examen - contestó ella-. Además, si ya sabías que estaba pensando en prometerse, ¿a qué viene esta reacción?

-Viene a que se ha casado como si tuviera algo que ocultar.

-¡Qué va! -Jana sonrió y se levantó de la cama-. No es que tenga nada que ocultar. Lo que pasará es que estará tan enamorado, que no podía esperar a empezar a vivir con ella.

Ben frunció el ceño. Estaba claro que no compartía el enfoque romántico de ella.

-Tiene responsabilidades.

Jana fue hacia el armario y abrió un cajón.

-¿Hacia quién? -preguntó al tiempo que dejaba caer la toalla que le cubría el cuerpo y se ponía unas braguitas-. ¿Hacia ti?

Jana optó por no mirarlo mientras se ponía el sujetador, sacaba de otro cajón un jersey grueso y se lo llevaba a la cabeza.

-¡No! -exclamó ella misma después de quitarse la toalla que había olvidado que tenía en el pelo-. Así que es eso, ¿no? Estás enfadado porque Drew no te ha informado de que iba a casarse.

Ben se cruzó de brazos y la fulminó con la mirada. Sí, le había tocado una fibra sensible. A fondo.

-Ben, tu hermano es un hombre adulto -dijo Jana tras suspirar, acercándose a él.

-Lo sé -murmuró Ben-. Yo lo he ayudado a crecer.

Jana le puso una mano en un hombro, pero él no reaccionó a la caricia. Siguió mirándola con una expresión tan heladora, que Jana tuvo que contener un escalofrío.

-No necesita pedirte permiso para casarse

-dijo ésta tras retirar la mano de su hombro-. Si hace el examen o deja de hacerlo es asunto suyo. No tienes que seguir controlando su vida.

-Nunca he dicho que quiera controlar su vida.

-Puede, pero lo intentas. Mira, lo entiendo. Te has visto obligado a cuidar de tus hermanos y te mereces todo mi respeto por asumir esa carga siendo tan pequeño. No eras más que un niño, pero conseguiste protegerlos y que os mantuvierais unidos. Entonces, no tenías más remedio que velar por ellos. Pero ya es hora de que los dejes crecer.

Ben se dio la vuelta y fue hacia la ventana en dos zancadas.

-No tienes ni idea de lo que estás diciendo -dijo utilizando un tono frío, distante, con el que la avisaba de que se estaba metiendo en tierra pantanosa.

Pero Jana nunca se había amedrentado ante Ben y no iba a empezar a hacerlo en ese momento.

-Creo que sí, lo sé muy bien -respondió-. Piensas que, si sigues controlándolo todo, no pasará nada malo. Pues ¿sabes qué? El mundo no va a dejar de girar si te relajas.

Ben se giró para mirarla de nuevo y luego se dio la vuelta del todo para hacerle frente:

-Aquí la única histérica del control eres tú. Yo no voy ordenando el contenido de mi despensa por orden alfabético.

Jana se cruzó de brazos y le mantuvo la mirada sin acobardarse.

-¡Genial!, ¡he aquí una respuesta inteligente! No te atrevas a meterte conmigo porque toque un tema delicado y no te dé la gana aceptar la realidad.

-No estabas ahí, Jana. No sabes lo que fue.

-Puede que no, pero sí sé que todo ese discurso tuyo de asumir las cosas y seguir adelante es mentira. Tú no tienes superado nada. Yo creía que el pasado me pesaba, pero tú estás lleno de basura -contraatacó ella y lo dejó digiriendo sus palabras mientras se ponía los vaqueros. Luego se acercó a Ben-. Lo tuyo va más allá de la relación con tus hermanos. ¿Crees que, si tienes el control de las cosas, todo irá bien? Pues lo siento, la vida no funciona así. Nadie tiene tanto poder.

-Estás equivocada --dijo él.

-No lo creo -contestó ella-. Tu padre murió, Ben. Intentaste controlar la situación, pero no pudiste salvarlo. ¿Cuándo vas a perdonarte de algo de lo que ni siquiera tienes la culpa?

-No te pases, Jana -la advirtió Ben con los ojos encendidos de rabia.

Pero no estaba dispuesta a dejarlo escapar. No podía desaprovechar la oportunidad de hacerle ver la realidad tal como era. De lo contrario, si Ben se cerraba, quizá no pudiera volver a estar cerca de él.

Querías que abandonase la investigación porque tenías miedo de que te dijera que no habías sabido controlar la situación. Pero la controlaste. Tenías el incendio bajo control y, aun así, no pudiste evitar la muerte de Fitz. ¿Cuánto tiempo te vas a culpar también por eso?

Ben apretó los dientes. Parecía como si quisiera meterle un calcetín en la boca para hacerla callar... o como si quisiera tirarla por la ventana.

-Tengo que irme -dijo al tiempo que recogía de la cama la bolsa de viaje.

-¿Y hacer qué? -Jana lo siguió a la puerta-. ¿Vas a castigar a Drew, una semana sin televisión por haber sido un niño malo? -añadió burlonamente.

-Ten cuidado, Jana -la advirtió Ben tras girarse despacio hacia ella.

Se le había acabado la paciencia, así que respondió enojada:

-¿Por qué te has molestado en venir a verme si echas a correr a la primera oportunidad que tienes?

Ben dejó caer la bolsa sobre el suelo y se acercó a ella hasta estar casi nariz contra nariz.

-Porque me ordenaron que me tomara el fin de semana libre.

-¿Ah, sí?, ¿qué me estás diciendo?, ¿que no tenías otra forma de entretenerte?, ¿que no soy más que un pasatiempo?

Ben la miró con tal frialdad, que Jana deseó que empezara a soltar palabrotas de nuevo. Cualquier cosa con tal de saber que tenía sentimientos.

Su silencio le hacía añicos el corazón.

-Eres un imbécil -lo insultó-. No pienso ser un pasatiempo para ti ni para ningún hombre.

Dios, Jana lamentó que Ben le hubiese dicho que la quería. De no haberlo hecho, tal vez pudiese respirar en esos momentos.

Él se encogió de hombros, se agachó a recoger la bolsa, se dio la vuelta y abrió la puerta.

-Maldita sea, Ben. Quédate aquí y termina esto.

Éste giró el cuello. Nada en sus ojos recordaba al hombre amable y cariñoso del que se había enamorado.

-Ya hemos terminado -dijo y se fue de su vida.

CAPITULO 14

Ben no tardó más de seis horas en recorrer el trayecto entre Carmel y Los Ángeles. Cuando aparcó frente a la casa de Cale y Amanda en Playa Hermosa, el sol ya había empezado a meterse, proyectando largas sombras sobre la vivienda. Había conseguido serenarse durante el viaje y su enojo había dado paso al remordimiento al recordar los ojos llenos de profundo dolor de Jana. Había sido un idiota. Le había dejado creer que no significaba nada especial para él. Que sólo era una mujer más con la que pasar un buen rato.

Había necesitado más de cuatrocientos kilómetros para darse cuenta de que aquello no podía estar más alejado de la verdad.

Ben sabía que, en el hipotético caso de que Jana accediese a volver a dirigirle la palabra, tendría que pedirle disculpas. Pero una vez que ésta había conocido al tirano desalmado que podía llegar a ser, adivinaba adónde lo mandaría. A esas alturas, seguro que Jana deseaba que se pudriese en el infierno.

Aunque era verdad que lo había presionado más de lo debido en un punto sensible del que ni siquiera había sido consciente hasta entonces, Ben asumía toda la responsabilidad de su comportamiento. ¿Por qué se habría empeñado Jana en discutir con él? Si lo hubiese dejado tranquilo, habría regresado a Los Ángeles, se las habría arreglado con Drew y todo seguiría bien entre ellos dos. Pero Jana había puesto a prueba su paciencia y había excedido su límite. Había insistido hasta desenterrar cosas que estaban mejor enterradas, había puesto el dedo en la llaga y se había dedicado a hurgar en la herida. No sólo había abierto una cicatriz que creía que había desaparecido definitivamente hacía años, sino que le había echado alcohol para que escociera y se había apartado para verla sangrar.

Apagó el motor y dejó la furgoneta junto al coche de Drew. El descapotable de Amanda no estaba a la vista, lo que indicaba que sólo estaban esperándolo sus hermanos.

Esperándolo, ¿para qué?, ¿para decirle a Drew que había cometido un enorme error por saltarse el examen?, ¿que no estaba preparado para casarse y ser padre de un bebé que no era suyo? ¿O quizá tenía razón Jana y la razón por la que había vuelto a Los Ángeles en un tiempo récord era que Drew había tomado una decisión que le iba a cambiar la vida sin consultarlo antes con él, lo que significaba que ya no lo necesitaba?

Se dirigió hacia la entrada trasera de la casa sin respuestas concretas. Lo único que sabía era que no tenía fuerzas para otra batalla emocional. Todavía no se había recuperado de la que había

sufrido sólo hacía unas horas.

Empujó la puerta del patio trasero. Pearl, la perra de Cale, le dio la bienvenida corriendo hacia él y ladrando emocionada hasta que se agachó a acariciarla.

Cale lo esperaba bajo el porche del patio.

-Tienes un aspecto horrible -dijo.

Lo que tenía sentido, pues coincidía con cómo se sentía. No se había molestado ni en afeitarse. Se había limitado a hacer la maleta, pisotear el orgullo de Jana y separarse de ella.

-Yo también me alegro de verte -le gruñó a Cale y, por una vez, éste mantuvo la boca cerrada.

Pearl entró en la casa dando saltos delante de ellos, encontró su enorme almohadón y dio un par de vueltas alrededor antes de acomodarse sobre él dando un bostezo. La decoración de la casa de Cale había mejorado mucho. Aunque siempre había sido acogedora, tenía un toque más hogareño, que Ben suponía que debía atribuir a Amanda.

Las paredes estaban adornadas con fotografías y pósters enmarcados de películas. Ben advirtió una nueva adquisición, firmada por uno de los actores principales. En torno a una mesa baja había una silla y un par de sillones, dispuestos frente a una enorme pantalla de televisión.

Ben trató de apartar de la silla a uno de los gatos blanquinegros, pero la gata maulló en protesta, negándose a moverse.

-¿Dónde está Drew? -le preguntó a Cale tras dejarse caer sobre uno de los sillones.

-Arriba -Cal se sentó en el otro sillón y estiró los brazos a lo largo del respaldo-. Bajará en seguida.

Varios libros y un cuaderno lleno de notas cubrían la mesita de café. Ben agarró uno de los libros y miró a su hermano:

-¿Sexo placentero y cómo hacerlo bien todas las veces? -dijo leyendo el título en voz alta-. ¿Amanda va a dejar las novelas de suspense?

-Se está documentando --dijo Cale y sonrió-. Para su próxima novela. Un thriller erótico.

Amanda había sido una de las tantas mujeres a cuyo rescate había acudido su hermano. Se había encontrado en el sitio equivocado en el momento equivocado, cuando un almacén de pinturas se había incendiado. Se había quedado amnésica por un golpe en la cabeza y Cale la había llevado a su casa hasta que recuperase la memoria. Aunque había terminado descubriendo su propia personalidad, sus primeros recuerdos habían pertenecido al perfil de la protagonista de

la novela que acababa de escribir.

Ben devolvió el manual a la mesa y acertó a soltar una risilla.

-Con lo que se identifica con sus personajes, prefiero no preguntar por vuestra vida sexual -bromeó-. No he visto su coche.

La gata saltó de la silla al brazo del sillón y de ahí se plantó sobre el regazo de Cale.

-Tilly y ella se han llevado a Emily a casa de Debbie -dijo éste tras acariciar a la gata distraídamente y ponerla sobre un cojín-. A su primera reunión con las chicas de la familia.

Ben pensó que, en realidad, Amanda había decidido llevarse a Emily para protegerla... de él. Cuando no tenía nada en contra de ella. Apenas la conocía, lo cual tendría remedio toda vez que se había casado con Drew.

Éste bajó las escaleras y entró en el salón. Llevaba una botella de refresco en una mano y dos de cerveza en la otra.

-¿Te ha contado Tilly qué piensan hacer? -preguntó Cale al tiempo que aceptaba la cerveza que Drew le había ofrecido.

-No. Comer chocolate, pintarse las uñas de los pies, cualquier cosa. Igual les da por bailar desnudas bajo la luna -respondió encogiéndose de hombros. Luego le entregó la otra botella de cerveza a Ben.

Éste le dio las gracias asintiendo con la cabeza. Dejó la botella sobre la mesa, se levantó y le tendió una mano a su hermano.

-Enhorabuena, Drew.

Éste le estrechó la mano.

-Gracias -dijo Drew con precaución.

Ben notó que, consciente o inconscientemente, Drew había elegido sentarse junto a Cale. Formando un frente unido. En contra de él.

-Deberías haberme dicho que ibas a casarte -le dijo. Trató de no sonar como si estuviese sermoneándolo, pero no pudo evitar cierto tono de censura.

-¿Qué sentido tiene hacerse mayor si tienes que rendir cuentas a todo el mundo? -terció Cale mientras abría su cerveza.

-A todo el mundo no -dijo Ben. Miró a Cale y luego volvió a centrarse en Drew-. A tu familia.

Una familia que había crecido en el último año. Y que seguiría creciendo a medida que Cale y Amanda y Drew y Emily formasen sus propias familias. Ben sintió una punzada en el corazón. ¿En qué situación lo dejaba eso?

-Emily y yo hemos decidido casarnos ya porque se le empieza a notar que está embarazada --dijo Drew mirándolo a los ojos-. Teniendo en cuenta que piensa abrir su agencia de publicidad a primeros de año y que el bebé nacerá a finales de marzo,.¿cuándo

íbamos a celebrar la fiesta?

-¿No podíais haber esperado una semana? -contestó Ben-. Al menos no te habrías saltado el examen.

-Lo haré dentro de seis meses, cuando lo vuelvan a convocar -Drew se encogió de hombros-. Aunque hubiese aprobado, tendría que esperar a que se produzca una vacante y superar todo el proceso de entrevistas.

-Pero se va a alargar todo mucho -le recordó Ben. Sabía que su hermano tenía talento de sobra para optar al puesto de director de inspectores de incendios provocados y le disgustaba que lo desperdiciara-. ¿Estás dispuesto a esperar un año?

-Si hace falta un año, pues un año -contestó Drew ligeramente irritado-. Como si son dos. Lo primero es Emily. Ella es más importante que mi trabajo.

Ben quería entender a su hermano, pero no conseguía comprender por qué estaba dispuesto Drew a frenar su carrera. Casarse tenía cierto sentido, si tan claro tenía que Emily era la mujer de su vida, aunque Ben habría preferido que lo hubiese informado con antelación. ¿Para intentar hacerlo cambiar de opinión?, ¿o acaso era cierto que no quería afrontar el hecho de que su hermano ya no lo necesitaba?

-¿No dices nada? -le preguntó a Cale.

-Si quiere esperar un año a conseguir el puesto, es asunto suyo. La decisión la tienen que tomar entre Emily y Drew -dijo Cale con firmeza.

-Ya va a ser duro para Em entre el bebé y la agencia -añadió Drew-. Si cambiara de trabajo ahora, tendría que hacer jornadas muy largas y no puedo hacerle eso cuando más va a necesitarme.

¿Y qué pasa con tu responsabilidad contigo mismo? -le preguntó Ben-. ¿Con tus deseos y aspiraciones?

Ahora mismo, mi prioridad es Emily y el bebé. Sólo quiero lo mejor para ellos.

Ben suspiró y se recostó sobre el respaldo. Tras pasarse una mano por la cara, decidió no molestarse en recordarle a Drew que había sacrificado su oportunidad de conseguir el puesto de director de inspectores por un bebé que ni siquiera era de él. Al parecer, la paternidad del niño no tenía importancia para su hermano.

Emily ya estaba embarazada cuando Drew la había conocido. El padre, el ex novio de Emily, vivía en Nueva York. Drew le había contado hacía poco que el padre y Emily todavía no habían tomado ninguna decisión firme sobre la custodia y el régimen de visitas. Su hermano tenía que entender los problemas que ello podría conllevar.

-¿Y qué pasa con lo que es mejor para ti? -insistió.

-Ben, eres mi hermano, te quiero y te respeto -contestó Drew con aplomo-. Sólo Dios sabe lo que habría sido de nosotros si no nos hubieses cuidado. Pero Emily es mi esposa. Si no puedes aceptarlo...

-No me opongo a tu matrimonio -atajó Ben, y lo decía en serio. Ya había perdido a una persona querida ese día y no quería perder a otra-. Sólo me preocupa que hayas asumido una carga mayor de la que crees y que hayas renunciado a más todavía.

Drew dejó su botella de refresco sobre la mesa.

-No tienes por qué seguir preocupándote -dijo y se levantó con gesto de frustración-. Por si no te has dado cuenta, hace un tiempo que Cale y yo sabemos cuidarnos solos -añadió al tiempo que se acercaba a la puerta de la terraza.

Por un momento, Ben pensó que se marcharía, pero Drew se limitó a apoyar la cabeza sobre el quicio de la puerta y se quedó mirando el patio trasero.

«El mundo no va a dejar de girar si te relajas».

Las palabras de Jana y el argumento de Drew lo arrollaron como un tren de mercancías. Tenían razón, reconoció a su pesar. Era verdad que estaba intentando mantener el control... desesperadamente. No porque sólo supiera velar por sus hermanos, sino porque, si apretaba un poco, si los retenía cerca, quizá pudiera mantenerlos a salvo. Y, sin embargo, tal como Jana le había señalado, la vida no funcionaba así. Él no tenía esa clase de poder. Quizá hubiera llegado el momento de soltar y dejar de asumir responsabilidad por cosas sobre las que no tenía control.

El hecho de que Drew se hubiera casado sin consultárselo primero no tenía por qué significar que estaba perdiendo a su hermano. Al fin y al cabo, su relación con Cale no había cambiado después de casarse éste con Amanda hacía unas semanas. Lo que lo asustaba no era perder a sus hermanos, sino el miedo a dejar de ser importante para ellos.

Cale dejó su cerveza en la mesa y miró hacia Drew.

-Déjame, a ver si consigo exponerlo de forma que hasta él pueda llegar a entenderlo.

Drew lo miró con escepticismo.

-Suerte.

-Estar casado es como formar parte de un equipo -Cale puso los pies, descalzos, sobre la mesa de café-. Pero en vez de ser once hombres en un campo de fútbol o un grupo de bomberos, este equipo sólo lo forman dos personas. Cuando alguien salva una vida, el mérito es del equipo entero. Cuando hay un problema, el equipo entero busca una solución. El matrimonio es igual. Trabajas con tu pareja.

Drew volvió junto a sus hermanos y se sentó.

-Has estado muy bien -le dijo a Cale.

-Gracias -Cale sonrió-. Tengo mis momentos.

Ben no sabía si estrangularlos o echarse a reir.

-Está bien -dijo en tono de derrota-. Ya me hago a la idea. Es sólo que me preocupo por tu futuro, Drew. Sé lo mucho que querías este ascenso.

-Esa posibilidad seguirá ahí cuando me llegue el momento adecuado -contestó Drew.

-En la vida hay más cosas aparte del trabajo, Ben -dijo Cale, entrelazando los dedos por detrás de la nuca-. He oído que Rick tuvo que amenazarte con una semana de suspensión para que te tomaras un descanso.

Los dos hermanos lo miraron con preocupación.

-¿Qué pasará si te agotas? -le preguntó Drew.

-Por si no lo sabes, no eres el único de la familia que se preocupa por los demás -añadió Cale.

Se suponía que no se habían reunido para hablar de él. Y, desde luego, no le gustaba que sus hermanos se preocuparan por él.

-Sigue así y acabarás obligado a jubilarte antes de tiempo -lo advirtió Cale-. ¿Y qué harás entonces?, ¿te juntarás con los «ancianos de la tribu» a tomar café el día entero?

-¿A su edad? -Drew hizo una mueca de espanto-. Sería patético.

-De acuerdo -dijo Ben. Los «ancianos de la tribu» eran bomberos jubilados, que pasaban buena parte de su tiempo en Trinity. La mayoría se dedicaba a ofrecer consejos y los bomberos en activo los respetaban por su experiencia y sus años de servicio. Pero Ben era demasiado joven para unirse a ellos y, además, no quería desperdiciar la vida reviviendo los días gloriosos por no tener nada más en su vida-. Trataré de salir más. ¿Contentos?

-¿Por qué no te buscas a una mujer? -le sugirió Drew Y dejas que alguien cuide de ti, para variar.

-La mujer esa de accidentes laborales es un bombón dijo Cale e intercambió una mirada conspiradora con Drew.

-Un bombón que probablemente no vuelva a dirigirme la palabra -reconoció Ben. Lo cual se tenía más que merecido después de cómo la había tratado.

-Ya le has enseñado el lado brillante de tu personalidad, ¿no? -bromeó Cale.

-Algo así -murmuró Ben. Se incorporó y agarró la botella de cerveza. Después de quitarle la chapa, le dio un trago.

-¿Y bien? -preguntó Drew con curiosidad.

-Hemos discutido -contestó Ben.

Porque Jana era desquiciantemente testaruda y había insistido en abrir el armario de los fantasmas para demostrar que no los había ahuyentado como había creído. Jana quería resucitar un pasado que él ya había enterrado, porque se -había dado cuenta de que seguía atormentándolo.

-Imposible dijo Cale negando con la cabeza-. Tú no discutes. A Drew y a mí intentas controlarnos, pero con las mujeres no discutes nunca.

-Con ésta sí -aseguró Drew.

-¿De verdad? -Cale silbó asombrado-. Entonces sí que es serio.

A Ben no le hacía gracia que sus hermanos hablasen de su relación con Jana como si no estuviese en la habitación.

-Ya vale -los advirtió. Pero ellos ni siquiera lo miraron.

-Te los perdiste en acción en Trinity - continuó Drew-. Se los oía gritar desde el piso de arriba. Es posible que hasta tenga más genio que Amanda -añadió en referencia a Jana.

Porque era una mujer muy apasionada, pensó Ben. Con todo. Cuando Jana creía algo, o en alguien, se dejaba llevar por su apasionamiento. Confiaba en su instinto y no se acobardaba ante los obstáculos. Todo lo cual aseguraba un viaje de infarto, lleno de subidas y bajadas, con todo tipo de emociones en juego entre medias. Vivir con ella nunca sería aburrido.

Vivir sin ella sería insoportablemente aburrido.

-Tienes mala cara -dijo Cale preocupado-. ¿Tan mal está la cosa?

Ben se terminó la cerveza y dejó la botella sobre la mesa.

-Cree que sólo me interesa para pasar el rato -explicó-. Y no le he dicho nada para hacerle cambiar de idea.

Al menos, Drew tuvo la decencia de mostrar una cierta compasión... hasta que se echó a reír.

-La has fastidiado -Lijo y Cale soltó una risotada-. En estos casos, humillarse ayuda bastante -añadió algo avergonzado, recordando sus propios errores con Emily.

-Las flores también vienen bien -añadió Cale-. Pero creo que esto te va a costar regalarle una buena joya.

Drew se echó la mano al bolsillo y sacó la cartera. Extrajo una tarjeta y la puso sobre la mesa.

-Vas a necesitar esto.

-¿Una joyería? -preguntó Ben tras agarrar la tarjeta.

-Nada de lencería -lo avisó Cale-. Hagas lo que hagas, nunca le regales a una mujer algo que pueda hacerla pensar que quieres sexo cuando está enfadada contigo.

-Gran error -confirmó Drew.

Ben no estaba acostumbrado a reconocer que se había equivocado, como tampoco lo estaba a recibir consejos de sus hermanos. Ésa había sido siempre su función. Ese día, en cambio, se alegraba de poder contar con la experiencia de ellos.

-¿Creéis que funcionará?

Porque estaba dispuesto a hacer cualquier cosa si con ello podía conseguir que Jana volviera a su vida.

Cale y Drew compartieron una sonrisa, como si fuesen cómplices de una broma privada... y él fuese el objeto de burla.

-¿Qué tienes que perder? -preguntó Drew sonriente-. Aparte de tu orgullo.

CAPITULO 15

-¿,Todo esto es de él? -Chloe agarró uno de los dos estuches rojos de terciopelo de la joyería que seguían en la mesa de Jana y lo abrió.

-gana! -exclamó Lauren al tiempo que acariciaba con un dedo el brazalete de esmeraldas y diamantes que Chloe acababa de sacar-. ¡Es precioso!

Hasta Chloe se quedó impresionada al abrir el estuche con los pendientes a juego.

-A esto se le llama saber pedir perdón.

Jana llevó el jarrón de flores al fregadero para ponerlas en agua. No tenía ni idea de dónde colocaría ese nuevo regalo. Ya tenía el apartamento lleno de arreglos florales complicados y plantas que no sabía ni nombrar.

-Esto empieza a parecer un tanatorio - dijo-. No es lo que se entiende por sutil, ¿verdad?

Cuando Ben se había dado cuenta de que no iba a contestarle al teléfono, había empezado a enviarle regalos. Se los había mandado al despacho, al apartamento, hasta a un parque de bomberos que había visitado el día anterior para una nueva investigación. Además de todas las flores, le había regalado joyas preciosas, bombones exquisitos y dulces, a veces dos o tres por día.

Jana había estado preparando un aperitivo, entre el desayuno y la comida, y había terminado llamando a sus amigas porque no soportaba la idea de pasar sola y triste un segundo más. Al parecer, se había despistado y había olvidado apagar el ordenador portátil.

Al oír el sonido de aviso del programa de correo electrónico, Lauren se acercó para mirar la pantalla.

-Parece que también ataca por ordenador -dijo entre risas-. Tienes un mensaje.

-¿Apagafuegos? -Chloe, que, se había puesto tras Lauren, miró a Jana y rió-. ¿Su apodo es Apagafuegos?

-Es bombero -le recordó a Chloe y lamentó salir en defensa de Ben. En el fondo, a ella sí le gustaba el apodo. No era el colmo de la originalidad, pero le gustaba-. ¿Qué quiere ahora?

-¡Qué mono! -exclamó Lauren apuntando hacia la pantalla-. Te pide, por favor, que hables con él.

Chloe agarró una mano de Jana y la obligó a levantarse de la silla en la que estaba.

-Venga, Jana -dijo mientras la guiaba hacia el portátil-. Tienes que hablar con él. No puedes hacerlo sufrir eternamente. No tienes tan poco corazón.

No tenía nada de corazón. De hecho, Ben se lo había robado y luego lo había hecho añicos cruelmente hasta partirlo en añicos irreconocibles.

Entonces, si no tenía corazón, ¿por qué le seguía doliendo tanto? Porque lo amaba, pensó. No con el corazón, sino con toda su alma.

-Está bien -murmuró-. Pero conste que lo hago bajo presión.

-Contesta -le ordenó Chloe.

¿Te aburres?, tecleó Jana en el recuadro de respuesta. Antes de echarse atrás, presionó el botón de enviar.

No seas mala, escribió él. Jana maldijo en voz baja. Si quería mensajes agradables, que escribiese a otra chica. Te echo de menos, añadió Ben.'

Ella también lo echaba de menos. Tanto que le dolía. Pero eso no significaba que fuese a permitir que le pisoteara la autoestima una segunda vez.

Peor para ti, tecleó Jana.

Ven a verme.

Ni hablar.

Sigues enfadada, ¿verdad?

Jana tamborileó los dedos sobre el teclado y trató de encontrar la expresión correcta.

Echo humo.

Te quiero.

-No hay quién lo aguante -protestó en voz alta Jana-. Y, vosotras, ni una palabra - avisó a sus amigas cuando empezaron a reblandecerse ante la declaración de Ben.

Luego abrió un menú desplegable, movió el ratón hasta un emoticón con cara de bostezo e hizo clic para seleccionarlo.

-Jana, no -dijo Lauren-. No seas cruel.

Jana giró el cuello y sonrió justo al tiempo que le daba a enviar.

Segundos después, Ben le respondió que la deseaba.

Un pelotón, de imágenes eróticas invadió la cabeza de Jana de repente. Recuerdos sensuales de los placeres increíbles que habían compartido. Pero no podía dejarlo volver a su vida para que luego echase a correr de nuevo en cuanto tuvieran una discusión.

-No sabe aceptar un no por respuesta - refunfuñó. Luego tecleó: Pues date una ducha fría.

No es divertido... solo, contestó él.

-En eso estoy de acuerdo -dijo Chloe. -Hay que reconocerlo -añadió Lauren.

Jana soltó una risilla y tecleó:

Cincuenta dólares, prostíbulo. Diversión... para pasar el rato.

Ben recibió la respuesta de Jana como un
golpe en el estómago.

-¡Ay! -tecleó.

Un segundo emoticón apareció en la pantalla, éste con un halo sobre la cabeza. Emily y Amanda empezaron a reír.

-Creo que me va a caer bien -dijo Amanda por encima del hombro de Ben.

Emily estaba apoyada sobre el borde de la mesa de Amanda, reposando una mano protectoramente sobre el vientre apenas hinchado.

-Tienes que esforzarte más, Ben -le dijo-. ¿Dónde está el famoso encanto de los Perry?

Ben se recostó sobre la silla, dispuesto a aceptar la derrota.

-Se lo llevó todo Drew -contestó. Tratándose de mujeres, lamentaba no tener ni un ápice del carisma de su hermano-. Recordadme por qué he dejado que me convenzáis para hacer esto.

-Porque estás enamorado de ella -contestó Emily, mirándolo como si fuese tonto.

-Funcionará -lo animó Amanda-. Sólo tienes que echarle un poco de imaginación.

-He agotado mi imaginación -protestó Ben. Había probado con flores, joyas y bombones, a instancia de sus cuñadas; pero nada había funcionado. Era evidente que Emily y Amanda habían subestimado la tenacidad de Jana.

-No le habrás mandado lencería, ¿verdad?

-No -contestó a Emily.

-Ah, bueno, porque si se piensa que quieres sexo, ya te puedes olvidar.

-Eso he oído -murmuró Ben.

Amanda le puso las manos sobre los hombros y le dio una pequeña sacudida.

-Piensa, Ben. Piensa. ¿A qué no podría resistirse?

-Si quieres, puedo poner un anuncio a toda página en el Times -sugirió Emily-. Conseguiré meterlo gratis.

-Estoy dispuesto a humillarme, pero eso es excesivo, Emily.

-No después de lo que le has hecho -respondió Amanda.

Drew asomó la cabeza en el despacho de Amanda.

-Cale quiere saber cuántos filetes tiene que comprar.

-Seis -contestó Ben justo antes de girarse hacia el ordenador con energías renovadas.

Si Jana no iba por las buenas, la llevaría por las malas... aunque fuera a rastras, gritando y pataleando. ¿Se ponía terca? Pues él era

más bruto. De un modo u otro, iba a resolver aquel lío... ese mismo día

Quiero verte, tecleó. Debería haberse plantado en su casa y humillarse en persona, tal como le había sugerido Drew. Pero había hecho caso a sus cuñadas y ahí estaba, enredado en un duelo dialéctico por ordenador.

El morado no te sienta bien, se leyó en la pantalla.

Ben sacudió la cabeza, confundido.

-Me he perdido -les dijo a sus cuñadas.

-Quiere decir que no aguantes la respiración hasta que la veas, porque te pondrás morado -explicó Emily, divertida.

Podrían seguir así el día entero.

-¿Qué decías antes? -le preguntó a Amanda-. ¿A qué no podría Jana... cómo era?

-A qué no podría resistirse -Amanda se hizo un moño con el pelo y se lo sujetó con un lápiz que había sobre la mesa-. ¿A qué cosa sabes con absoluta certeza que no podría decir que no?

En otro momento, habría tenido la arrogancia de creer que Jana no podía decirle que no a él; pero, después de la última semana, le había demostrado lo contrario. De pronto, sonrió y tecleó:

¿Qué pasa? ¿me tienes miedo?

¡Jamás!, respondió Jana. Ben rió.

-A ver si es verdad que no –murmuró mientras tecleaba la respuesta. Luego le dio a enviar y se quedó esperando.

¡Atrévete a verme!

Jana contuvo la respiración al ver aquellas palabras en la pantalla... desafiándola.

¡No sigas por ahí!, escribió y golpeó la tecla de enviar tan fuerte, que se rompió la uña.

-Bueno, se acabó -Lauren se puso de pie y se colgó el bolso en el hombro-. Vámonos, Chloe. Está acabada.

-No podéis dejarme -les rogó Jana.

¡Te reto!, apareció en la pantalla.

-No os vayáis -dijo Jana, aterrada. Si sus amigas la abandonaban, haría alguna tontería, como aceptar aquel estúpido desafío-. No está jugando limpio.

Chloe se agachó y le dio un abrazo cariñoso.

-Estás enamorada de él. Y es evidente que él siente lo mismo. ¿Y si es el hombre de tu vida, Jana?, ¿estás dispuesta a arriesgarte a perderlo?

Jana se mordió el labio inferior. Miró la pantalla. El cursor parpadeaba, como si le guiñara un ojo burlonamente. Como si la estuviera tentando para recoger el guante que Ben le había lanzado.

-Tengo miedo -dijo en voz baja-. Ya me ha hecho daño una vez. ¿Y si vuelve a herirme? No sé si podré soportarlo.

Lauren le dedicó una sonrisa de apoyo.

-El miedo es justo lo único que nos aparta de lo que queremos, Jana. Si conseguimos vencer nuestros miedos, las recompensas son mucho más dulces.

No tenía argumentos para rebatir el razonamiento de Lauren. Sobre todo, porque ella misma había probado lo dulces que podían ser esas recompensas.

-Si no hay riesgo, no hay posibilidad de ganar, ¿quieres decir eso?

-Exacto -terció Chloe.

-Pero esto es jugar con fuego. Y ya he salido chamuscada una vez -les recordó Jana-. Creedme: no es divertido.

-Nos vamos -Lauren le dio un empujoncito a Chloe en dirección a la puerta-. Llámanos si nos necesitas.

Jana asintió con la cabeza y se giró de nuevo hacia la pantalla.

-Veinte dólares a que en menos de una hora están en la cama haciendo las paces - oyó decir a Chloe antes de que ésta cerrara la puerta.

Jana respiró profundamente y dejó salir el aire despacio. Dudó.

-Arriésgate -se animó en voz alta.

¿Acaso no había conocido a Ben y le había cambiado la vida gracias a esa actitud abierta a asumir riesgos? Se había adentrado en terreno desconocido, había abordado a Ben y el resultado había sido mucho mejor de lo que jamás había podido soñar.

No juegas limpio, tecleó por fin.

Luego le dio al botón de enviar y rezó para no estar cometiendo un nuevo error. Uno del que no podría recuperarse nunca.

Los cuarenta minutos que tuvo que esperar hasta que Jana llegó fueron los más largos de Cale en toda su vida. Y una vez que ya estaba ahí, no estaba seguro de por dónde empezar. Desde luego, ella no le iba a poner las cosas fáciles, eso lo tenía claro.

Estaba apoyada contra la puerta de su deportivo con los brazos cruzados. Unas gafas la protegían del sol e impedían tantear a Ben el estado de humor en que estaba.

Debido al calor que hacía, inusual para la época en que se encontraban, llevaba una faldita corta que dejaba ver sus perfectas piernas, largas y torneadas, y un top rojo chillón que permitía verle el ombligo. Si debajo llevaba esa combinación de sujetador y braguitas

rojas, estaría perdido.

Una brisa cálida sopló, levantándole un mechón de pelo, que Jana se recogió tras la oreja con impaciencia.

-Más vale que merezca la pena haber venido -gruñó-. He dejado una endodoncia colgada.

-Los dentistas no trabajan en domingo - contestó él esbozando una leve sonrisa.

Jana se bajó las gafas unos centímetros, nariz abajo, lo justo para fulminarlo con la mirada:

-Muy listo -Lijo con ironía.

-Me alegra que hayas acabado viniendo - arrancó Ben.

Ella enarcó una ceja y se volvió a cubrir los ojos con las gafas de sol.

Ben encajó el golpe, pero el mensaje era claro.

-Si te dijera cuánto lo siento, ¿podrías perdonarme?

Jana esbozó una sonrisita dulzona para irritarlo. Pero no lo conseguiría. Aunque le costara la vida, ese día no perdería la paciencia, se dijo Ben.

-¿Por qué? -preguntó ella al tiempo que se quitaba las gafas.

Tenerla tan cerca triplicaba sus ganas de tocarla. Necesitaba sentir su cuerpo apretado contra él. Si no tuviera miedo de que Jana fuese a pegarle, la estrecharía entre los brazos y la besaría hasta hacerla olvidar lo enfadada que estaba con él por haberse comportado como un imbécil.

Era obvio que Jana iba con intención de poner a prueba su paciencia. Pero estaba decidido a derrumbar tantas barreras como ella quisiera levantar entre los dos.

Ben cubrió el espacio que los separaba. A Jana se le agrandaron los ojos al sentir que la agarraba por las caderas, acorralándola contra el coche.

-Te quiero, Jana -le dijo mirándola a los ojos-. Eso tiene que contar para algo.

-¿Por qué tengo que creerte? -se resistió ella, todavía dolida.

-Nunca te he considerado un simple pasatiempo. Jamás.

Jana cerró los ojos y desvió la mirada, pero Ben tuvo tiempo para intuir el brillo de esperanza que quería ocultarle. Esperó. Poco a poco, Jana fue aflojándose. Relajó los hombros.

Durante cinco segundos.

Luego emitió un gruñido de disgusto y se desembarazó de él. La distancia que puso entre ambos fue mucho mayor que la física. Iba a perderla.

-Pues no es la impresión que me has dado Jana lanzó las gafas de

sol sobre la guantera del coche antes de girarse otra vez hacia él, dolida y enfurecida-. Ha estado bien mientras ha durado, pero tenemos que aceptar que no estamos hechos el uno para el otro y seguir adelante con nuestras vidas -añadió al tiempo que echaba mano a la puerta del coche.

Antes de que pudiera abrirla, Ben le agarró la mano. Se equivocaba. Si de verdad quisiera seguir adelante sin él, su voz no sonaría tan estrangulada y sus ojos no estarían húmedos.

-¿Qué quieres de mí? -le preguntó él-. Dime qué tengo que hacer, porque me estoy quedando sin ideas.

El pecho se le heló cuando Jana negó con la cabeza. Maldita fuera, sabía que ella lo amaba; ¿por qué se empeñaba en romper con todo? De acuerdo, Ben sabía que la había fastidiado, pero ella ni siquiera estaba abierta a darle una segunda oportunidad.

-Quiero lo que no puedes darme -susurró Jana.

-Tienes mi corazón, Jana -Ben le acarició una mejilla-. ¿Es que no es suficiente?

Ella se mordió el labio y cerró los ojos con fuerza. Ben no podía respirar.

-¿Y qué pasa si no lo es? -preguntó Jana y abrió los ojos-. No soy la clase de persona a la que puedas tener en una estantería y bajar cuando te venga bien. Desde que era pequeña he sabido lo que es sentirse desplazada. Y duele. Por favor, Ben, no me pidas que vuelva a pasar por ello. No puedo hacerlo.

De repente, Ben comprendió hasta qué punto le había hecho daño a Jana. Al dejarle creer que no le importaba lo suficiente, había despertado los fantasmas de su infancia. Dios, ¿cómo no lo había visto antes? Su perfeccionismo. Su forma de reaccionar cada vez que él se marchaba porque creía que lo necesitaban en otra parte. Había despertado todas las inseguridades que le había causado un padre egoísta

que nunca le había prestado atención, y ni siquiera se había dado cuenta.

Toda una vida de hacerse cargo de las personas lo hizo desear espantar ese fantasma para protegerla, pero sabía que no podía hacerlo. Esa vez no. No dependía de él. Sólo Jana podía enfrentarse a su pasado y curar las heridas que no habían cicatrizado. Pero no tendría que hacerlo sola, pues, si le dejaba, él estaría a su lado, apoyándola y animándola con todo su amor.

Le agarró la cara con ambas manos y la obligó a mirarla.

-Jana, nunca serás un pasatiempo para mí. Te lo prometo.

-Sé que suena egoísta, pero...

-No, no es egoísta. Egoísta sería un ultimátum. Y no me has pedido que renuncie a mi trabajo ni a mi familia por ti.

-Nunca te pediría que renunciases a algo tan importante para ti.

Ben bajó la cabeza y posó los labios sobre la boca de Jana.

-Entonces no me pidas que renuncie a ti.

Le tembló el labio inferior. Ben esperó, pero Jana no llegó a romper a llorar.

-Te quiero -susurró ella casi sin voz-. Tanto, que me da miedo.

-Lo sé, cariño -Ben la estrechó entre los brazos-. A mí también me da miedo. Pero juntos lo venceremos. ¿De acuerdo?

Jana asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa trémula mientras le rodeaba el cuello con los brazos y se pegaba contra su pecho. Se agarró a él como si no quisiera separarse jamás, lo cual le pareció perfecto a Ben.

Le dio igual que estuvieran en medio de la calle, delante de la casa de su hermano, y sucumbió a la necesidad de saborearla. El deseo incendió su cuerpo con la fuerza de una violenta llamarada, imposible de dominar, hasta que el pitido de un claxon puso fin al beso.

-Tengo que saber una cosa -dijo Ben mientras conducía a Jana hacia la entrada trasera de la casa-. ¿Qué llevas debajo de la falda?

Jana se adelantó, ofreciéndole una vista deliciosa de su trasero.

-¿Quieres verlo?

Ben le agarró la mano y tiró de Jana hacia él.

-Dímelo --lijo después de darle un mordisquito en el lóbulo de la oreja.

-Un sujetador y unas braguitas -susurro ella-. Rojas, como cerezas jugosas.

Ben emitió un gruñido gutural.

-No juegas limpio -dijo al tiempo que Jana se apartaba de él.

Se giró para mirarlo, con un brillo provocador en los ojos y una sonrisa pecaminosa en aquella boca tan suculenta:

-Nunca lo he pretendido.

Jamie Denton - Serie Corazones ardientes 3 - Bajo el fuego (Harlequín by Mariquiña)